

LA PROMESA DE LA BOTICARIA



SYBIL COOK

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Apothecary's Promise

Autor: Sybil Cook

Fecha de publicación original: Julio, 2026

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

LA PROMESA DEL BOTICARIO



SYBIL COOK

CONTENIDO

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

CAPÍTULO 1



La vela se consumía hasta su última pulgada, y Hannah Bly trabajaba a su luz como había trabajado a la luz de otras cien, moliendo milenrama seca en el mortero de su madre mientras la niebla de noviembre apretaba el rostro contra la ventana.

Speller's Court dormía en silencio a esa hora, o tan en silencio como podía dormir. En algún lugar de la hilera un bebé lloriqueaba y alguien lo acallaba. En algún lugar más allá, pasando Long Lane, las curtidurías de Bermondsey seguían exhalando su olor a cal y corteza y pieles en la noche, un olor que Hannah conocía desde hacía tanto tiempo que solo lo notaba cuando volvía a él después de cruzar el río, como notas tu propio nombre pronunciado entre una multitud. La niebla apresaba el olor cerca de las chimeneas. Lo apresaba todo, el humo y la humedad y la enfermedad, y era la enfermedad la que retenía a Hannah en su mesa pasada la medianoche con las mangas arremangadas y las manos teñidas de verde hasta las muñecas.

Milenrama para la fiebre. Tusílago y marrubio para el pecho. Raíz de malvavisco, hervida a fuego lento, para la garganta de la pequeña Peggy Rudd, que se le había cerrado casi por completo dos noches atrás y ahora sanaba, aunque su madre todavía lloraba por ello ante cualquiera que quisiera escucharla. Hannah medía y molía y vertía, y en las etiquetas escribía con su letra pequeña y cuidadosa: una cucharada por la mañana, una cucharada por la noche, mantened a la niña abrigada y dadle caldo si lo acepta. Escribía las

mismas instrucciones una docena de veces a la semana para gente que no sabía leerlas, y se las repetía además, dos veces, tres veces, hasta que se las aprendían de memoria. Su madre le había enseñado eso. La gente olvida lo que se le dice una vez, Hannah. Díselo hasta que puedan repetírtelo.

Su madre le había enseñado todo en aquella habitación. El mortero era de su madre, y la balanza, y las hileras de tarros en el estante con sus cubiertas de papel marrón atadas con cordel, y el libro que descansaba abierto junto a su codo, con el cuero ablandado como tela tras cuarenta años de uso. El libro de remedios de Rebecca Bly. La mitad estaba escrita por la abuela de Hannah, con una letra tan anticuada que las letras parecían setos de espinos, y la otra mitad por su madre, y las últimas veinte páginas por la propia Hannah, que lo continuaba, porque un libro así nunca se terminaba, solo se transmitía.

Seis años llevaba muerta su madre. Tifus, contraído de un paciente en Jacob's Island al que todos los demás habían temido acercarse, y Rebecca Bly se había acercado, porque acercarse era toda su religión, y había enfermado el jueves y muerto el lunes de la semana siguiente, mientras Hannah la cuidaba cada hora y aprendía, al final, la única lección que su madre nunca había pretendido enseñarle: que el oficio no te protegía. Solo te hacía útil, y las mujeres útiles se gastaban como calderilla.

Dieciocho años tenía Hannah entonces. Hubo quienes en el patio pensaron que lo dejaría, y lo dijeron amablemente, una chica sola, y habían llegado ofertas, de cierto tipo. El hermano de la señora Gowan tenía un puesto en el Borough Market y quería una esposa con su salud y su sensatez. Una casa de boticario en Old Kent Road había querido una joven respetable para el mostrador, con alojamiento, todo incluido. Incluso Crane, aunque no había pensado en ello en años, incluso Crane había enviado a un hombre aquel primer invierno, hablando de un puesto, clasificando y etiquetando, buen salario para una chica con sus conocimientos, y Hannah había comprendido incluso a los dieciocho que lo que querían no era su trabajo sino su ausencia, que los clientes de su madre se quedaran

sin ningún lugar adonde ir excepto el Medical Hall, y había respondido con un no cortés, y se había quedado.

Había comido mal ese año, y el siguiente también. Pero los golpes habían seguido llegando a la puerta, porque la enfermedad no se detenía por el duelo, y ella había acudido a abrirla, primero asustada, luego menos asustada, luego una mañana, volviendo a casa desde un parto que había salido bien contra toda probabilidad, sin miedo en absoluto, y esa fue la mañana en que comprendió que la elección nunca había sido realmente una elección. El patio era suyo como había sido de su madre. No poseído, nada tan grandioso. Sostenido. Como una mano sostiene una cuerda de la que otra gente está colgada.

Así que había continuado, seis años ya, y el saber había crecido en ella como crece en quienes no pueden permitirse olvidar nada. No habría aprobado ningún examen, y sabía, dentro de sus propios límites, exactamente lo que valía su conocimiento, que era más de lo que la modestia habría admitido y menos de lo que la desesperación quería creer, y nunca perdió de vista la segunda mitad de esa verdad. Cuando algo la superaba, lo decía, y arrastraba a la familia hasta el dispensario o la puerta del hospital, y las más de las veces iba ella misma para hacerse oír. Conocer el tamaño de lo que no sabes, solía decir su madre, esa es toda la diferencia entre una sanadora y una amenaza, niña. No hay vergüenza en los límites. Solo hay vergüenza en mentir sobre dónde están.

Era toda la herencia que tenía, ese libro y el saber que llevaba dentro, y había noches, y esta era una, en que el cansancio le dejaba ver que también era toda la protección que tenía, y cuán poca era. Tenía veinticuatro años. No tenía licencia ni estudios en ninguna escuela que un hombre reconociera, una herbolaria, una sanadora de patio, y la ley no tenía lugar para ella salvo el banquillo de los acusados.

Acababa de soltar el mortero para estirar los dedos doloridos cuando llegó el golpe, suave y rápido, un golpe de miedo. Hannah los conocía todos ya. El golpe lento y pesado de un hombre enviado a regañadientes por su esposa, el repiqueteo de un niño demasiado pequeño para alcanzar el pestillo, y este, nudillos bajos en la

madera, rápido como el corazón de un pájaro. Problemas, y una mujer trayéndolos.

Era la señora Tarrant de Crucifix Lane, con el chal sobre la cabeza y la niebla cuajada en él como escarcha.

—Es nuestro Georgie —dijo—. Señorita Bly, es nuestro Georgie, el doctor ya ha venido y se ha ido y dice, dice que lo ponga cómodo, y tiene siete años, señorita, ¿cómo puede decirme eso?

—¿Qué doctor? —Hannah ya estaba de pie, bajándose las mangas.

—El de la parroquia. El señor Kite. Ni siquiera se quitó el abrigo. —La voz de la señora Tarrant se quebró—. Media corona por eso, media corona que había cosido en el colchón para el alquiler, para que me dijeran que lo pusiera cómodo.

Hannah llenaba la cesta mientras la mujer hablaba. La mezcla para la fiebre, la corteza de sauce, la mostaza, el buen vinagre, un limón que le había costado más de lo que quería recordar, guardado exactamente para una noche así. Envolvió también la última pulgada de vela en un trozo de papel, porque la gente con problemas nunca tenía luz, los problemas devoraban la luz antes que nada.

—¿Ha vomitado? ¿Tiene sarpullido? ¿Tiene el cuello rígido?

—Caliente como una brasa, y delirando. Hablando con su abuelo, y su abuelo enterrado hace dos años. —La mujer lloraba ahora, andaba y lloraba, mientras salían al patio—. El doctor dijo que no había nada que hacer.

—Siempre hay algo que hacer —dijo Hannah—. Aunque solo sea por hacer algo. Camine más rápido.

Los Tarrant tenían una habitación y cinco niños, y a los cuatro sanos los habían acostado como cachorros en la esquina sobre un colchón de arpillera, mirando con ojos redondos a su hermano, que yacía en la cama junto al fuego, si una palada de coque en una reja rota puede llamarse fuego, ardiendo con tanta fiebre que Hannah la sintió con la mano a una pulgada de su piel.

Hizo lo que sabía hacer. No anduvo con miramientos con la familia: mandó al padre a por agua, puso a la hija mayor a rasgar trapos e hizo que la señora Tarrant sujetara la vela quieta, quieta, señora, que su llanto no va a enfriarlo, porque las manos ocupadas

eran la única misericordia que podía ofrecerles. Le pasó la esponja al niño de la cabeza a los pies, y le hizo tragar lo que le daba cucharada a cucharada, sentada detrás de él con la cabeza ardiente del chico apoyada en su hombro. Abrió la ventana una rendija, pese a las protestas de la madre, porque el aire estaba tan viciado que habría tumbado a un caballo. Y luego hizo aquello por lo que más se burlaban de ella los médicos: se quedó. La fiebre remitiría o no, en algún momento de la madrugada, y ningún poder en Inglaterra podía predecir cuál de las dos, pero ella creía que un cuerpo en lucha se fortalece con una voz serena, lo creía como creía en la luz del día, así que se quedó allí pasándole la esponja y hablándole en voz baja y pausada, de nada en particular. Del río. De un perro que había conocido. De cómo su madre le iba a tirar de las orejas por haberla asustado tanto, cuando se pusiera bueno.

Pasadas las cuatro, a juzgar por la campana de St Mary Magdalen, la piel del niño se humedeció de pronto bajo sus manos, un sudor de verdad, brotándole por todo el cuerpo como cuando cambia el tiempo, y dejó de murmurar y se quedó dormido.

La señora Tarrant se llevó el puño a la boca.

—Ya está —dijo Hannah en voz baja. El cansancio le cayó encima de golpe, como siempre le pasaba en cuanto dejaba de estar prohibido—. Ya está. La fiebre ha cedido, y ha cedido de verdad. Manténgalo abrigado. Caldo cuando despierte, y nada de echarle pan hasta que yo lo diga.

—¿Qué le debo? —dijo el padre. Había pasado media noche en el umbral, un hombre corpulento y perdido, curtidor a juzgar por el olor de sus manos—. Señorita Bly. ¿Qué le debo?

—Nada.

—Eso no está bien. Un hombre paga.

—Devolverá la media corona de Kite a la cuenta, y comprará huesos de tuétano para el caldo, eso es lo que pagará. —Estaba recogiendo su cesta, demasiado cansada para discutir con delicadeza—. Cuando tenga trabajo y sea una buena semana, puede traerme lo que quiera y no le haré el feo de rechazarlo. Esta no ha sido una buena semana. No es caridad. Es de vecinos.

Salió a las últimas sombras de la noche con la cesta vacía, y la niebla se había adelgazado hasta convertirse en una gasa gris con la mañana asomando detrás, y estaba feliz. Nunca dejaba de resultarle extraño que pudiera estar molida, sin haber cobrado nada, sin un limón y con la mitad de sus remedios para la fiebre gastados, y aun así feliz, pero así era. Su madre solía decir que era el único jornal de aquel oficio que nunca te descontaban.

La felicidad le duró hasta la esquina de Bermondsey Street, donde un carruaje aguardaba frente a una tienda con los postigos echados, y de él bajaba un hombre al que ella conocía, y que la conocía a ella.

Absalom Crane era un hombre corpulento que se había ido puliendo, como se pulen los peldaños de piedra, con un desgaste que parece lustre. Llevaba un abrigo con cuello de terciopelo y un sombrero que había costado más que el alquiler trimestral de los Tarrant, y su tienda a sus espaldas, a oscuras a esa hora, era la mejor de la parroquia: FARMACIA CRANE en letras doradas sobre el escaparate, y en el escaparate, pirámides de frascos azules y granates. Cordial Reconstituyente de Crane. Seis peniques el frasco pequeño, media corona el grande, y apenas había repisa en Bermondsey que no tuviera uno, lleno o vacío, porque la esperanza es el único artículo que los pobres pagan más caro.

—Señorita Bly. —Lo dijo con amabilidad. Todo lo decía con amabilidad—. En la calle tan temprano. ¿O debería decir tan tarde?

—Tarde, señor Crane. —Habría seguido de largo, pero él se movió, apenas un poco, ese movimiento mínimo de los hombres corpulentos, y de pronto la acera se quedó estrecha.

—De casa de los Tarrant, tengo entendido.

—Se entera usted rápido, para ser las cinco de la mañana.

—Me entero de todo en esta parroquia. Es mi oficio. —Le miró la cesta, las manos manchadas, y su rostro se vistió de pesar como quien se pone unos guantes—. Un caso de fiebre, y un niño. Cosa grave. Cosa de cementerio, si sale mal. Me pregunto de dónde saca el valor, una mujer joven sola del todo, sin título alguno, sin colegio que la respalde. Si ese niño hubiera muerto esta noche, señorita Bly,

¿qué cree que habría dicho de usted esta parroquia antes del domingo?

—El niño no ha muerto.

—Este no. —Le sonrió. Era una buena sonrisa, blanca y paternal, y había vendido diez mil frascos—. Me malinterpreta. No le deseo ningún mal, ninguno en absoluto. Admiro el tesón, lo encuentre donde lo encuentre. Pero la medicina es ahora un asunto regulado. Ya no estamos en el siglo de su abuela. Hay leyes del Parlamento, hay cauces establecidos, está la ley, y la ley no tiene piedad alguna con las curanderas cuando las cosas se tuercen. Se lo digo como amigo. Dedíquese a la costura. Ponga una lavandería. Deje la medicina a quienes responden de ella.

—Responder. —Hannah estaba demasiado cansada para andarse con prudencias, y se oyó decirlo antes de habérselo pensado—. Su cordial, señor Crane. ¿Qué lleva dentro?

La sonrisa se quedó donde estaba. Algo detrás de ella, no.

—Eso —dijo— es secreto comercial, protegido por la ley.

—Porque cuidé a la vieja señora Docker durante todo un invierno, y cada semana mejoraba hasta que su hija volvió a darle su cordial, y con cada frasco se iba a pique como un barco barrenado. Retortijones, purgas, sudores. Lo he visto demasiadas veces para llamarlo casualidad. Lleve lo que lleve, no le sienta bien a un estómago delicado, y la mitad de esta parroquia tiene el estómago delicado. Usted habla de responder. Su nombre está en la etiqueta. Yo tampoco he escondido nunca el mío.

La calle estaba vacía. La niebla se movía entre los faroles de gas. Crane la miró un largo momento, y la amabilidad se le fue de la cara sin ruido, como un tendero que da la vuelta al cartel de Cerrado.

—Es usted su madre otra vez —dijo—. También ella tenía la lengua suelta, y ningún seso para refrenarla. Le ofrecí un puesto a esa mujer una vez, ¿lo sabía? Detrás de mi mostrador, con un sueldo decente, y habría preferido morir a aceptarlo. Bueno. Se murió de todos modos, ¿no?, y le dejó a usted el mismo orgullo y la misma miseria para sostenerlo. Ahora escúcheme bien, muchacha. La he dejado en paz porque no era nadie. Está empezando a ser alguien. Hay gente que pronuncia su nombre cuando debería pronunciar el

mío, y yo he trabajado treinta años y me he gastado una fortuna en ganarme la confianza de esta parroquia, y no pienso —y aquí su voz no se elevó en absoluto, que era lo peor de todo— no pienso consentir que me la birle una bruja de corral con un cuaderno de hierbas. Crúcese en mi camino una vez más, una sola, y me encargaré de que la ley también sepa su nombre. A los envenenadores los ahorcan, señorita Bly. Piense en a cuál de los dos creería un jurado de hombres respetables.

Se quitó el sombrero ante ella, con una cortesía de misa mayor, y entró, y la puerta del Medical Hall se cerró tras él con un clic discreto y caro.

Hannah se quedó en la acera, el corazón golpeándole el pecho.

Luego echó a andar hacia casa, porque no había otra cosa que hacer con todo aquello, y la mañana asomaba sobre las chimeneas con el color del té aguado, y los primeros curtidores pasaban junto a ella camino de los patios, arrastrando los pies, con el desayuno envuelto en un trapo bajo el brazo.

La viuda Pike estaba en el escalón de su puerta en Speller's Court, fregándolo en teoría, aunque apenas había luz para fregar. Siempre estaba en su escalón cuando pasaba algo digno de verse. Tenía sesenta años y una mirada que lo atravesaba todo, y Hannah la había sacado de una pleuresía dos inviernos atrás; desde entonces se había autoproclamado guardiana de los asuntos de Hannah, como un terrier se autoproclama guardián de un umbral.

—Pareces un trapo estrujado —dijo—. ¿El chico Tarrant?

—Mejorando.

—Claro que sí.

La anciana se recostó sobre los talones y la miró de arriba abajo, sin perderse nada: las manos manchadas, la cesta vacía, la inquietud en su cara.

—¿Y qué más? No me digas que nada, que he enterrado a dos maridos a fuerza de saber qué cara tiene la nada.

—El señor Crane me paró en Bermondsey Street. Me daba consejos amistosos.

—Amistosos.

La viuda Pike dijo la palabra como quien levanta un pescado podrido.

—Ese hombre es amistoso como una presa, todo suave por encima. ¿Qué quería?

—Que me ponga a coser para otros.

Hannah descubrió que aún podía sonreír.

—Dice que la ley no tiene piedad con las mujeres como yo, y tiene razón, y lo sé mejor que él. Y luego me amenazó, señora Pike, tan claro como que estoy aquí plantada, aunque lo envolviera en terciopelo. Hará que la ley sepa mi nombre, dice.

—¿Y tú qué dijiste?

—Le pregunté qué llevaba su cordial.

La viuda Pike calló un momento. Luego soltó una carcajada seca, sacudió la cabeza y se incorporó agarrándose al brazo de Hannah.

—Clavadita a tu madre —dijo, y con eso limpió la palabra de lo que Crane había hecho con ella—, y tu madre fue la mejor mujer que pisó este patio. Pero escúchame, muchacha, porque soy vieja y he visto cómo van las cosas. Los hombres como Crane no se pelean. Esperan. Te sonreirá desde el otro lado de esa calle durante un año sin mover un dedo, y todo ese tiempo estará como un hombre apostado junto a un río con una red, esperando el día en que los problemas te arrastren hasta él por su cuenta. Curar enfermos es oficio de azar. Un día se te morirá alguien rico entre las manos sin culpa tuya, les pasa hasta a los médicos del Rey, y ese día él tendrá la red preparada. Lo único que necesita es que le crean, y al dinero se le cree, Hannah. Al dinero siempre se le cree.

El patio despertaba a su alrededor. La tetera de alguien, la tos de alguien, el bebé de los Rudd llorando por su toma, toda la pequeña maquinaria del día poniéndose en marcha. Hannah miró la hilera de puertas, dieciocho puertas, y habría podido decir qué aquejaba a cada alma tras ellas, y quién estaba encinta, y quién se apagaba, y a cuáles de los más jóvenes había traído ella al mundo. El patio de su madre. Su patio.

—Entonces más vale que la gente no enferme —dijo—, ¿verdad?

Y entró a lavarse las manos y empezar la molienda del día, y estaba orgullosa, y no estaba amedrentada, y recordaría aquella

mañana el resto de su vida, como se recuerda el último rellano antes de que ceda un peldaño.

CAPÍTULO 2



El carruaje llegó a Speller's Court un martes al anochecer, en la primera semana de diciembre, y llenó el lugar como un cisne llenaría un barril para recoger agua de lluvia.

Hannah oyó las ruedas y lo primero que pensó fue en los funcionarios de la parroquia; se le encogió el estómago, lo que le decía mucho sobre cómo había dormido desde su conversación con Crane. Pero no era ningún vehículo parroquial. Era un brougham privado, verde oscuro, con las ruedas salpicadas de barro de calles mejores que aquellas, y el cochero en el pescante miraba al frente con la expresión fija de un hombre al que han mandado a un sitio que piensa negar haber visitado jamás.

La mujer que se apeó era una doncella, de unos treinta y tantos años, con el miedo asomando bajo su apariencia pulcra. Preguntó primero en la puerta equivocada, lo que hizo que media vecindad se asomara a las ventanas, y luego apareció en el umbral de Hannah, retorciéndose las manos enguantadas.

—¿Señorita Bly? ¿La herbolaria? —pronunció las palabras como si pudieran morderla—. Tiene que venir, por favor. Mi señora está muy mal, y ha preguntado por usted en particular. Es, venimos de Grange Road. La señora Venn. La señora Thomas Venn.

Hannah conocía el nombre igual que todos en Bermondsey: pintado a tres metros de altura en la pared de un almacén junto al mercado de cueros. VENN E HIJO, COMERCIANTES DE PIELES Y

CUEROS. Thomas Venn había salido de la nada, decían: el hijo de un curtidor que ahora cenaba con concejales, y su casa en Grange Road se alzaba tras una verja con una araucaria en el jardín delantero, lo que en Bermondsey equivalía a un escudo de armas.

—La señora Venn tiene médicos —dijo Hannah lentamente—. Mejores que cualquiera en esta parroquia.

—Ha tenido tres —la boca de la doncella tembló y se endureció—. Con perdón, señorita, pero ha tenido tres, y un cuarto de Harley Street que vino dos veces y cobró lo que yo ganaría en un año, y está peor cada mes que el anterior. Consumida, con retortijones que la doblan en dos, y un hormigueo en los pies tal que apenas puede subir las escaleras de su propia casa. La sangran y le ponen vejigatorios y le dan las píldoras azules, y, señorita, me hizo aprender su nombre de boca de la cocinera, cuya hermana cuidó usted. Dijo: tráeme a la mujer que curó a la hermana de Ellen, y no se lo digas al señor, y no se lo digas al señor Frederick —la doncella se detuvo, como si hubiera ido más lejos de lo que le habían ordenado—. Es una buena señora, señorita. Es la dama más amable de esa casa, y tengo miedo por ella.

La viuda Pike había salido a su umbral, tan predecible como el amanecer. Hannah notó su mirada, y la de toda la vecindad, y comprendió con absoluta claridad que aquella era la corriente de la que la viuda Pike le había hablado: una mujer sensata se despediría con una inclinación y se quedaría donde estaba a salvo.

Pero había hecho un juramento una vez, no en una iglesia, solo la mano de su madre en la suya y la voz de su madre, muy cansada: vamos donde nos llaman, Hannah. Esa es toda nuestra religión. Vamos donde nos llaman.

—Iré a buscar mi cesta —dijo.

La casa de los Venn olía a cera de abejas y fuegos de carbón y, debajo, tenue como una mentira, a enfermedad. Hannah fue conducida por las escaleras traseras, lo que le dijo bastante, y a lo largo de un rellano con las paredes cubiertas de cuadros de barcos, hasta un dormitorio del tamaño de tres casas de Speller's Court juntas, donde una mujer menuda yacía en una cama enorme como algo que la marea hubiera arrojado a una playa.

Maria Venn tendría unos cuarenta y cinco años y había sido hermosa. Lo que quedaba de ella estaba consumido y amarillento, con manos inquietas y un pulso que, cuando Hannah le tomó la muñeca, corría como un ratón tras un zócalo. Pero sus ojos eran claros, y examinaron a Hannah —el vestido sencillo, los dedos manchados, todo— con algo que casi parecía humor.

—Así que usted es la bruja de Speller's Court —dijo. Su voz era un jirón de lo que había sido—. La hermana de Ellen jura por usted. Mis médicos se desmayarían.

—Entonces no se lo diremos, señora. ¿Me mostraría sus manos? Y querré saber todo lo que le han dado, cada poción y píldora, y todo lo que come y bebe en un día, y quién se lo trae.

—Pregunta eso último como si importara.

—Todo importa.

Llevó una hora escucharlo todo, porque la señora Venn se cansaba rápidamente, y mientras descansaba Hannah interrogó a la doncella, Foster, en el vestidor, y revisó las botellas del cuarto de enferma una por una. Las recetas de los médicos eran lo que esperaba: calomelanos, sangrías y dieta baja, suficiente para derribar a un caballo de tiro, y no digamos a una mujer consumida. Pero fue la otra botella la que la detuvo, la de color rojo rubí, escondida detrás de la jarra de agua. Cordial Reconstituyente de Crane. El Tamaño Grande.

—¿Quién le da esto?

—Pues, es que... todo el mundo tiene eso, señorita —Foster parecía desconcertada—. El señor Frederick lo trae. El señorito. Es casi la única atención que tiene con ella; dice que su propia madre confiaba mucho en él. Lo toma cuando los retortijones aprietan.

—¿Y los retortijones son peores después, o mejores? Piénselo bien. No diga lo que debería ser verdad.

Foster se lo pensó bien. Su rostro cambió mientras lo hacía, como el de una mujer que hace una suma y le sale mal dos veces.

—Peores —dijo al fin, medio susurro—. Dos horas después, o tres. Pero no puede ser eso, señorita, es de Crane's, cuesta seis peniques la botella pequeña, todo el mundo...

—Todo el mundo lo tiene. Lo sé —Hannah se quedó con la botella en la mano, el nombre de Crane en dorado en la etiqueta, el corazón latiéndole en los oídos. Era consciente de la magnitud de lo que estaba a punto de decir, y de la voz de la viuda Pike: al dinero se le cree. Dejó la botella con cuidado, como si fuera una avispa atrapada en un paño.

No dijo nada de Crane esa noche. No tenía pruebas, solo un patrón, y los patronos podían colgar a la persona equivocada. Solo estableció un régimen sencillo: caldos, agua de cebada y leche de arroz, amargos suaves antes de las comidas, nada de sangrías, nada de píldoras azules, y bajo ningún concepto ningún cordial de patente, nada que no saliera de aquella cocina de la propia mano de Foster. Lo escribió con claridad e hizo que Foster lo repitiera hasta que se lo supo.

—No me da nada en absoluto, entonces —dijo la señora Venn, observándola desde las almohadas—. Los grandes hombres me dan un estante de botellas, y usted se lleva las botellas y me da agua de cebada.

—Le doy una oportunidad de luchar, señora, que es más de lo que le daban las botellas. Su estómago y sus nervios han estado sitiados por dos frentes: la enfermedad y la medicina a la vez. Retiremos la medicina y veremos de qué es capaz la enfermedad por sí sola. Creo que de menos de lo que usted teme.

—Usted cree que no me estoy muriendo. —Los ojos claros estaban fijos en ella—. El de Harley Street cree que sí. Fue amable al decírmelo, y por eso lo supe.

—Creo —dijo Hannah, sopesando cada palabra como quien tantea un asidero— que he visto morir a mucha gente, y tienen un aspecto, y usted no lo tiene. Lo que veo en usted es un cuerpo envenenado más deprisa de lo que puede recuperarse. —Dejó que la palabra calara un momento, y luego la suavizó, cobarde que era—. Medicado, quiero decir. Sobremedicado. Pero soy una mujer sin estudios y puedo equivocarme, y eso debe saberlo de mí antes de que empecemos.

Hubo un silencio, y entonces Maria Venn rio, rio de verdad, un sonido menudo y cascado como el de una verja oxidada, que se

convirtió en tos, y Foster acudió volando, y cuando pasó, la enferma se dejó caer en las almohadas con lágrimas de esfuerzo en el rostro y dijo:

—Es usted la primera persona en ocho meses que dice «puedo equivocarme» en esta habitación. Vendrá los martes y los viernes. Foster se encargará. Y se le pagará como es debido, no discuta, yo fui pobre una vez, diga lo que diga esta casa, y sé muy bien lo que le cuesta el orgullo a una mujer trabajadora, y no pienso cargarlo en mi conciencia.

El segundo martes, la señora Venn tenía fuerzas suficientes para sentir curiosidad, y eso Hannah lo tomó por mejor señal que el pulso estabilizado.

—Hábleme de su madre —dijo la enferma, mientras Hannah medía los amargos—. La del libro que lleva consigo. Foster dice que lo consulta como si fueran las Escrituras.

—Más sobado que la mayoría de las Escrituras, señora. Fue herbolaria en Bermondsey treinta años. Y su madre antes que ella, en Kent, tierra de lúpulo. Se hereda por línea femenina, como la ropa blanca.

—Y como la ropa blanca, no vale nada en el banco. —La señora Venn la observó por encima del borde del vaso—. Yo era hija de un pañero en Maidstone, señorita Bly, diga lo que diga ahora esta habitación. Atendí en la tienda hasta los veintiséis años. Sé al céntimo lo que vale la habilidad de una mujer trabajadora, y sé lo que le cuesta conservar algo de orgullo junto a ella. Mi primer marido fue el dependiente del pañero. Murió del pecho en dos años, y vine a Londres con once libras y un broche de luto, y le contaré lo que aprendí, ya que es usted la primera alma en esta casa a quien podría contárselo y entendería una palabra. Aprendí que la respetabilidad es un precio, no una virtud. Yo compré la mía. Me llevó diecinueve años y me costó todo lo tierno que tuve alguna vez, y entonces Thomas Venn quería una esposa sensata que supiera leer un libro de cuentas del revés desde el otro lado de su escritorio, y yo sabía, y ahí tiene todo el romance. —Devolvió el vaso—. Su hijo cree que me abrí paso a base de intrigas. La verdad es más aburrida. Su padre y yo nos avenimos, como se avienen dos abrigos secos a dos

días de lluvia. Pero intente explicarle eso a un muchacho al que el dolor ha vuelto necio.

—Le tiene cariño al muchacho —dijo Hannah, sorprendida de oírse decirlo, porque estaba en la voz de la mujer, bajo la sequedad.

—Lo compadezco, cosa que le gustaría aún menos. Tenía doce años cuando murió su madre y su padre lo mandó al internado ese mismo mes, porque Thomas arregla las cosas trabajando y cree que los demás deben hacer lo mismo. Nadie se sentó con ese niño ni una hora. Volvió a casa convertido en un joven con una mueca de desdén, y la mueca es la venda, cualquier tonto lo ve, pero su padre ve insolencia y le recorta la asignación, y así dan vueltas. —Se recostó en las almohadas, fatigándose, pero mantuvo los ojos clavados en Hannah—. Dirá usted que no es asunto mío contarle las llagas de la casa. Sí lo es. Usted entra aquí dos veces por semana con mi vida en una cesta, y debe conocer el clima de cualquier casa donde haga eso. El clima de esta es malo, señorita Bly. Dinero y dolor, encerrados juntos veinte años. Procure que no le llueva encima.

Hannah volvió a casa aquella tarde con la paga en el bolsillo y la advertencia en el oído, y se dijo, mientras la paga crecía semana a semana hasta convertirse en más dinero del que había reunido en su vida, que la advertencia era fantasía de mujer rica. Guardó el dinero, todo, en la lata de té que había sido el banco de su madre. Una parte sería por fin para una lápida en la tumba de su padre. Otra parte, aunque apenas se permitía completar el pensamiento, era para el escaparate del que hablaba la señora Venn: un local con licencia, balanzas en condiciones, su nombre pintado sobre una puerta que no pudieran cerrarle. Tener un lugar. Esa era la forma de su anhelo, cuando lo dejaba salir de noche. No el matrimonio, eso les llegaba a otras mujeres. Un lugar, y el trabajo, y ningún hombre capaz de quitarle ninguna de las dos cosas con una sola palabra.

Para la tercera semana el cambio era innegable. La señora Venn retenía la comida. Los retortijones se espaciaron, y luego casi desaparecieron. El pulso atropellado se asentó en algo parecido a un paso, y un viernes Hannah llegó y la encontró fuera de la cama, en una silla junto a la ventana, delgada como el papel pero erguida,

contemplando la niebla del jardín con las manos quietas en el regazo.

—Esta mañana hice que Foster me trajera el espejo —dijo, sin volverse—. La primera vez en un mes que me atrevo. Siéntese, señorita Bly. Quiero hablar de lo que va a ser de usted.

—¿De mí, señora?

—De usted. He estado indagando, se sorprendería de cuánto puede enterarse una mujer enferma por sus propios criados, y oigo cosas que me inquietan. Oigo que el boticario Crane habla contra usted, en las tiendas, en la junta parroquial, dondequiera que se junten los hombres, siempre compungido, siempre tan respetuoso y tan apenado: esa muchacha, ya lo verán, un día habrá un percance. Así es como se hace, ¿sabe? Vi a mi marido arruinar a dos rivales de esa manera cuando íbamos subiendo, nunca una palabra dura, solo pesar, gota a gota, hasta que toda la calle cree que se le ocurrió a ella sola. —Se volvió desde la ventana—. Ese hombre quiere hacerle daño, y usted no tiene a nadie. Así que escúcheme. Cuando me recupere, y empiezo a creer que me recuperaré, pienso ser su amiga. Abiertamente. El nombre de la señora Thomas Venn vale algo en este lado del río, el de mi marido vale más, y tendrá los dos. Me encargaré de que se establezca como es debido, con un escaparate en condiciones, y un abogado que la respalde, y que Crane se lamente entonces.

Hannah se quedó sentada con las manos en el regazo, sin poder hablar. No era el dinero. Era que nadie, desde que murió su madre, se había interpuesto ni una sola vez entre ella y la intemperie.

—¿Por qué? —logró decir al fin.

—Porque me dijo la verdad delante del agua de cebada, y la verdad es la medicina más escasa de Londres. —La señora Venn sonrió, y por un momento Hannah pudo ver a la muchacha que había sido, rápida y astuta y salida de la nada—. Y porque fastidiará a Frederick, que Dios me perdone, y una madrastra se divierte donde puede.

Lo dijo con ligereza, y Hannah sonrió por cumplir, pero el nombre le cayó frío dentro.

Para entonces había coincidido una vez con Frederick Venn, en la escalera: un joven apuesto de veinticinco años, con el pelo rubio de su madre muerta y una boca que se torcía hacia abajo al ver la cesta de Hannah. Se había apartado con exagerada cortesía y la había visto pasar, y Foster le había susurrado al oído en la puerta: no le haga caso, señorita, está resentido con el mundo. Resentido con su padre, que lo mantenía con una asignación y un taburete de escribiente cuando él quería un escritorio de socio. Resentido con su madrastra, porque la primera señora Venn había muerto deseando cosas que la segunda señora Venn ahora tenía, y porque, según decía la cocina, el amo le había hecho una asignación de dinero, un acuerdo importante, suyo de pleno derecho si ella le sobrevivía.

Suya por completo si le sobrevivía. Hannah pensó en el frasco de rubí detrás de la garrafa y se obligó a apartar ese pensamiento.

Pero fue esa misma tarde, al salir por la puerta trasera hacia la oscuridad de Grange Road, cuando pasó junto a dos hombres que hablaban a la sombra del muro del jardín, muy juntos y en voz baja, y reconoció una voz antes de ver el cuello de terciopelo: esa voz melosa de dependiente que nunca se alzaba. La otra era la del joven señor Frederick.

Siguió caminando. No era ningún crimen que un boticario y el hijo de un comerciante hablaran junto a una verja al anochecer. Eso se repetía mientras recorría Grange Road, con la niebla que se espesaba y sus pasos demasiado sonoros. Crane suministraba a la mitad de las casas respetables de la parroquia. Frederick le llevaba el cordial a su madrastra movido por lo que él entendía como bondad. No había nada en ello, nada, solo un patrón, y los patrones podían mandar a la horca a la persona equivocada.

No oyó lo que Crane decía junto a aquella verja, y pasaría mucho tiempo antes de enterarse, y para entonces casi le habría costado todo. Lo que Crane decía, con esa voz paternal que había vendido diez mil frascos, era que resultaba una vergüenza terrible el modo en que la herbolaria había hincado las garras en una dama enferma, cobrando los martes y los viernes, y ganándose además su confianza, y que si acaso el señor Frederick nunca se había preguntado qué podría obtener una persona calculadora de una

inválida agradecida con un gran patrimonio a su nombre, una mujer rica reblandecida por la enfermedad, con su verdadera familia apartada de su puerta mientras la bruja del patio la alimentaba, vaya usted a saber con qué, cuatro veces por semana por la escalera de servicio. Lo decía como amigo, dijo. Lamentaba tener que decirlo.

Diez días antes de Navidad, el viernes, Hannah encontró a su paciente inquieta, con los viejos retortijones de vuelta, leves pero presentes, y aquello la desconcertó, porque el régimen no había cambiado.

—Es la temporada —dijo la señora Venn, quitándole importancia con un gesto de la mano—. Ganso y grosellas en cada comida, y Frederick de repente tan atento que me asfixia. Se sentó conmigo una hora el miércoles. Me trajo las gotas él mismo y se quedó mirando cómo me las tomaba, como si fuera una enfermera.

Hannah se quedó quieta.

—¿Qué gotas, señora?

—Pues las gotas tónicas. El reconstituyente. —Las cejas de la señora Venn se alzaron al ver la expresión de Hannah—. No es tu cordial prohibido, muchacha, ten un poco más de fe en mí. Es una preparación nueva, Frederick dice que la toma toda la City. Lo manda preparar especialmente para mí. Querida, no pongas esa cara, es un gesto amable, el primer gesto amable que me ha hecho sin pedírselo en seis años de esa boca siempre fruncida, y no tuve corazón para rechazarlo. Me tomo tres gotas en agua cuando él las trae, para complacerlo, y eso lo complace, y la paz en una casa también es medicina, tú misma lo dijiste.

Todo significa algo, le había dicho a la doncella. Estaba de pie en aquella habitación cálida y opulenta, con el fuego que crepitaba y la niebla contra la ventana, y el patrón se desplegó ante ella de golpe, claro como una página impresa, y se le heló hasta la última fibra del cuerpo.

—Señora —dijo, y su propia voz le sonó lejana—, ¿haría algo por mí sin preguntarme la razón hasta el martes? No tome las gotas. Ni tres, ni una. Si el señor Frederick viene con ellas, coja el vaso y sea amable, y viértalo en la maceta en cuanto él se dé la vuelta. Le daré mi razón el martes. Puede que esté equivocada, ruego a Dios que lo

esté, y si lo estoy tendrá mi disculpa y mi razón juntas. Pero prométame lo de la maceta, señora. Prométamelo.

Maria Venn la miró durante un largo momento, y no se había hecho rica por ser lenta, y algo se movió en el fondo de sus ojos claros, algún cálculo que ella tampoco pronunciaría en voz alta.

—Crees que mi casa no es segura para mí —dijo en voz baja. No era una pregunta. Después añadió—: Muy bien. La maceta, y tu razón el martes. Dame la mano, Hannah Bly.

Hannah le dio la mano, y los pequeños dedos secos se cerraron sobre ella, y esa fue la última vez.

La noticia llegó a Speller's Court antes de la misa del domingo, pasando de puerta en puerta como pasan las malas noticias: que a la señora Thomas Venn de Grange Road le habían dado calambres y purgas en la noche y había muerto antes de que el carruaje del médico cruzara siquiera las verjas, y que la doncella Foster estaba con un ataque de nervios, y la casa entera patas arriba, y, esto último susurrado de escalón en escalón con miradas por encima del hombro, que el joven amo decía, y el boticario Crane le daba la razón, que a su pobre madrastra la había estado tratando en secreto estos dos meses una mujer de los callejones, y que ahora todos sabían qué había habido en el agua de cebada.

CAPÍTULO 3



El lunes por la mañana, el rumor ya la perseguía. Hannah lo sintió antes de oírlo, como se presiente una tormenta. Salió a la bomba a las siete, como hacía cada día de su vida, y las dos mujeres que ya estaban allí dejaron de hablar en cuanto llegó. Una de ellas, la señora Gowan, a cuyo bebé Hannah había dado la vuelta en el vientre con sus propias manos dieciocho meses atrás, recogió su cubo a medio llenar y se marchó.

La otra, la menuda señora Rudd, no se movió, pero su mirada iba de un lado a otro, evitando el rostro de Hannah.

—Más vale que sepas lo que andan diciendo —murmuró, con los ojos fijos en el mango de la bomba—. Dicen que fue tu medicina. Esta mañana ha venido un hombre preguntando de puerta en puerta. Preguntando qué les dabas a la gente y si alguien había guardado los frascos.

Llenó su cubo y se fue, pero en su propia puerta se detuvo, y una vieja lealtad le arrancó las palabras:

—Le dije que salvaste la vida de mi Peggy. Lo apuntó como si fuera una prueba en tu contra.

La viuda Pike llegó a las ocho, sin llamar, cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella.

—Ahora me vas a escuchar —dijo—, y no vas a discutir, por una vez en tu vida. Se ha propagado como fuego en un pajar, Hannah. No son solo habladurías del patio. Crane estuvo en casa de los Venn

antes de que el cuerpo se enfriara, sentado con el joven señorito la mitad de la noche, según le contó la criada de cocina a nuestra Betsey, y la historia que ha salido de esa casa esta mañana está construida, ¿me entiendes?, construida como un muro de ladrillos, cada hilada bien puesta. Una mujer intrigante que venía en secreto. A la familia la mantuvieron en la ignorancia. La señora enfermó desde el día en que esa mujer apareció por primera vez, y murió con las hierbas de esa mujer en la mesita de noche. Y Crane estaba en la puerta de su propia tienda hace apenas una hora, me lo han contado ya tres personas, diciéndole a la gente con lágrimas en los ojos que te advirtió, que te suplicó que dejaras de entrometerte antes de que alguien muriera. Lágrimas, Hannah. En los ojos.

—Estaba mejorando —la voz le salió extraña, apagada—. Siete semanas estuvo mejorando, con agua de cebada y amargos, nada más. Pregúntale a Foster. Foster lo vio todo, Foster guardó mis papeles, cada dosis anotada con claridad...

—Foster se ha ido.

La habitación dio un vuelco.

—La echaron ayer, antes siquiera de que amortajaran a la señora. Por dejarte entrar en la casa, dicen. Se fue con los suyos, y dónde estén los suyos, nadie lo sabe.

La anciana se apartó de la puerta, tomó las manos de Hannah, y su apretón era firme y su rostro más firme aún, el rostro de una mujer que había enterrado a dos maridos y sabía de qué pasta estaba hecho el mundo.

—Fueron las gotas, muchacha. Fueron las gotas o el cordial o los dos, no lo dudo, no lo dudaría ni aunque un ángel jurara lo contrario. Pero escucha lo que estás diciendo, incluso a mí. El boticario y el hijo. El hijo de un caballero y el comerciante más rico de la parroquia, esa es tu versión, ¿y quién crees que va a ir contando esa historia por ti? Eres una herbolaria de Speller's Court con las manos verdes y sucias, ayer eras la novedad del momento, y hoy eres su envenenadora, y a la gente le encantan las envenenadoras, Hannah, les dan la vida, es mejor que el teatro.

Se le quebró la voz, pero se rehizo.

—Habrá una investigación judicial. Ante el juez de instrucción, con un jurado de hombres respetables, tenderos, hombres de Crane, hombres que le deben dinero o le compran el género. Y si ese jurado te declara culpable de asesinato, te llevarán directamente de esa sala a juicio, y, muchacha, hace menos de diez años colgaron a una mujer en Horsemonger Lane con menos pruebas de las que Crane ha fabricado contra ti en una sola noche.

—Pues me presentaré en la investigación y diré la verdad.

—¿Y con qué? Con tu palabra. La palabra de una bruja acusada contra el hijo desconsolado y el benefactor compungido de la parroquia.

La viuda Pike la zarandeó, la zarandeó de verdad, como si fuera una niña con una pataleta.

—La verdad no protege a los desamparados, no sin testigos, y los tuyos están muertos, despedidos o son demasiado pobres para que los escuchen. Tiempo, Hannah. La verdad necesita tiempo, y lo único que no tendrás, si te quedas aquí sentada, orgullosa como tu madre, hasta que vengan los alguaciles, es tiempo.

Los periódicos lo publicaron a mediodía. Hannah oyó al chico pregonando las primeras ediciones en Long Lane, las palabras llegaban por el callejón claras como campanas, muerte misteriosa de la esposa de un comerciante, se busca a herbolaria, y cada pregón le arrancaba algo que ya no volvía. A las dos, un hombre dibujaba la entrada de Speller's Court para un periódico ilustrado, y los niños se arremolinaron a su alrededor, emocionados, señalando su puerta, y ella se apartó de su propia ventana, en la penumbra de su propia habitación, escondiéndose de niños a los que había traído al mundo, curado y enseñado a leer en el escalón de su puerta, y comprendió lo que la palabra acosada significaba en el cuerpo, no en la mente: un frío en la parte de atrás de los brazos, una extrañeza en las paredes conocidas, las puertas convertidas en papel.

A las cuatro vino la madre de Peggy Rudd, por detrás, saltando el muro de las letrinas como una ladrona, con el chal tapándole la cara. No podía quedarse mucho, dijo, y no se sentó, y la mirada le iba de un lado a otro. Es que la tos de Peggy había vuelto, y como ya no habría más jarabe después, después de esta semana, y lo sentía,

Hannah, lo sentía mucho, pero el marido de Gowan había dicho que los acusarían a todos de cómplices si los veían en esta puerta, ¿era verdad que podían acusarlos?, ella tenía cinco hijos, Hannah, y ningún hombre le explicaba claramente qué era un cómplice.

Hannah le dio el jarabe y la receta escrita con claridad, y le explicó qué era un cómplice, y que ella no lo era, y que nunca la considerarían una por comprar medicina para una niña. Y luego, porque la vergüenza de la mujer era más difícil de soportar que su miedo, la tomó de las manos y dijo:

—Viniste. Saltando el muro de las letrinas con el corazón en un puño, pero viniste. Cuando esto acabe, sea como sea, recordaré quién vino.

Y la señora Rudd lloró y se fue, otra vez por el muro, con el frasco en el corpiño, y esa fue la última paciente que Hannah Bly atendió en Speller's Court.

Todo ese día el patio le resultó extraño. Pasos que se detenían frente a su ventana y seguían de largo. Un chico enviado por alguien a apostarse en la entrada y vigilar su puerta, que se creía muy listo, comiendo una manzana, y al anochecer lo relevó otro chico. Ordenó sus frascos y después no habría sabido decir qué habían hecho sus manos. Dos veces se sentó a escribir un relato del caso, cada fecha y cada dosis, mientras lo tenía fresco, y la segunda vez lo terminó, lo leyó, y oyó cómo sonaría leído en voz alta por un secretario del juez de instrucción en una sala llena de caras como la de Crane, y el papel le tembló en la mano.

Le había dicho a la señora Venn: lo que tienes me parece que alguien te está envenenando. Lo había dicho delante de Foster. Foster, dondequiera que estuviese, podía ser obligada a repetirlo, y en el edificio de acusaciones que Crane había levantado encajaría como la piedra clave: la mujer habló de veneno semanas antes de la muerte. Como si hubiera estado preparando el terreno. Cada cosa verdadera que había dicho y hecho, vista desde el otro lado, era un tablón de su propia horca. Ese era el genio maligno de todo aquello: que necesitaba tan pocas mentiras. Bastaba con cambiar el ángulo de la luz, y todo lo que había sanado se alzaba en la oscuridad con el ropaje del asesinato.

El golpe llegó a las nueve de la noche, uno solo, quedo.

Era el padre del chico Tarrant, el gran vigatero, que llenaba el umbral con el frío que desprendía su chaqueta, y no quiso entrar, y no alzó la voz por encima del murmullo del río.

—Usted fue buena con nosotros —dijo—. Así que escuche y no me pregunte cómo lo sé: hay un hombre en nuestro astillero cuyo hermano barre las celdas del juzgado. La denuncia está presentada, señorita. La juraron esta tarde. Hay una orden de arresto, y piensan llevársela mañana, temprano, antes de que el juzgado abra. Asesinato premeditado, señorita. Eso es lo que pone.

La miró un momento a la luz de la vela de ella, y se le demudó el rostro.

—Mi Georgie estaría bajo tierra de no ser por usted. Así que le diré lo que mi mujer me mandó decir. Váyase esta noche. Váyase ahora, y que Dios la acompañe, y si algún hombre me pregunta, yo nunca estuve aquí y nunca dije nada.

Se perdió en la niebla antes de que ella pudiera darle las gracias.

Permaneció largo rato en medio de su habitación, la habitación de su madre. Después nunca pudo recordar bien aquella hora, solo fragmentos, como un plato hecho añicos. Su propia voz diciendo en voz alta, a nadie: nunca le hice daño, habría muerto antes. La hilera de tarros con sus cubiertas de papel, cuarenta años de ellos, que no podía llevarse. Sus manos haciendo cosas prácticas muy deprisa mientras su mente se mantenía aparte y observaba: pan y lo que quedaba del queso en un paño, sus medias gruesas, el poco dinero de la lata del té, una muda de ropa, no más, que un hatillo debe parecer un recado y no una huida.

Y el libro.

Cogió el libro de remedios de su madre de la mesa y lo apretó contra el pecho con ambos brazos, el cuero viejo y suave oliendo a todos los inviernos de su vida, y por primera vez en todo aquel día interminable le vinieron las lágrimas, allí de pie en la luz vacilante, porque era todo lo que quedaba de ellas, la letra espinosa de su abuela y la mano firme de su madre y la suya propia, tres mujeres que habían acudido donde las llamaban, y había llegado a esto, un

hatillo y una orden de arresto, y el patio al que había servido dormido a su alrededor con las puertas cerradas.

Cubrió las brasas con ceniza. Hay hábitos más hondos que la ruina.

La viuda Pike esperaba en el zaguán, envuelta en negro, porque claro que sí. Le puso algo en la mano a Hannah, una media anudada con monedas dentro, y atajó cualquier rechazo con un golpe seco de los nudillos en la muñeca de Hannah, el mismo golpe que daba a los hombres febriles que se negaban a beber.

—Al otro lado del agua —susurró—. Da igual dónde. Donde no te conozcan, y escúchame, aléjate de los puentes, hay cobradores de peaje y hay ojos en el Puente de Londres toda la noche. Baja por las escaleras de Cherry Garden, el chico de mi hermana, Ned, trabaja de barquero allí, ya está pagado y es de fiar y no hace preguntas. Cruza y piérdete, muchacha. Es una ciudad grande en la otra orilla. Se traga a la gente entera. Deja que te trague con cariño por un tiempo.

—Los tarros —se oyó decir Hannah, atontada de pena—. El jarabe de la señora Rudd, está preparado en el segundo estante, Peggy no debe tomarlo después de que se le pase la tos, y el linimento del viejo Docker...

—Yo me ocuparé del patio. ¿No te he visto hacerlo ya bastante tiempo?

La anciana le tomó el rostro a Hannah entre sus dos manos agrietadas, con fuerza.

—Ahora escucha. No eres ninguna mártir y no voy a permitir que te hagas la mártir. La inocencia nunca salvó a nadie de la horca, pero el tiempo podría hacerlo. Vive, mantente libre, mantén los oídos abiertos, y cuando llegue el día en que alguien esté dispuesto a escuchar la verdad, estate viva para contarla. Ese es tu trabajo ahora, el mismo de siempre. Mantener viva a la gente. Solo que la gente eres tú.

La niebla había subido del río espesa y amarilla, una niebla de diciembre de verdad, y la ocultó, una mujer más con chal en la oscuridad con un hatillo, bajando por Cherry Garden Street con el corazón latiéndole como un puño contra una puerta. Detrás de ella,

en algún lugar, quedaba todo: el patio, las tumbas de su madre y su padre en el camposanto de St Mary Magdalen, las dieciocho puertas cuyos interiores conocía como la palma de su mano. En su hatillo, envuelto en la muda de ropa, el libro golpeaba suavemente contra su costado a cada paso, todo lo que le quedaba, todo lo que era.

Las calles entre el patio y el río eran diez minutos andando y la llevaron por la mitad de su vida. Pasó junto a la bomba donde las mujeres le habían dado la espalda aquella mañana. Pasó junto a la cerería donde su madre le había comprado la pizarra en la que aprendió las letras. Pasó por el final de Crucifix Lane, donde ardía una luz en lo alto de la ventana de los Tarrant, y se detuvo un latido en la niebla mirándola, la habitación donde había pasado toda la noche con la cabeza de Georgie en su hombro hablando de un perro que había conocido, y luego siguió andando, porque una mujer perseguida no puede ni siquiera detenerse a mirar una ventana iluminada sin delatarse.

Se permitió un giro equivocado, y sabía que lo era, y lo hizo de todos modos. La verja del cementerio de St Mary Magdalen estaba sin cerrar, nunca estaba cerrada, y la niebla dentro del muro era la misma que la de la calle pero se comportaba distinta, más quieta, atrapando la luz de la única lámpara junto a la sacristía. Conocía el camino hasta la esquina del fondo a oscuras, tercer sendero, pasado el tejo, y se quedó junto a los dos montículos, el viejo con su pequeña lápida, Rebecca Bly, curandera de esta parroquia, le habían dejado poner el oficio en ella, el cantero protestando y cediendo, y el nuevo, el de su padre, aún sin lápida, la hierba apenas prendida sobre él, la piedra comprada y encargada por fin con el dinero de los Venn y ahora nunca llegaría, pues el cantero difícilmente tallaría para una envenenadora fugitiva, y el dinero de la lata debía ser para huir y comer ahora, no para mármol.

—Tengo que irme —les dijo en voz baja.

La niebla atrapó su voz y la mantuvo cerca, una pequeña habitación para los tres.

—No es cosa mía y no es lo que merezco, y no puedo pararme a discutirlo ni siquiera con vosotros. Dirán cosas de mí aquí después

de esta noche. Las dirán junto a este muro, seguramente, los domingos.

Se agachó y puso la palma plana sobre cada montículo por turno, el viejo, el nuevo, el mismo gesto que usaba en la espalda de una parturienta: tranquila, tranquila.

—Vosotros sabréis la verdad. Sois los dos en esta parroquia que la sabréis sin que nadie os la cuente. Cuidaos el uno al otro, entonces. Y guardadme un lugar, porque volveré, me he jurado volver, absuelta y a la luz del día, o no volveré en absoluto.

No hubo respuesta, nunca la hay, eso es lo único seguro de los muertos, y su madre le había enseñado años atrás a considerarlo una bondad: no discuten, Hannah, y no repiten lo que oyen, que es más de lo que se puede decir de cualquier alma viva en Bermondsey. Se incorporó, se ajustó el hatillo, y salió por la verja del fondo sin mirar atrás, porque mirar atrás era un lujo, y el duelo, como había aprendido junto a otra tumba seis años antes, debe racionarse.

Casi al final de Cherry Garden Street, dos agentes surgieron de la niebla en su ronda, y no quedaba más remedio que seguir caminando hacia ellos: una mujer con chal y un bulto, una entre cientos aquella noche en Bermondsey. Sus piernas mantuvieron el paso sin que ella se lo ordenara. El que iba más cerca la miró sin curiosidad, se tocó el sombrero con dos dedos por pura costumbre y dijo: —Noche cerrada, señora. Cuidado con las escaleras si va al río, que la marea está subiendo. —Y pasaron de largo, y desaparecieron, y ella recorrió los últimos cien metros con el corazón latándole tan fuerte que se preguntó si la niebla no se agitaría con él, y aprendió otra cosa que no ponen en los libros: que la amabilidad en boca de un agente, dirigida a una mujer con una orden de arresto a su nombre, es el sonido más solitario del mundo.

Ned el barquero estaba donde su tía había prometido, una silueta en la niebla en lo alto de las escaleras, joven, fornido y callado, oliendo a alquitrán y a la cerveza de su cena. La miró una vez, de arriba abajo, con la mirada de quien confirma una descripción que le han dado y no piensa recordar, y la ayudó a bajar al bote mojado, y empujó hacia el río ciego, y la orilla lejana no mostraba luz alguna a

través de la oscuridad amarilla, de modo que parecían remar hacia la nada, hacia el borde del mundo.

—Mi tía dice que usted le curó la pleuresía —dijo, así, sin venir a cuento, en mitad del río, con los remos en reposo mientras escuchaba el golpeteo de un vapor en algún lugar río arriba—. Hace dos inviernos. Se habría muerto, dice mi madre.

—Su tía tiene buena constitución y ella sola hizo casi todo el trabajo.

—Esa no es la versión que ella cuenta. —El vapor pasó, invisible, y el oleaje los meció en la oscuridad; él volvió a remar—. Yo no sé nada de esta noche, señora, y lo juraré sobre lo que haga falta. Pero mi tía dice que le diga que, cuando esté a salvo en algún sitio, hay maneras de enviar noticias sin usar el correo. Las barcazas, por ejemplo. Yo estoy en las escaleras de Cherry Garden casi todas las mareas. —Lo dijo mirando a los remos, no a ella—. Eso es todo. Cosas de familia, vamos. Nada que contar a nadie.

Hannah iba sentada en la popa con su bulto y no pudo darle las gracias, con la garganta cerrada por la emoción, y comprendió que aquello también era el oficio que volvía a ella en la oscuridad, pan echado al agua, las pleuresías y fiebres y partos de su madre que ahora la sacaban remando de la trampa que su propia misericordia había tendido, y que dijera lo que dijera la ley, dijeran lo que dijeran los periódicos sobre ella, los pobres llevaban un libro de cuentas distinto, y lo llevaban desde hacía mucho.

A medio camino, la niebla se abrió un instante, como hace la niebla, que respira, y ella miró hacia atrás y vio Bermondsey, un largo y tenue resplandor de luz de gas bajo el humo, y la torre de la iglesia recortada en negro contra aquel fulgor, y después la niebla volvió a cerrarse y se lo llevó todo.

Asesina. Esa era la palabra que recorría la parroquia a sus espaldas, por las tiendas y los patios y las tabernas, la palabra que vocearían los vendedores de periódicos en menos de una semana, la palabra escrita en la orden que un agente llevaría en el bolsillo cuando llegara a su hogar frío por la mañana. Hannah Bly, la envenenadora de Speller's Court. La que había sido antes estaba acabada. Su nombre, el nombre de su madre que había mantenido

limpio durante todos los inviernos de hambre, pertenecía ahora a Crane, para que hiciera con él lo que quisiera.

Miró hacia proa en el bote, con los ojos secos ya, tan helada que había dejado de tiritar, y apretó el bulto con el libro dentro, e hizo el único voto que aún cabía en ella, pequeño y duro como una semilla en tierra de invierno.

Vivir. Seguir libre. Estar viva para contarlo.

Los remos batían y se hundían, y la orilla norte emergió por fin de la niebla, escaleras y barro y los cascos negros de las barcas, un país extranjero, y Hannah Bly bajó del bote hacia aquella orilla con todo lo que poseía bajo un brazo, veinticuatro años cumplidos, y se perdió en la ciudad devoradora.

CAPÍTULO 4



El doctor Joseph Sutton había dejado de contar las horas que trabajaba en el año del cólera, y nunca había vuelto a llevar la cuenta, porque un hombre que cuenta lo que gasta tarde o temprano debe preguntarse qué obtiene a cambio, y esa era una pregunta que no tenía intención de recibir.

El dispensario de Ratcliff abría a las ocho. Joseph estaba allí a las siete, siempre, en la fría habitación trasera con la lámpara, anotando el registro del día anterior, y la cola ya se formaba en Mercer Street: estibadores con dedos aplastados, niños tosiendo, mujeres envejecidas a los treinta, toda aquella parroquia desgastada, arrastrando los pies con paciencia en la oscuridad. Los atendía a todos. Los veía hasta que no quedaba ninguno, fuera cual fuese la hora, y luego hacía sus visitas, y luego escribía sus notas, y luego, si la noche no deparaba nada más, se sentaba con la lámpara y sus revistas médicas y leía hasta que las letras se le nublaban, porque la hora entre el último trabajo y el sueño era la hora en que regresaba la sala.

Dos años, y aún regresaba, casi todas las noches. No como un sueño. Habría preferido un sueño. Regresaba como un recuento: la larga sala de fiebres del Hospital de Londres en el verano del sesenta y seis, el verano en que el cólera brotó de las cañerías del East London y mató a miles entre julio y noviembre, y él, Joseph Sutton, de treinta y cuatro años y considerado prometedor,

recorriendo la hilera de camas con las enfermeras desplomándose de agotamiento a su alrededor, y todo lo que hacían, equivocado. No equivocado según los libros. Los libros mismos, equivocados. Aún podía nombrar a cada paciente de aquella sala. Los nombraba, en las malas noches, como otros hombres rezan: Eliza Marchant, treinta años; su hija Susan, ocho; el gabarrero Cobb, que había bromeado con él al mediodía y estaba muerto a las cuatro; y el recuento seguía y seguía, y al final había un número, y el número era suyo.

Sus colegas habían dicho, y con razón, que ningún hombre en Londres había trabajado más duro aquel verano, que su tasa de mortalidad no era peor que la de cualquier otro. Eso era precisamente el problema. No peor que la de cualquier otro. Todos ellos juntos no habían sabido nada, y la compañía de aguas había sabido menos y mentido más, y los muertos estaban muertos se hiciera la suma como se hiciera. Un hombre prometedor podía llegar lejos, le dijeron cuando todo terminó. Joseph había contemplado ese lejos y descubierto que era un país en el que ya no tenía derecho a estar. Aceptó el puesto del dispensario en Ratcliff, medicina de pobres, paga de cuatro días por siete de trabajo, y su antiguo jefe lo llamó enterrarse en vida, y se lo dijo a la cara, y Joseph respondió con suavidad que enterrar era trabajo honesto, alguien tenía que hacerlo, y no volvieron a invitarlo.

El comité del dispensario, cuatro comerciantes y un armador retirado que se reunían cada trimestre a tomar jerez, consideraban a su médico una ganga y un enigma a partes iguales. Habían publicado el anuncio hacía tres años, esperando los solicitantes de siempre, hombres demasiado jóvenes para tener consulta propia o demasiado aficionados a la botella para conservarla, y en su lugar les había llegado un licenciado del Colegio con referencias hospitalarias que hicieron silbar al armador, solicitando el puesto por el salario ofrecido, ni un penique más. El presidente, un comerciante de granos de hábitos directos, se lo había planteado sin rodeos en la entrevista: un hombre de sus méritos, doctor, enterrado aquí entre las ratas del muelle, la gente preguntará qué le pasa. Y el candidato lo había mirado con aquellos ojos firmes y ojerosos y había dicho: — Pueden preguntar. El trabajo aquí es medicina, señor, igual que en

Harley Street, solo que hay más y está peor pagado, lo cual se ajusta a mis circunstancias. Mis referencias hablan de mi competencia. No me pasa nada que vaya a costarles nada a sus pacientes. —Lo cual no era respuesta en absoluto, como observó el presidente después, salvo que sí lo era, si uno prestaba atención a cómo estaba formulada.

En tres años había triplicado la lista de suscriptores, porque hasta el dinero de la caridad sigue a los resultados, y se había peleado con el comité una sola vez, cuando propusieron poner una placa de latón con su nombre en letras más grandes que las del dispensario. Los pobres de Ratcliff, menos complicados en sus juicios, habían zanjado el asunto del doctor Sutton desde el principio: era de los buenos, de los pocos buenos, podías mandarlo llamar a cualquier hora y venía, y te decía la verdad, y si nunca sonreía, bueno, un médico sonriente casi siempre estaba sonriendo a algo de su libro de honorarios. Notaban, siendo pobres —es decir, observadores profesionales de cualquiera que estuviera por encima de ellos—, que no comía mejor que ellos y dormía menos, y sus mujeres dejaban cosas en su alojamiento, un arenque, un paquetito de té, que La señora Christow recibía sin comentarios y de las que él no llegaba a enterarse ni de la mitad.

El tercer domingo de diciembre, entregado a su única indulgencia —leer los periódicos de la semana de cabo a rabo con la segunda tetera—, se topó con el caso de la envenenadora de Bermondsey.

Lo leyó primero como cualquier médico lee un caso de envenenamiento, con apetito profesional: una instrucción judicial abierta y aplazada, la mujer acusada en fuga, lo cual el periódico trataba como confesión en todo salvo en el nombre. EL ENVENENAMIENTO DE BERMONDSEY. HUIDA DE LA HERBOLARIA. Los detalles estaban expuestos con deleite. Una dama inválida y adinerada, una asistencia secreta de unas siete semanas, hierbas administradas por una mujer sin licencia, la familia mantenida en la ignorancia, y la muerte sobreviniendo súbita al final con calambres, purgas y colapso.

Joseph dejó la taza.

Leyó las pruebas médicas dos veces, el testimonio del cirujano en la instrucción abierta, y el picor en su mente se convirtió en una incomodidad asentada, como una piedra en el zapato. Calambres, purgas, sudores fríos, colapso, muerte en menos de doce horas en una mujer que últimamente había estado mejorando. Mejorando durante siete semanas, según reconocía a regañadientes la propia familia, mejorando con el régimen de la herbolaria. Y las hierbas encontradas en la mesilla de noche, que el periódico nombraba como quien nombra inmundicias, eran agua de cebada, un amargo de genciana y cáscara de naranja, y una infusión de manzanilla. No conocía ninguna hierba de los setos ingleses que un médico en su sano juicio administrara a un enfermo y que pudiera producir esa muerte, y la genciana y la manzanilla menos que ninguna otra. Pero sabía qué producía exactamente esa muerte —calambres, purgas, postración, el cuadro del cólera sin el cólera—, porque había pasado dos años leyendo todo lo publicado sobre venenos irritantes, como un hombre quemado estudia el fuego. Antimonio. Tártaro emético, su sal metálica, barato como la tierra, lo bastante insípido en un cordial endulzado, el veneno perfecto para un asesinato lento y secreto: en pequeñas dosis durante semanas producía desgaste, retortijones y hormigueos; en una dosis fuerte, colapso y muerte. Y su uso clásico, visto dos veces en los tribunales durante su vida, era el de un miembro de la casa contra otro.

Desgaste y retortijones durante meses, decía el periódico, tres médicos desconcertados, luego siete semanas de recuperación bajo los cuidados de una mujer que daba agua de cebada y retiraba los frascos de medicinas, y luego muerte súbita en una noche. Se quedó allí sentado con el té enfriándose, y pensó: cualquier hombre que haya recorrido una sala de fiebres sabe leer esa historia. La recuperación era la prueba. Las víctimas de envenenadores mejoran cuando el envenenador pierde acceso, y enferman cuando lo recupera. La mujer no había estado matando a su paciente. La mujer, según cada indicio en las propias pruebas impresas, había estado interponiéndose entre su paciente y el asesino, y casi había ganado.

Y habían dejado que la instrucción se aplazara con la caza lanzada tras ella, y todos los médicos de Londres leyendo su periódico con su té, y nadie lo había dicho.

Se dijo a sí mismo, aquel domingo, que no era su parroquia, no era su caso, que un médico sin reputación que arriesgar no estaba en posición de arriesgarla. Se dijo que el tribunal del forense encontraría la verdad sin él. Se había dicho en julio del sesenta y seis que el agua probablemente era segura, porque la compañía lo decía y él estaba cansado.

Once días después, el dos de enero, en el duro frío negro que llegó tras la Navidad, su campana nocturna sonó y lo hizo salir con el maletín hacia una casa de huéspedes junto a las escaleras de Ratcliff, el tipo de casa donde una cama costaba tres peniques y compartir cama un penique, a ver a una mujer que, según decían, se estaba muriendo en el ático trasero.

No estaba muriendo, no del todo. Estaba famélica, helada, y ardía con la fiebre lenta que traen ambas cosas, una mujer joven con ropa que tres semanas atrás había sido decente, tendida sobre arpillera pelada con el brazo doblado sobre un pequeño bulto como si el bulto fuera un niño. El encargado de la casa la quería fuera: las mujeres muertas espantaban a la clientela. Joseph se arrodilló en el hedor del lugar e hizo lo que había que hacer, y la mujer emergió a medias de su fiebre al contacto de la cuchara y forcejeó con él, débil como un gatito y desesperada, diciendo no doctor, no doctor, no dejaré que me examinen, hasta que las fuerzas la abandonaron.

Mientras le auscultaba el pecho, ella empezó a hablar, el parloteo atropellado de la fiebre, y él comprendió que creía estar cuidando a alguien, a todo un patio lleno de gente. Dale la vuelta al colchón, dijo. Que no tome el jarabe después de que se le pase la tos, ¿eh? Díselo hasta que se lo aprendan. Luego, con otra voz, pequeña y terrible, una voz como de quien se asoma a un precipicio: Nunca le hice daño. Estaba mejorando. Antes habría muerto yo, antes habría muerto yo.

Joseph se quedó inmóvil.

El bulto bajo su brazo se había aflojado, y un libro había asomado a medias, un libro viejo y grueso encuadernado en cuero

tan gastado que parecía tela. Ya no era hombre de rezos, pero lo que sintió mientras lo extraía con cuidado y lo abría era aquello para lo que se había inventado la oración. Recetas, en tres caligrafías a lo largo de medio siglo. Mezcla para la fiebre. Para la tos ferina. Para una mujer en sus días. Notas marginales en la caligrafía más reciente, una letra pequeña y cuidadosa: funciona mejor si se da tibio. La viuda D. no tolera la valeriana. Y en la guarda, en la caligrafía intermedia, desvaída: Libro de Rebecca Bly, y debajo, más reciente, Hannah.

Los periódicos habían publicado el nombre una y otra vez. Hannah Bly, la envenenadora de Bermondsey, prófuga de la justicia, veinticuatro años de edad, ojos oscuros, puede estar usando nombre falso, quien tenga información comuníquela a la policía.

Se sentó sobre los talones en el ático helado y contempló a la mujer más buscada del sur de Londres, doce noches sin comer porque una orden de arresto había vuelto su nombre impronunciable, aferrándose a un libro de remedios con lo último que le quedaba de fuerzas, y comprendió que la pregunta que había apartado aquel domingo lo había seguido cruzando el río y subiendo aquellas escaleras y ahora yacía en la arpillera frente a él, y habría que responderla después de todo, no en un periódico, no en abstracto, aquí, esta noche, él.

Si llamaba a la policía, por la mañana ella estaría en una enfermería de prisión, juzgada en las sesiones antes de que acabara el trimestre, y la acusación estaba armada mientras que su defensa consistía en las semanas de mejoría de una mujer muerta y en lo que un médico había leído en un periódico. Si no los llamaba, él, Joseph Sutton, licenciado del Real Colegio de Médicos, pasaba desde esa hora a encubrir a una fugitiva acusada de asesinato premeditado, y todo lo que aún poseía —su licencia, su puesto, su libertad— entraba en la balanza junto a ella.

Pensó en la sala. Pensó, como siempre pensaba, en Eliza Marchant, treinta años, que el martes le había preguntado si podía darle el agua a su hija sin peligro, y él había repetido lo que decía la compañía, y ella le había creído, porque él era médico y su nombre valía algo.

—No —dijo en voz alta, al ático en general, al libro de cuentas donde llevaba el recuento, a lo que fuera que escuchase—. A esta no.

Pagó al encargado por una semana del ático y por su silencio, lo cual no garantizaba ninguna de las dos cosas pero compraba tiempo. Luego, porque una semana en ese ático la mataría igualmente, hizo lo que ya no tendría vuelta atrás: bajó y encontró a un chico para que fuera a buscar a la señora Christow, la viuda que regentaba la pensión de Wellclose Square donde él se alojaba, una escocesa silenciosa que había perdido dos hijos en el mar y no hacía preguntas a los náufragos. Entre los dos, envuelta en el abrigo de él, bajaron a la mujer enferma por las escaleras y la llevaron por las calles a oscuras y la acostaron en la habitación de atrás de la cocina de la señora Christow, donde la caldera de cobre mantenía la pared caliente.

Durante tres días yació en la habitación de atrás de la cocina, y lucharon por ella. Lo peor era el hambre, pues la fiebre era de ese tipo lento y latente que se alimenta de un cuerpo vaciado, y él la trató como habría tratado cualquier caso de la calle: caldo de carne a cucharadas, vino aguado, calor, quietud, y las horas de vigilia que ninguna receta enumera y en las que se sostiene toda recuperación. La señora Christow se encargaba de los días. Joseph se encargaba de las noches, en la silla junto a la puerta, con sus revistas sobre las rodillas sin leer, y se decía que era porque el caso podía torcerse de repente, lo cual era cierto, pero sabía que había algo más, y se negaba a examinar qué.

La segunda tarde, mientras le daba el caldo con la cuchara, reparó de verdad en sus manos por primera vez, las manchas tan incrustadas en los dedos que tres días de sudores febriles no las habían borrado, verde degradándose a marrón en la base de las uñas, las manos de una herbolaria de oficio tan inconfundibles como las cicatrices delatan a un herrero, y se quedó mirándolas más tiempo del que requería tomarle el pulso. Había leído cien palabras sobre ella en los periódicos —envenenadora, bruja, mujer intrigante—, y aquí estaba el testimonio desnudo de sus dos manos, años de trabajo, incrustado más allá de lo que ningún fregado pudiera borrar.

Pruebas, se dijo, en la voz neutra que reservaba para sí. Son pruebas que corroboran, nada más. Pero descubrió que había tomado una de aquellas manos entre las suyas para calentarla, pues la noche era cruda, y que la retuvo allí un buen rato después de que estuviera caliente, y de eso no dejó constancia en ninguna voz.

Ella habló las dos primeras noches. Él llegó a conocer todo su patio a través de aquello, sin quererlo, como quien oye leer cartas ajenas en voz alta. El jarabe de Peggy. Una mujer llamada Pike que no debe fregar los escalones con el suelo mojado. Cuidado con los gemelos cerca del agua, Davey no sabe nadar. Una vez, cerca del amanecer, ella despertó a medias y lo miró con absoluta lucidez y dijo: —Estás en mi silla. Yo me siento con ellos, ellos no se sientan conmigo —y volvió a dormirse antes de que él pudiera responder, y Joseph Sutton siguió sentado en la silla de ella, según había quedado establecido, con algo moviéndose en el pecho que había creído que el año del cólera le había cauterizado.

La segunda noche, revisando el bulto en busca de algo que le indicara a quién avisar si ella moría —que era la forma que adoptaba su honestidad incluso en el delito—, encontró el dinero del bote anudado en la media, y el recibo en su letra pequeña y cuidadosa, desglosado: para la lápida de Padre, tres libras y cuatro chelines ahorrados. Para la tienda, el resto. Lo devolvió exactamente como estaba, y no durmió nada aquella noche, y nunca le contó lo que había leído, ni entonces ni después. Pero fue aquel trozo de papel, más que las pruebas del periódico, más incluso que el delirio febril, lo que acabó de decidirlo. Los ahorros de las envenenadoras no incluían lápidas. Había creído en su inocencia desde aquel domingo, tomando el té. Desde la segunda noche, la conocía, que es cosa distinta y de más peso.

Hannah Bly despertó al tercer día, lúcida, y supo por la calidad de las mantas que estaba perdida, que había estado indefensa entre extraños, que su libro había salido de sus manos. Sus ojos recorrieron la pequeña habitación limpia como los de un pájaro en una habitación con la ventana cerrada, y encontraron al hombre sentado junto a la puerta, un hombre enjuto y moreno con un abrigo remendado que —ella lo sabría después— había permanecido

allí durante lo peor de cada una de las tres noches, y él vio aquella mirada y respondió antes de que ella pudiera formular la pregunta, con calma, como quien informa a un colega.

—Su libro está bajo la almohada. La fiebre ha cedido. Está usted en Wellclose Square, en casa de una mujer que no es chismosa, y nadie ha sido informado de nada.

Una pausa.

—Sé su nombre. Creo que soy el único hombre en Londres al que no tiene por qué temer por eso, porque he leído hasta la última línea de las pruebas médicas de su caso, y sé qué mató a la señora Venn, y no fue nada que crezca en un jardín. Fue antimonio, señorita Bly. Y casi puedo demostrarlo.

Ella lo miró desde la almohada, demacrada y acosada, sopesándolo con aquellos ojos oscuros y directos, y él sostuvo su mirada sin apartarla.

—Casi —dijo ella al fin.

Su voz era apenas un hilo, pero había escogido bien la palabra, era la palabra justa, y algo cambió en el rostro agotado frente a ella, como si un colega le hubiera estrechado la mano.

—Casi —convino él—. Descanse y recupérese. Luego hablaremos de la distancia entre casi y probado.

Ella no confiaba en él. Llevaba tres semanas sin confiar en nadie, y la amabilidad de un hombre, según le había enseñado la vida, era una deuda que siempre se cobraba. Pero el invierno aguardaba tras la ventana, y la orden de arresto aguardaba tras él, y la fiebre había agotado hasta la última gota de sus fuerzas, y aquel desconocido hablaba de pruebas como su madre había hablado de remedios: con exactitud, sin florituras, como cosas que podían pesarse.

Vivir, seguir libre, sobrevivir para contarlo: eso había jurado en el río negro. Y aquella noche no había otra manera de cumplir el juramento.

—Hannah Wells —dijo—. Si alguien pregunta. Mi nombre es Hannah Wells.

—Hannah Wells —dijo el Dr. Sutton, poniéndose de pie y tomando su sombrero, convertido desde aquella sílaba en

delincuente ante la ley, y más sereno de lo que había estado en dos años—. Bienvenida a Ratcliff.

La señora Christow, a quien nadie interrogó porque nadie en Wellclose Square se habría atrevido, se formó su propia opinión del arreglo a su debido tiempo, pues era mujer que tardaba una quincena en formarse opiniones y luego las conservaba de por vida. Una joven viuda, encomendada a la caridad del doctor por un caso que había atendido, alojada allí hasta que recuperase las fuerzas. Esa era la historia que le habían dado, y la recibió como recibía el alquiler: contándola sin comentarios y encontrándola, como la mayoría de los alquileres, ligeramente escasa. Había enterrado a dos hijos en el mar y a un marido antes que ellos, y lo que el mar le deja a una mujer es olfato para la tormenta que aún no ha estallado. Había tormenta en todo aquel asunto, juzgó. El doctor velando tres noches junto a la fiebre de una desconocida cuando podían contratarse enfermeras. El respingo de la muchacha ante un golpe en la puerta. El bulto custodiado como si fuera un bebé.

Pero también había observado a Joseph Sutton durante tres años: comía lo que ella le ponía delante como quien paga una multa, caminaba de un lado a otro de su habitación cuando el viento soplaba del este, y ella le había escrito a su hermana en Leith, en la única carta que enviaba al año, que su inquilino era la criatura más solitaria a la que Dios hubiera concedido jamás licencia para mantener vivos a otros. Y ahora, por las mañanas, llegaba conversación a través de la pared de la cocina, queda, dos voces alternándose, el contorno de una charla aunque no las palabras, y una vez, inconfundible, breve, la risa del doctor. La señora Christow se quedó en su cocina con la cuchara de las gachas en la mano y escuchó aquello como otra mujer habría escuchado el comienzo de un deshielo, y tomó su decisión, y a partir de entonces puso un tercer cuenco sin que nadie se lo pidiera, y si algún agente hubiera llamado a su puerta con preguntas, le habría soltado una filípica en dos idiomas sin decirle nada útil en ninguno.

—De lo que sea que esté huyendo —le dijo a la tetera, que hacía las veces de su hermana entre carta y carta—, no la atrapará por mi culpa.

CAPÍTULO 5



A finales de enero, Hannah Wells tenía un taburete en el rincón del dispensario de Mercer Street, detrás del mostrador donde la luz era escasa, y la parroquia ya sabía quién era: la nueva ayudante del doctor, una viuda callada venida de algún lugar al otro lado del agua, con buena mano para los frascos.

Había empezado con el papeleo, porque los libros de Joseph Sutton eran impecables y su estantería de preparados era un caos, y una mujer convaleciente a la que no se podía dejar sentada pensando todo el día, dijo él, bien podía ordenar por orden alfabético. No duró ni una semana con el papeleo. Una tarde él estaba preparando una mezcla de ipecacuana, muerto de cansancio, y ella lo observó desde su taburete hasta que no pudo más y dijo:

—Ha preparado eso con el doble de concentración de lo que anotó.

Y él se detuvo, y lo comprobó, y ella tenía razón.

A partir de entonces, ella preparaba las mezclas. Era más rápida que él, y más precisa, cosa que él admitió con una franqueza que la sorprendió. Luego llegó la tarde en que una mujer trajo un bebé con muguet y aún quedaban ocho pacientes esperando, y Hannah atendió al bebé ella misma —borraja y miel de rosas y las palabras adecuadas para la madre— antes de recordar que estaba muerta y enterrada y que no debía ser nadie. Joseph, que cosía el cuero cabelludo de un estibador al otro lado del biombo, no dijo nada.

Pero a la mañana siguiente había dos taburetes detrás del mostrador, y una segunda lámpara.

Se fueron conociendo como se conoce una cocina compartida: a base de silencios, de roces evitados y pequeños ajustes, y lo que aprendieron, al final, fue una medicina que a ninguno de los dos le habían enseñado.

Él sabía lo que ella ignoraba, y era tanto: la gran arquitectura del cuerpo, los nombres y números de las cosas, lo que revelaba el microscopio, por qué el pulso del paciente febril se comportaba así, lo que estaba escrito en las revistas de Edimburgo y París. Ella había creído que todos los médicos blandían su saber como Kite, el de la parroquia, como una porra contra los pobres. Joseph ofrecía el suyo con la palma abierta: esto es lo que sabemos, esto es lo que solo decimos saber, y el segundo montón, decía, era el mayor, y quien lo olvidaba lo pagaban otros.

Y ella sabía lo que él desconocía, cosas que nunca habría imaginado que supiera una curandera. No las hierbas en sí, aunque su jarabe de marrubio calmaba toses con las que la mezcla de escila de él solo peleaba. Era el otro oficio, el que no tenía nombre en las revistas. La vio convencer a un paciente con hernia de que usara el braguero preguntándole por su huerto. La vio sonsacar la verdad a mujeres que llevaban un año mintiéndole a él por compasión, y conseguir que niños que rechazaban la cuchara se tomaran el caldo, y leer la salud de toda una casa desde el umbral, igual que había leído su ipecacuana a tres metros con mala luz.

—La gente no son frascos —le dijo ella cuando él lo comentó—. No lees la etiqueta. Lees cómo vierte.

Él lo anotó, y ella se rio de que lo anotara: la primera vez que la oía reír.

El paciente de la hernia era un caso ejemplar, y se convirtió en una pequeña leyenda del mostrador entre ellos. Era un descargador de carbón llamado Bagley, de cincuenta años, fornido como la grúa que manejaba, que llevaba dos años con la hernia y se negaba a usar el braguero que Joseph le había ajustado; venía cada mes a que le dijeran que se estaba matando, lo recibía siempre con perfecto buen humor y se marchaba igual que había venido. Un día

la estrangulación se lo llevaría entre el barco y la orilla, decía Joseph, y sería una muerte que un chelín de obediencia habría evitado, y eso lo sacaba de quicio como solo lo sacaba de quicio lo evitable.

—Déjeme a mí —dijo Hannah la tercera vez que vio al hombre marcharse con el braguero en el bolsillo en vez de puesto.

Al mes siguiente lo atendió ella. No le preguntó nada del braguero. Mientras medía la mezcla para la tos de su esposa, le preguntó qué cultivaba en su huerto de más allá de la fábrica de gas —le había oído mencionarlo a otro hombre en la cola—, y él le contó, largo y tendido, con un brillo repentino en la cara, lo de sus cebollas. Cebollas de concurso. Una cuchara de plata en la feria de Whitechapel, dos años seguidos. Era octubre, observó ella, así que estaría cavando zanjas para el bancal de primavera, trabajo duro con la laya, ¿en arcilla? Y se quedó escuchando veinte minutos sobre cómo cavar zanjas en arcilla mientras la cola avanzaba a paso de tortuga, y al final dijo, pensativa, como de hortelano a hortelano, que era muy duro que a un hombre le tuvieran que cavar el bancal de primavera unos extraños porque él estuviera en el Hospital de Londres con el intestino gangrenado, todo por no ponerse una correa que ya tenía. Y Bagley se detuvo con la mano en la puerta, y la miró, y se miró, y dijo:

—Usted va al grano, señora, ¿eh?

Y se puso el braguero desde esa semana, contándoles a sus compañeros del muelle que la nueva mujer del doctor tenía una lengua capaz de levantar la tapa de una escotilla.

—No le dije nada que usted no le hubiera dicho doce veces —le dijo Hannah a Joseph, que lo había presenciado todo desde el libro de cuentas, maravillado—. Usted le dijo lo que significaba para su cuerpo. Yo le dije lo que significaba para sus cebollas. La gente no vive en su cuerpo, doctor, o no lo bastante como para darse cuenta. Vive en sus cebollas. Encuentre las cebollas y podrá tratar a cualquiera.

—Encuentre las cebollas —repitió Joseph mientras escribía—. ¿Y cuáles son las mías, señora Wells? Si usted lee a todo el mundo a tres metros con mala luz, ¿en qué vivo yo?

Lo dijo con ligereza, o eso creyó, y se dio cuenta de su error en el momento en que los ojos de ella se alzaron del mortero y se posaron en él, oscuros y directos y sin asomo de risa, y se tomaron su tiempo. La había visto hacer aquello cien veces a través del mostrador, con estibadores y sus esposas, pero nunca lo había sufrido en carne propia.

—Sus libros de cuentas —dijo ella al fin—. Vive en sus libros de cuentas. Y están llevados de maravilla, pero no hay una sola página preparada para lo que pueda entrar. Solo para lo que sale. —Volvió a machacar en el mortero, sin prisa—. Esas son sus cebollas, doctor. Usted preguntó.

—Pregunté —dijo él tras un silencio en el que había cogido la pluma y la había soltado dos veces—. Recuérdomelo que sea menos curioso.

—No pienso hacerlo. La curiosidad es lo mejor que guarda en esta botica. —Y luego, ablandándose, con el fantasma de una sonrisa mientras se inclinaba sobre la raíz de malvavisco—: Podría preparar una página para las entradas, algún año. Solo una. A ver qué aparece.

Él también lo anotó. Para entonces ya llevaba el cuaderno en serio, titulado con su letra pulcra Observaciones sobre la Práctica, H.W., y si el comité lo hubiera leído alguna vez, habría encontrado a su médico barato, licenciado del Colegio, apuntando las sentencias de una ayudante analfabeta como un estudiante ante su catedrático, y apremiándola por las tardes para que le explicara las razones detrás de aquellas sentencias, y a los dos debatiendo sobre método por encima del tablero de preparar píldoras como si fueran la Royal Society, solo que con más calor.

Salvaron a la esposa del aserrador en febrero, entre los dos: una fiebre puerperal que según todas las reglas estaba perdida, el ácido fénico de él y su ropa limpia y sus notas cada hora contra la corteza de sauce de ella y la borraja y su negativa rotunda a dejar que la mujer volviera la cara a la pared, cuatro días y cuatro noches turnándose en las guardias, y cuando la fiebre remitió en la quinta mañana se quedaron en la calle gris delante de la casa, demasiado

cansados para hablar, y se estrecharon la mano como dos albañiles que acabaran de cerrar un arco.

Hubo una noche en aquel mismo febrero de la que Ratcliff habló después: la noche de la gran tormenta de aguanieve, cuando una verga cayó sobre la cubierta de un carbonero en la dársena y se llevó a cuatro hombres consigo, y el dispensario se convirtió en puesto de socorro hasta el amanecer. Los despertaron a las dos de la madrugada, a los dos, y trabajaron codo con codo sobre caballetes fregados a la luz de todas las lámparas que la señora Christow y los vecinos pudieron reunir: un hombro destrozado, un cuero cabelludo abierto, un muchacho de dieciséis años con el antebrazo partido de modo que asomaba el hueso, y el cuarto hombre sin remedio, cosa que Hannah supo de un vistazo y Joseph confirmó en un murmullo, y lo dejaron tendido con decoro en el cuarto de atrás y no dijeron nada a los demás hasta que terminaron.

Lo que la calle recordó fue al chico con el hueso roto. Era irlandés, recién llegado de Cork, y el dolor y el terror lo habían sacado de sí: llamaba a su madre, luchaba contra las manos que lo sujetaban, y no había manera de reducirle el hueso mientras siguiera luchando. Joseph ya había sacado la botella de cloroformo cuando Hannah le puso la mano en la muñeca. En vez de dejarlo actuar, se inclinó sobre el chico, le agarró con fuerza la mano sana y empezó a hablarle, no con tono tranquilizador, sino enérgico, con el tono de una mujer que espera ser obedecida: que cómo se llamaba, Michael, ¿verdad?, pues bien, Michael, que si tenía hermanas, cuatro, y cuál de ellas estaría más orgullosa de oír que había aguantado que le colocaran el hueso como un hombre, y mientras él tartamudeaba el nombre de Norah, ella asintió una vez por encima de él, y Joseph le enderezó el brazo de un tirón limpio, y el chico rugió y le apretó la mano hasta casi partírsela, y ya estaba hecho, entablillado y listo, antes de que el rugido terminara de resonar.

—Lo habrías dormido y habría funcionado —dijo ella después, frotándose los dedos doloridos, respondiendo a la mirada de Joseph antes de que pudiera convertirla en pregunta—. Pero mañana despertará como un hombre que lo aguantó, no como uno al que apagaron como una vela mientras unos extraños le hacían cosas.

Tiene dieciséis años, acaba de bajarse del barco, y esta ciudad lo molerá como pueda. Una historia en la que él sea el héroe de su propio brazo merece la pena, si sale barata. Y salió.

Joseph la miró un largo momento por encima de la mesa de trabajo, con el aguanieve deritiéndosele en el pelo, mientras el amanecer asomaba gris por las ventanas a su espalda.

—Donde yo me formé —dijo al fin—, nos enseñaron que el paciente empieza en la piel. Todo lo de dentro, nuestro. Todo lo de fuera, no es medicina.

Empezó a enrollar la venda sobrante, meticuloso incluso a las cinco de la mañana, pero despacio, como quien dice algo que aún está aprendiendo a decir.

—Es la frontera equivocada. Lo sospecho desde el cólera, aunque no habría sabido decirte por qué. Todo lo que está fuera de la piel también es medicina, eso es lo que enseña este lugar: el salario, el casero, el agua, las cuatro hermanas en Cork. Medicamos el medio de la historia y nos llamamos científicos por ignorar los dos extremos.

Ató el rollo.

—Tu madre te enseñó todo eso. A mí me costó una década y una plaga aprenderlo, y todavía ando en las primeras letras. Es extraño, señora Wells, tener treinta y seis años y volver a ser aprendiz.

—Es el oficio —dijo Hannah—. Nadie lo termina. Esa es su belleza, si aguantas el ritmo.

Ese fue el mes en que dejó de vigilar la puerta.

Pero también fue el mes en que empezó a observarlo, con el otro ojo, el que su madre le había entrenado. Y lo que vio, una vez que miró, ya no pudo dejar de verlo.

Se estaba matando. Lentamente, respetablemente, a plazos, pero ella había visto a tísicos administrar mejor sus fuerzas. Trabajaba las horas del dispensario y luego otras que se inventaba. Comía de pie, cuando la señora Christow lo acorralaba. Dormía cuatro horas y lo llamaba su constitución, y en las noches en que el viento soplaba del este y el olor del río subía por las calles, ella lo oía a través de la pared del cuartito de atrás de la cocina, paseando

arriba y abajo, lento y regular, durante horas, como un hombre haciendo la ronda en una sala que no existía.

Ella sabía lo que era. Ratcliff lo sabía, a su manera imprecisa; el encargado de la pensión le había contado su historia la semana que se alojó allí: el médico que estuvo en el Londres en el año del cólera, dicen que nunca ha vuelto a estar bien. Y ella había atendido bastante duelo como para reconocer su olor bajo el ácido fénico. Pero él nunca hablaba de ello, y su bondad le había salvado el pellejo, y una no iba a andar hurgando en la única cerradura de la casa de un hombre que le había abierto todas las demás puertas.

Escribió a la viuda Pike esa primavera, por el correo de la barcaza, como Ned había prometido. Tenía la forma de nada: un papel sin firmar dentro de un envoltorio de papel de estraza dentro de una caja de arenques en una gabarra de carbón, la letra disfrazada de imprenta: la pomada para la pleuresía se hace así, y seguía una receta, correcta en todas sus partes, y al final, en la misma letra de imprenta, todo bien con quien hace la pomada. Dios guarde al patio. Tres semanas después, por el mismo conducto y a la inversa, llegó un papel en una letra como un seto en un vendaval: LA POMADA FUNCIONA. EL PATIO REGULAR. P. RUDD PURIFICADA A SALVO. CUANTO MENOS SE DIGA MEJOR. QUEMA ESTO. Lo quemó, como le indicaban, y lloró sobre las cenizas, breve y eficientemente, y volvió al mostrador. Era todo, ese papel. Era la madre de Peggy a salvo de su sexto parto sin que Hannah estuviera allí para sostenerla, y el patio todavía en pie, y una anciana manteniendo una puerta abierta al otro lado de un río y de una orden de arresto. No escribía a menudo, por el bien de Ned y de la anciana. Pero el correo de la barcaza funcionaba, fino como un hilo, todo aquel año, y en las malas noches se aferraba a él.

Fue el chico con el pie aplastado quien lo rompió todo, la última semana de febrero.

Un chico de los recados, once años, la rueda sobre el pie en las puertas del muelle, e hicieron todo bien, y salió mal de todos modos, como pasa con los pies, la carne muriéndose más deprisa de lo que ellos podían atajarla, y en la cuarta noche llegó el tétanos, y para la sexta el chico había muerto. Pasa. Hannah lo había visto veinte

veces, y lo había llorado veinte veces, y sabía lo que era aquel dolor: el impuesto que cobraba el oficio, que había que pagar y superar trabajando.

Joseph encajó la muerte como quien recibe un veredicto. Dijo todo lo que había que decir a la madre, firme como siempre. Luego se encerró en el cuarto de atrás con el libro de registro, y cuando Hannah entró una hora después a por el alcohol, estaba sentado con el libro abierto en la página del chico, sin escribir, la pluma seca en la mano, y su rostro, antes de que pudiera cerrarlo, era el rostro que ella llevaba meses oyendo a través de la pared.

—Me dirás que no fue culpa nuestra —dijo, al libro—. La herida ya venía contaminada del muelle. Los libros dicen que el desenlace era probable desde la primera hora. Conozco los libros. Ayudé a escribir uno de ellos.

Su voz era neutra, lo que lo hacía peor.

—Once años. Llevo aquí sentado repasando mis notas en busca de lo que se me escapó, y no hay nada que se me escapara, y uno pensaría, señorita Wells, que eso debería consolar a un hombre.

Hannah dejó el alcohol. Pensó en su madre, y en la verdad desnuda sobre el agua de cebada, y en cómo había sido la única medicina que llegaba donde las botellas no alcanzaban.

—No —dijo—. No hay consuelo en ello. Si se te escapó algo, podrías corregirlo, y la próxima vez el siguiente chico viviría. Si no se te escapó nada, entonces hiciste todo lo que puede hacer un hombre, y no bastó, y volverá a pasar, y no hay aprendizaje que lo detenga. Esa es la factura de este oficio. No son los muertos lo que no podemos cargar, Dr. Sutton. Son los que mueren con lo mejor de nosotros dentro.

Él la miró entonces, y por un momento los postigos se abrieron de par en par, y ella lo vio todo: la sala, el recuento, los dos años paseando arriba y abajo, un duelo que se había vuelto orgulloso y hacia dentro y gangrenado como el pie del chico, y comprendió algo que no había comprendido: que él había construido la misma prisión que ella había construido tras la muerte de su madre, solo que él llevaba más tiempo en la suya, y se había tragado la llave.

—El año del cólera —dijo. No estaba respondiendo a ninguna pregunta. Era una puerta que se abría apenas un resquicio—. Habrás oído. Todo el mundo oye.

—Oí que estuvo en el Londres durante lo peor. Eso es todo lo que sé.

—Entonces oyó la versión halagadora —dejó la pluma recta junto al libro, con exactitud, un hombre que ordenaba la superficie de las cosas—. Alguna noche, señorita Wells, quizá la aburra con la aritmética. Esta noche no —se puso de pie, recogió el libro de cuentas, y en la puerta se detuvo sin mirarla—. Lo que dijo antes. Los que mueren con lo mejor de nuestro trabajo dentro. ¿De dónde saca eso una mujer de veinticuatro años?

—De tener un libro de remedios escrito por tres manos distintas —dijo Hannah—, y de saber de qué murieron las tres. No es un oficio de larga vida, doctor. Solo de mucha terquedad.

Se marchó un momento después hacia el frío, a una visita que sin duda había inventado en ese instante. Pero esa noche, a través de la pared, no se oyeron pasos, y por la mañana había tres terrones de azúcar junto a su bote de té, lo cual, viniendo de un hombre que lo medía todo y no desperdiciaba nada, era —empezaba a comprenderlo— prácticamente un discurso.

También adquirieron, sin acordarlo nunca, la costumbre de las revistas. Los martes por la noche, cuando el dispensario cerraba a hora cristiana, él leía en voz alta la prensa médica de la semana mientras ella preparaba las mezclas de reserva para la siguiente, y lo interrumpía a mitad de frase cada vez que lo impreso chocaba con su práctica, cosa frecuente, y el debate se libraba sobre el tablero de píldoras con absoluta seriedad hasta que las mezclas quedaban listas. Él citaba autoridades. Ella citaba tribunales y cocinas. Él la acusaba, con suavidad, de generalizar a partir de casos; ella lo acusaba, con precisión, de generalizar a partir de lo impreso; y una vez, memorable, leyeron un artículo sobre la inutilidad de una corteza febrífuga que ella había usado con éxito durante diez años, lo sopesaron, y ella lo refutó tan a fondo, síntoma por síntoma y caso por caso, que él se echó hacia atrás, la miró y dijo: —Escríbelo. En serio. Escribe los casos tal como los acabas de exponer, y yo les

daré forma —y así nació una carpeta que se guardaba detrás del mostrador, con dos caligrafías, como otro libro de remedios, y ninguno de los dos dijo lo que ambos pensaban: que aquella carpeta tenía aspecto de permanencia, aspecto de años.

Marzo llegó húmedo. La fama del dispensario se extendió por los bajos fondos, a lo largo de los muros del muelle y a través de los lavaderos: «tienen una mujer en Mercer Street que sabe lo que te aqueja antes de que tus botas dejen de crujir», y la cola de las mañanas fue creciendo, y un día apareció en ella un rostro de la otra orilla, la esposa de un barquero de Rotherhithe con bocio, y Hannah la atendió con el corazón en un puño y nadie la reconoció.

Debería haberlo tomado como advertencia. En cambio, se aferró a la esperanza, y sabía que lo estaba haciendo, y lo hizo de todos modos, porque era marzo, y estaba viva, y el trabajo había vuelto a sus manos, y el hombre del otro taburete había empezado, con cautela, como un paciente que prueba un miembro recién curado, a decir nosotros. Podríamos probar el vendaje nuevo. Haríamos bien en visitar a la esposa del aserrador. Hay, dijo una noche leyendo una revista junto a la segunda lámpara, un artículo de Viena que deberíamos leer juntos, y Hannah, moliendo raíz de malvavisco mientras la lluvia golpeaba la ventana, sintió que la palabra se asentaba en ella como el calor tras el frío, y se dijo, severa, que se refería al dispensario, y sabía perfectamente que no era así, y aun así dejó quieta la mano del mortero un instante, para quedarse inmóvil dentro del sonido de aquella palabra.

La orden de arresto seguía en pie. Su nombre yacía bajo un nombre falso como un ascua bajo la ceniza. Al otro lado del río, aunque ella aún no lo sabía, un hombre de cuello de terciopelo había empezado a oír, débilmente, en los márgenes de su vasta red de informantes, hablar de cierta herbolaria en una parroquia del este. Pero la lluvia cayó sobre Ratcliff como una absolución aquel mes, y en la pequeña luz empañada del dispensario, dos personas cautelosas medían sus días grano a grano, y eran, sin que ninguno de los dos osara pronunciar la palabra, felices.

CAPÍTULO 6



El primer carruaje apareció en Mercer Street un jueves de abril, y parecía tan fuera de lugar allí como lo habría parecido en un lodazal, que en cierta forma era donde estaba.

El lacayo que entró se tapó la nariz ante el hedor de la sala de espera y preguntó por la herbolaria, la que había curado a la hija del corredor de lanas, y a Hannah se le heló la sangre mientras daba un paso al frente, porque la fama había cruzado el río más rápido que ella.

La hija del corredor de lanas era bien real, una muchacha de diecinueve años postrada tras un año de tratamiento de moda para una clorosis que Hannah había diagnosticado, en un cuarto de hora, como corsé demasiado apretado, píldoras de hierro que su estómago no toleraba, y una madre que la alimentaba con caldos de enferma que ella detestaba. Carne, aire fresco y el corsé aflojado, había prescrito Hannah, junto con un tónico amargo para salvar la dignidad de la familia, y la muchacha había florecido en seis semanas, y su padre, hombre sensato avergonzado de haber malgastado doscientas guineas en médicos inútiles, no había podido callarse.

Ahora venían los demás. La esposa de un sedero con jaquecas. Un comerciante de la India en persona, amarillento de Calcuta, a quien tres hombres de Finsbury Square habían estado medicando con mercurio por un hígado que no tenía. La viuda de un clérigo de

Hackney, de pobreza digna, que había empeñado un broche para pagar a un médico que la aterrorizara, y que lloró cuando Hannah le dijo que el bulto que tanto temía era una costilla, y que todo el mundo tiene una.

El comerciante de la India fue el caso instructivo, y el que Joseph citaba cuando el tema surgía entre ellos, cosa que ocurrió todo el verano, pues los ricos eran una dolencia que ninguno de los dos había tratado antes.

Se llamaba Prowse, y llegó en un brougham alquilado para ocultar el suyo, amarillo como una guinea y temblando, cincuenta y cinco años, veinte de ellos pasados en Calcuta y los últimos tres en tratamiento en Finsbury Square por un hígado enfermo. Traía el tratamiento consigo, pues era incapaz, dijo con humor macabro, de alejarse de él: un neceser equipado como un arsenal, píldora azul, polvo gris, calomelanos, una dosis mercurial para cada hora del día. Hannah observó las manos temblorosas, las encías esponjosas y la boca llagada por la que se disculpaba, y le preguntó, a lo largo de una hora de preguntas, cuándo había comenzado el temblor, y oyó, como había empezado a sospechar que oiría, que había aparecido gradualmente en el segundo año del tratamiento, y que lo habían tratado con más tratamiento.

No dijo nada contra los hombres de Finsbury Square, pues no tenía licencia que la respaldara y sí una orden de arresto a sus espaldas. Dijo solo que su hígado, a su juicio, se había curado solo en algún momento del primer año, como solían hacer los hígados si uno dejaba de maltratarlos, y que lo que ahora lo aquejaba estaba escrito en las etiquetas de su propio neceser, y que su prescripción era aire de mar en Broadstairs, leche, comida suave, y ni un grano más de nada metálico en lo que le quedara de vida. Joseph, llamado para confirmar, confirmó, con las citas de revistas que la clase del hombre exigía. Prowse lloró, de esperanza y de rabia a la vez, tres años, repetía, tres años y ochocientas libras para acabar envenenado con receta, y se fue a Broadstairs, y para agosto caminaba dos millas al día, y envió al dispensario cincuenta libras y una tortuga, y la tortuga causó más consternación en Mercer Street que las cincuenta libras.

—Escríbelo —dijo Hannah a Joseph esa tarde, dando un golpecito al cuaderno—. Ahí tienes la enfermedad del hombre rico. El médico de un pobre debe curarlo o perderlo, porque los pobres pagan por la cura. El médico de un rico lo pierde al curarlo, porque los ricos pagan por la visita. Nadie hace la cuenta a propósito. La cuenta se hace sola, en el fondo de la bolsa. La medicina sigue a la bolsa, Joseph, tanto hacia arriba como hacia abajo.

Él lo escribió, cada palabra, y debajo, una vez que ella hubo subido, añadió una línea de su cosecha: Cuestión: si el comercio de cordiales no será esta misma aritmética, hecha a propósito, a seis peniques, sobre los pobres. Y se quedó mirando esa línea largo rato.

Venían avergonzados, la mayoría, humillados en su orgullo aunque en nada más, gente a la que los suyos habían fallado y que llegaba por el chismorreó de sus criados, y Hannah los atendía porque rechazarlos armaría más revuelo que recibirlos. Pero estableció sus reglas y las cumplió. Esperaban su turno detrás de los estibadores, lo cual los escandalizaba y emocionaba a partes iguales. Pagaban, y pagaban bien, en la caja del dispensario, y su dinero compraba sagú y franela y quinina para pacientes que jamás conocerían su origen. Y a cada uno se le decía que ella era la señora Wells, la ayudante del doctor, sencilla como el pan candéal, ni bruja ni séptima hija, nada digno de contarle a nadie, un mensaje que todos recibían con cortesía y desatendían por completo, porque una cura sencilla es mala historia, y lo que los ricos querían de Ratcliff, tanto como salud, era una historia.

—Te has convertido —dijo Joseph una tarde, con sorna, mientras repasaba el libro mayor— en un secreto de moda. No hay peor clase. Un secreto de moda es algo que todo el mundo cuenta.

—Lo sé. —Hannah estaba junto a la ventana. En el crepúsculo, un segundo carruaje dejaba pasajeros en la esquina, con las lámparas encendidas, y la gente se congregaba a mirar—. He pensado en rechazarlos.

—Hablarían más de eso. —Dijo lo que ella ya sabía—. El rechazo es la mejor historia de todas.

—Entonces estoy atrapada me vuelva hacia donde me vuelva. —Regresó al mostrador y retomó su trabajo, y le lanzó una mirada de

soslayo—. Podrías despedirme. Ahí tienes tu remedio, Doctor, delante de nuestras narices. Haz correr la voz de que no di la talla. Ningún carruaje de Londres cruzaría el río en busca de una mujer que no dio la talla.

—Podría —convino él, con gravedad, pasando una página—. Hay dificultades. Tendría que redactar la carta de referencia, y una referencia debe ser veraz, y llevo un minuto entero sentado aquí intentando componer una sola palabra de queja contra ti que no sea perjurio. —Otra página, sin leerla, porque ella veía que sus ojos habían dejado de moverse—. Se calumnia a sí misma, podría poner. Cala a sus colegas a tres metros y con poca luz, sin su permiso. Canta a los pacientes febriles en voz baja, desafinando, cuando cree que no hay nadie cerca.

—Jamás.

—El martes pasado. La niña con tos ferina. Y funcionó, además, que fue lo más irritante. —Cerró el libro mayor y la miró, y la sorna se había desvanecido hacia algún lugar más sereno—. No, Señora Wells, no va a ser despedida, es imposible. Tendremos que capear los carruajes. Descubro que capearía cosas bastante peores antes de escribir esa carta.

Ella se inclinó sobre la losa de mezclar, y se entretuvo un rato con sus mediciones, más de lo estrictamente necesario. —Desafinando —dijo al fin, dirigiéndose a la losa, con dignidad—. Mi madre se quejaba de lo mismo. Eres la segunda persona exigente que me conserva a pesar de todo.

Escribió sobre parte de aquello por el correo de la barcaza esa primavera, en el papel de estraza dentro de la caja de arenques, con la letra disfrazada que ya le resultaba tan natural como su propia mano: todo bien con la fabricante del ungüento, que tiene trabajo fijo y buena compañía, mejor compañía de la que merece. Y la respuesta, tres semanas después, en aquella letra como seto azotado por el viento: BUENA COMPAÑÍA DICES. QUÉ CLASE DE COMPAÑÍA. Y Hannah, riendo a solas en su cuarto ante el olfato de la anciana para barruntar tormentas a siete millas de río y tejados, respondió únicamente: la clase honesta, y fue castigada por su remilgo con la siguiente respuesta, que decía, íntegra: HONESTA.

BIEN. A TU MADRE TAMBIÉN LA CORTEJARON HONESTAMENTE Y SE CASÓ EN MAYO. CUIDADO CON LA PRIMAVERA, MUCHACHA. LLEGA DE REPENTE EN ESE OFICIO.

Quemó esa también, como exigían las órdenes permanentes, pero tardó tres días en hacerlo, y sabía palabra por palabra lo que decía mucho después de que las cenizas se vaciaran con la parrilla, y en los paseos junto a la dársena que se alargaban con las tardes se sorprendió, más de una vez, atendiendo a la primavera exactamente como se le había indicado y de ninguna de las maneras previstas.

El dinero era real, sin embargo, y también lo era el bien que hacía, y también lo era la vida, que se le acercaba como el clima templado. Ahora tenía una habitación propia en casa de la señora Christow, con su libro en un estante y un esqueje de geranio en una maceta, y la gente en la calle decía buenos días, señora Wells, y un corredor de lanas había intentado regalarle una tetera de plata, que ella había convertido, pese a las protestas de él, en una suscripción para el club del carbón. En los días buenos podía pasar del despertar al sueño sin sentir ni una sola vez la orden de arresto a sus espaldas. El nombre falso le sentaba como un abrigo prestado, mal en los hombros, pero se puede llevar un abrigo prestado tanto tiempo que el propio empieza a parecer el extraño, y eso la asustaba más que los alguaciles. Se sorprendió, una mañana de mayo, respondiendo a Wells sin ningún estremecimiento interior, y se quedó completamente quieta en la calle, fría bajo el sol, como si se hubiera sorprendido olvidando el rostro de su madre.

Fue la misma semana en que Joseph saldó su deuda de aritmética.

No llegó en ningún aniversario, o en ninguno que él nombrara. Un atardecer de domingo, el dispensario cerrado, la señora Christow en la capilla, y los dos en la mesa de la cocina con la tetera entre ellos enfriándose, alguna pregunta de Hannah sobre los filtros de la nueva compañía de aguas, una pregunta ordinaria en un atardecer ordinario, y él comenzó, por fin y muy quedamente, con la voz de un hombre que lee una cuenta largamente debida, a hablar del verano del cólera.

Habló durante más de una hora. Más tarde ella comprendió que nunca lo había contado entero a un alma viviente, y no salió como duelo. Salió como prueba, fechas, números, la geografía de las cañerías, que era el terrible esqueleto de todo aquello, y la carne vino solo a sacudidas, medias frases de las que se apartaba y se obligaba a terminar. Las salas llenándose más rápido de lo que se vaciaban. Los tratamientos de la época, y lo que pensaba de ellos ahora. La noche en que pusieron pacientes en el suelo entre las camas, y él escogió, porque alguien debía hacerlo, quién ocupaba las camas. Las cartas de la compañía de aguas en los periódicos, rebosantes de confianza, mientras la bomba sacaba la muerte del Lea, y los hombres de ciencia, él entre ellos, disputando doctrinas mientras la parroquia moría al por mayor.

—Eliza Marchant me preguntó si el agua era segura para su hija —dijo, al final, a la tetera—. La compañía dijo que sí. La junta dijo que sí. Le dije lo que se decía, y ella no hirvió nada después, por qué habría de hacerlo, y la niña bebió, y yo firmé por las dos en menos de un mes, madre e hija. Eso es todo. Le he dado vueltas de todas las maneras durante dos años, y no hay forma de contarle en la que yo no sea el instrumento. Un instrumento cuidadoso. Todos están de acuerdo en que fui cuidadoso.

Sus manos estaban planas sobre la mesa, completamente quietas.

—Dijiste una vez, los que mueren con nuestro mejor trabajo en ellos. Pero mi mejor trabajo, Hannah, fue la mentira de hombres mejores. ¿Qué dice tu libro de tres manos a eso?

Nunca había usado su nombre de pila antes. Ninguno de los dos lo señaló, o ambos lo hicieron, y lo dejaron estar.

Hannah guardó silencio un rato. Había aprendido eso de él, que una pausa pesa más que un emplasto de palabras.

—Mi madre murió de tifus que contrajo de un paciente en Jacob's Island —dijo—. Un paciente al que le rogué que no fuera, estando yo misma enferma esa semana con algo leve. Si no hubiera estado enferma, habríamos ido juntas, y compartido los cuidados, y compartido el riesgo, y quizá lo habríamos reducido a la mitad. Le he dado vueltas a eso de todas las maneras durante seis años, así que

no te insultaré con no había nada que pudieras hacer. Esto es lo que sé en cambio. Tienes un libro mayor en la cabeza con cada nombre de esa sala escrito en él, y lo lees cada noche, y llamas justicia a esa lectura. No es justicia. Los hombres que debían esas muertes se sentaban en la junta de la compañía, y no han pagado ninguna cuenta ni han perdido el sueño. Todo lo que hace tu lectura es mantener a un buen médico más medio muerto de cansancio, y, Joseph, la parroquia no puede prescindir de él. Ese libro mayor es una deuda que no contrajiste, con un interés que no puedes pagar. No hay honestidad en que un hombre se arruine por ello. Solo hay orgullo vistiendo luto.

El reloj hacía tictac. Ella pensó que había ido demasiado lejos, y no retiró ni una palabra.

—Orgullo vistiendo luto —repitió él por fin, lentamente, como si tradujera de una revista extranjera. Y entonces hizo lo que ella nunca le había visto hacer: se cubrió el rostro con las dos manos suaves y gastadas, allí en la mesa de la cocina, y se quedó quieto, y ella no hizo ningún movimiento que una enfermera no haría, solo se quedó sentada en la luz menguante y lo dejó estar hasta que fue dueño de sí mismo, y sirvió el té frío, y bebió el suyo, y el estar ella allí sin miedo de él fue todo el tratamiento, y ambos sanadores, ambos lo sabían.

Después de aquel atardecer algo fue diferente entre ellos, y todo en el dispensario siguió como antes, y la diferencia vivía en las costuras de los días. Él dormía, la mayoría de las noches. Ella oía el silencio a través de la pared y se alegraba de ello más que de cualquier cosa que la primavera le hubiera traído. Él se rió dos veces en una semana, por nada en particular, y la señora Christow lo miró como si una lámpara se hubiera encendido en una casa que se creía vacía. Y él empezó a acompañar a Hannah a casa por el camino largo cuando las tardes se alargaban, bordeando la dársena donde estaban amarrados los barcos, y hablaban de trabajo toda la milla como el par de comerciantes que eran, fiebres y filtros y el precio de la quinina, y era cortejo, y ninguno lo dijo, y cualquier esposa de estibador en Ratcliff podría habérselo dicho.

Una vez, junto a las esclusas, su manga rozó la de él, y él dijo, de pronto, mirando al agua:

—Sabes lo que soy. Has visto lo peor de mí. Un hombre dos años atrasado con su propia vida.

Y se detuvo.

Y Hannah, con la orden de arresto alzándose invisible entre ellos como se alzaba entre ella y cada mañana por venir, dijo suavemente:

—Y tú sabes lo que soy. Una mujer sin nombre propio que ofrecer a nadie.

Y se detuvo igualmente, y las lámparas de los barcos se encendieron a lo largo de la dársena una por una, y caminaron a casa sin tocarse, cuidadosos como dos personas que llevan un cuenco lleno entre ellas.

La cena testimonial del corredor de lanas se evitó por poco, pero al corredor de lanas mismo no hubo forma de evitarlo. Se llamaba Hobday, y su gratitud era florida, pública e imposible de regular: caza enviada sin pedirla, su carruaje estacionado fuera del dispensario hasta que Hannah le dijo al cochero que estaba bloqueando la luz de gente que la necesitaba más, discurso que Hobday repitió por todo el Baltic Exchange como prueba del carácter de ella. Peor aún, la gratitud quería una historia a la que aferrarse, y las respuestas planas que ella había construido y pulido, aprendidas de su madre, enviudada joven, venida al este por el trabajo, eran demasiado aburridas para un hombre que mejoraba las historias aburridas por naturaleza. Para julio estaba oyendo su propia leyenda de boca de nuevos pacientes en versiones que nunca había dado: hija de un profesor escocés, enfermera de Crimea, una mujer contrariada en amores por un gran médico y escondida del mundo.

—No puedo controlarlo —le dijo a Joseph, medio riendo, completamente asustada, la noche en que la versión de Crimea volvió para quedarse—. Eso es lo que nadie te dice sobre esconderse. Piensas que eres tú quien escribe el cuento falso, y descubres que el mundo entero es coautor, y todos ellos empeñados en mejorarte. Uno de estos días la mejora de alguien acertará demasiado cerca de la verdad, y algún alma del otro lado del agua la

oirá contar en una de las cenas de Hobday y dirá, vaya, eso me recuerda a...

Se detuvo ahí. Se miraron por encima de la tabla de píldoras, y ninguno terminó la frase, y esa fue toda la gramática del verano: frases que quedaban abiertas como puertas, porque cerrarlas significaba elegir, huida o confesión, y cada semana que duraba el buen tiempo, la elección podía posponerse hasta la siguiente.

No podía durar, y ella lo sabía, igual que sabes en pleno agosto que las avispas ya están en las ciruelas. La fama entraba a raudales por la puerta principal, más deprisa de lo que el nombre falso podía escurrirla por la trasera. Los carruajes llegaban ya dos y tres por semana. Apareció un párrafo en una revista, afectado y espantoso, sobre cierto palomar esculapiano junto a los muelles donde la Gente de Calidad acude a curarse con una Sabia Mujer del Pueblo. El corredor de lana, todo bondad, amenazaba con organizar una cena de homenaje.

Y el último viernes de mayo, una paciente trajo la noticia que le cortó el aliento en el pasillo: la esposa de un transportista de Bermondsey, que venía por su reumatismo, parlanchina como una urraca, que dijo, a propósito de la tos de su inquilino y de que el Cordial de Crane no le había hecho ningún bien, que el señor Crane ya no era lo que había sido en el negocio, desde el asunto del envenenamiento, que la gente decía que su cordial había salido a relucir en la investigación judicial y que había quienes no lo tocarían ahora, con sello de garantía o sin él, y la tienda tan silenciosa estos días que se oía descascarillarse el dorado. Y luego, tan tranquila, tan terrible, mientras cogía su chal: —Y ahora le ha dado por una herbolaria del otro lado del río, mi inquilino lo oyó en la tienda, haciéndole todo tipo de preguntas a un hombre de Shadwell. Seis peniques de descuento en la botella le dio, solo por hablar. Bueno, sale barato quedarse escuchando a un tonto, digo yo. ¿El martes que viene a la misma hora, cielo?

Hannah permaneció en el pasillo mucho después de que la puerta se cerrase, escuchando la avispa en la ciruela.

Al otro lado del río, en el Medical Hall de dorado descascarillado, Absalom Crane se quedó hasta tarde entre sus botellas color rubí sin

vender, escuchando el relato de un barquero de Shadwell sobre un dispensario en Mercer Street, y la ayudante de allí, una mujer joven y callada, que hacía maravillas con las fiebres, vestida con sencillez, de ojos oscuros, y sus manos, ahora que el hombre caía en ello, sí, manchadas en los dedos, verdes como la hierba, y Crane volvió lentamente sus propias manos suaves y adornadas con sortijas a la luz del quinqué, y empezó a sonreír.

CAPÍTULO 7



La chica Effie Coates llegó al dispensario primero como paciente, con trece años, traída por su tía con un panadizo en el pulgar, y volvió al día siguiente sin la tía, y al otro, y al cuarto día Hannah la encontró en el mostrador tras haber ordenado las botellas devueltas por tamaño y lavado todas, sin que nadie se lo hubiera pedido.

—Podría hacer eso siempre —dijo Effie, con estudiada despreocupación, observando a Hannah de reajo—. No me necesitan en casa. Somos ocho y yo soy la del medio, y a la del medio no la quieren en ninguna parte, mi tía lo dice ella misma.

Era hija de un estibador de Butcher Row, rápida como un gorrión y casi igual de flaca, con un rostro plano y cauteloso que lo observaba todo sin revelar nada, hasta que le mostrabas cómo se hacía algo, y entonces se iluminaba como una lámpara. Hannah la puso a prueba enrollando píldoras, luego con las etiquetas, pues la niña sabía leer y escribir, formada en la escuela de pobres y más orgullosa de ello que de nada de lo que tuviera, y luego una tarde tranquila, casi sin pensarlo, le enseñó a hacer el jarabe de marrubio, como su propia madre se lo había enseñado a ella, más o menos a esa edad, en una mesa vendida hacía mucho para pagar el alquiler.

Observando la cabeza inclinada de la chica, el cuidado feroz con que manejaba la miel colada, Hannah sintió que algo le daba un

vuelco en el pecho, y lo reconoció, y le tuvo miedo, porque era el futuro, y el futuro era algo que se había enseñado a no tocar.

Contrató a Effie de todos modos. Dos chelines a la semana de la caja del dispensario, el té incluido, y la bendición reacia de su tía obtenida a cambio de un linimento. Joseph asentó el acuerdo en el libro mayor, con gravedad, bajo Personal, que hasta entonces había tenido una sola línea, y no dijo nada, pero también él se iluminaba cuando observaba trabajar a la niña, y Hannah sabía que estaba pensando lo mismo que ella: que así era como un lugar se convertía en algo que sobreviviría a sus fundadores, y que ninguno de los dos fundadores tenía derecho a pensar en tales plazos, y que ambos, incorregiblemente, ahora lo hacían.

Le enseñó a la chica como su madre le había enseñado a ella. No recetas primero, ojos primero. Cómo es un niño sano, para que uno enfermo se delate solo. Cómo oler la leche, una herida, una habitación. Cuéntaselo hasta que puedan repetirlo. Effie lo absorbía todo y hacía las preguntas que Hannah había hecho, y algunas que no, y una tarde sobre el tablero de píldoras la niña dijo, casual como el vinagre:

—Mi tía dice que usted no nació Wells. Dice que nadie nace Wells si tarda en responder a ese nombre. Le dije que se metiera en sus asuntos.

Una pausa, delicada como un gato en una repisa.

—A mí me da igual cómo naciera. Solo digo lo que se dice.

—La gente siempre hablará —respondió Hannah, firme, con el corazón desbocado, y la niña asintió, satisfecha, tras haber entregado, comprendió Hannah, no un chisme sino una advertencia, la primera que debía a alguien en su vida, y siguieron enrollando píldoras, y se quisieron desde esa hora a la manera callada de los de su clase.

Fue una vez a Butcher Row, al principio, para ver de dónde venía la chica, pues era regla heredada de su madre: no conoces a un paciente hasta que has oído su hogar, y una aprendiz era una paciente a largo plazo. Lo que encontró fueron dos habitaciones sobre una tripería, el padre estibador grande y desconcertado y cortés, la madre muerta hacía mucho, lo que explicaba mucho, y la

tía que llevaba la casa, una mujer seca como una aguja, que miró a Hannah de arriba abajo en el rellano y dijo, antes de cualquier saludo:

—Si ha venido a decir que está despedida, dígalo claro y váyase, que no tengo paciencia para impertinencias de tenderos.

—He venido a decir que tiene un don —dijo Hannah—, y a pedir permiso para formarlo como es debido, lo que significará también sus tardes, algunas semanas, y a acordar lo que se le debe a la casa por perder sus manos aquí.

La tía se quedó un momento recalculando. Lo que salió de ella entonces, a regañadientes como el alquiler, fue la verdad: que tenía ocho bocas que alimentar con el jornal de un estibador, que los dos chelines de la chica del medio importaban, que nadie del otro lado de ningún mostrador había subido nunca esas escaleras a pedir permiso para nada, y que había pasado toda su vida esperando un golpe que no acababa de caer. Dio su permiso, en forma de quejas. Dio las tardes, en forma de profecías de que nada bueno saldría de llenarle la cabeza a una chica. Y en la puerta, con Hannah a mitad de las escaleras, dijo, abrupta, a la pared:

—Su madre tenía la misma maña con las manos. Podía trenzar pan a oscuras. No se imagina lo que pierde una casa, perdiendo eso.

Que era lo más parecido a una bendición que tenía en su haber, y Hannah lo tomó como tal, y las dos mujeres se separaron en la perfecta comprensión mutua de quienes son como ellas.

Effie tuvo su primer caso sola ese agosto, y Hannah dejó que sucediera como su madre había dejado que le sucediera a ella, es decir, lo orquestó todo y pareció no orquestar nada. Una esposa de carretero de Broad Street, con dos niños, y el más pequeño con fiebre, y Hannah de pronto muy ocupada, ostentosamente ocupada, en el extremo del mostrador con un inventario que podía haber esperado un mes. Oyó cómo interrogaban al niño, las preguntas correctas, en el orden correcto, primero la madre, luego el pequeño, persuadido con el truco de preguntar primero por los síntomas de su muñeca de trapo. Oyó las manos pequeñas desenvolver al niño, y la pausa, la buena pausa, la pausa aprendida, ante el sarpullido detrás

de las orejas, y luego la voz de Effie, firme, modulada para no asustar a la madre:

—Señora Wells, ¿podría mirar algo cuando esté libre? Sin prisa.

Que era la fórmula convenida para «ven ahora», y significaba sarampión, detectado un día antes de que el sarpullido se manifestara del todo, un día de ventaja sobre los otros cinco niños de la casa y toda la escalera atestada de vecinos.

Cuando la familia se marchó, con sus instrucciones y sus remedios, Effie se quedó puliendo el mostrador con tremenda despreocupación, y Hannah volvió a su inventario y dejó que el silencio madurara, y al fin dijo, dirigiéndose a su lista:

—Mi madre tenía un dicho para el día en que vi algo antes que ella por primera vez. Dijo: «Ahora eres un peligro para mí, niña», y fue el día más orgulloso de su vida. Querrás fregar ese extremo del mostrador, llevas cuatro veces puliendo el mismo palmo.

Y Effie lo fregó, escarlata de orgullo, con sus trece años, un peligro para todos.

Fue un buen verano. Eso fue lo que recordaría después, que fue, a pesar de todo, el mejor verano de su vida. El dispensario bullía. La esposa del aserrador trajo a su bebé recién bautizado para que lo admiraran. El jarabe de Effie pasó la prueba al primer intento, y la niña llevó la noticia a Butcher Row como quien lleva un trofeo de boxeo. Y Joseph Sutton engordó tres kilos con la cocina de la señora Christow y acompañaba a Hannah a casa por el camino largo cada tarde apacible, y el cuenco frágil que sostenían entre los dos estaba lleno hasta el borde.

Dos veces ese verano estuvo a punto de declararse.

La primera vez fue un domingo de julio, en el paseo que ya hacían por costumbre, bordeando el río hasta la iglesia de Limehouse y de vuelta. Ella le había estado hablando de su madre, más fácil ahora que el camino estaba trillado, y de las últimas veinte páginas del libro, sus propias páginas, y de lo extraño que era pensar que todo lo que escribiera en él ahora debía firmarlo con un nombre que no era el suyo. Él se detuvo junto al muro. La marea estaba subiendo, y todas las barcas amarradas se alzaban juntas con ella, como en una sola respiración.

—No tiene por qué serlo —dijo él.

Sin fluidez. Nunca era fluido; eso fue lo primero que le inspiró confianza.

—Es decir. Hay nombres, Hannah, que se consiguen con solo pedirlos. Honestos, con, con suficiente respaldo para amparar lo que cubren.

Y entonces, habiendo llegado tan lejos, contempló lo que acababa de decir —un hombre ofreciendo matrimonio a una fugitiva como quien ofrece un paraguas— y se horrorizó de sí mismo, y ella lo vio retroceder por su propia frase como quien baja una escalera de espaldas.

—Perdóname. Eso fue, solo quería decir que la ley de los nombres es extraña. La marea ha cambiado, deberíamos volver.

La segunda vez fue en agosto, en la trastienda, sin mediar palabra. Un carretero había entrado de la calle sangrando como un cerdo por una pelea con una botella rota, y lo habían atendido juntos media noche, con las mangas arremangadas, las manos de ella y las de él en la misma herida, y cuando todo terminó y al hombre se lo llevaron a casa cosido y roncando, se quedaron lavándose en la misma palangana, muertos de cansancio, a la luz de la lámpara, y él miró las manos de ella en el agua junto a las suyas, aquellas manos manchadas y capaces que una vez había catalogado como pruebas, y ella sintió la mirada, y alzó la vista, y durante tres latidos ninguno de los dos respiró, y todo lo que callaban se quedó en la habitación con ellos, tan visible como una tercera persona.

Entonces él le pasó la toalla y dijo, ronco:

—Buenas noches, señora Wells.

Y subió su escalera de dos en dos.

Permaneció despierta esa noche y fue honesta consigo misma, ya que no había nadie más con quien pudiera serlo sin peligro. Él no hablaría, y ella había descubierto por qué: no era falta de sentimiento; una mujer conoce la falta de sentimiento como conoce una despensa vacía. Eran las dos prisiones. La de él: que un hombre con dos años de quiebra en su propia estima se juzgaba a sí mismo como ningún regalo, juzgaba que su nombre le traería la ruina de ella el día que su secreto saliera a la luz, y a él con ella, y por eso

callaba por lo que él llamaba honor y ella llamaba su libro de cuentas otra vez, una deuda más que no cargaría sobre nadie. Y la de ella, la prisión más clara: que Hannah Wells no existía para poder casarse, y Hannah Bly valía ochenta libras para cualquier delator de Londres en cuanto las amonestaciones la nombraran, y la desgracia de una esposa era la del marido ahora y para siempre, y ella no, no le colgaría su horca al cuello al único hombre que había creído en ella sin nada que ganar.

Así que continuaron, cuidadosos, rebosantes, hablando de fiebres y filtros y queriendo decir todo lo demás, y el verano maduró a su alrededor.

Al otro lado del río, Absalom Crane pasó ese mismo verano a la escucha, paciente como una araña en un desagüe.

Tenía su propio hogar, a su manera, Crane: habitaciones sobre la tienda, elegantes y frías, atendidas por un ama de llaves sorda elegida precisamente por su sordera. Ni esposa, ni retratos, ni perro, ni iglesia más allá del banco delantero que formaba parte del escaparate de la tienda tanto como los dorados. Lo que tenía estaba en la oficina trasera, en un armario cerrado con llave: treinta años de libros de cuentas llevados de su propia mano hasta el último cuarto de penique, y en las malas noches, porque incluso Crane las tenía, sacaba un volumen y leía hasta serenarse, las columnas desfilando, los totales cuadrando, el único lenguaje que nunca le había mentido ni le había pedido nada. Había sido un niño descalzo de un patio de Rotherhithe, aunque había gastado dinero en ayudar a la parroquia a olvidarlo, y en algún lugar de un año que ningún libro de cuentas registraba había decidido que lo que los peniques costaban a quienes los pagaban no tenía por qué importarle. No era cruel, habría dicho él. Era aritmética con patas.

El negocio no había mejorado. La investigación judicial le había hecho daño, no fatal —el forense había aplazado el caso con la herbolaria todavía como presa y el nombre del cordial apenas rozado por el testimonio del cirujano—, pero daño al fin, un olor que no había manera de quitar. Peor aún, había aparecido una carta en una revista médica en primavera, algún médico entrometido escribiendo sobre el abuso de remedios patentados antimoniales, citando

anónimamente una muerte reciente en el sur de Londres, y aunque no se imprimió ningún nombre, el gremio lo había leído, y dos casas mayoristas habían reducido discretamente sus pedidos a la mitad, y el joven Frederick Venn, ese verano, había empezado a venir a la tienda a la hora de cierre con unas copas de más, buscando que lo tranquilizaran, lo cual era tedioso, y dejando entrever sus remordimientos, lo cual era peligroso.

Crane lo manejaba como manejaba todo, con suavidad, con pesar. Pero reconocía un cabo suelto cuando lo veía paseándose a plena luz del día, y sabía, mejor que nadie, que había una testigo viva que había observado todo el entramado desde dentro de la casa Venn, que había desaconsejado el cordial, visto las gotas, hecho que la señora le prometiera lo de la maceta. Mientras Hannah Bly anduviera suelta, los nervios de Frederick y el nombre de Crane pendían de su silencio, y el silencio comprado con miedo tenía la costumbre de exigir renovación.

Frederick Venn acudió al Medical Hall a la hora de cierre un jueves de julio, como acudía casi todos los jueves ya, cuando los postigos estaban a medio echar y el chico de la tienda despachado a casa, y Crane, al oír el golpe característico, guardó el libro de cuentas que había estado leyendo para consolarse y compuso el rostro para la labor pastoral.

El joven bebía más temprano que antes, eso fue lo primero que inventarió el ojo del tendero, y gastaba por encima de su asignación otra vez —el abrigo era nuevo— y dormía mal —el resto de la cara pagaba el abrigo. Merodeó por la tienda en penumbra mientras Crane encendía la lámpara del despacho, cogiendo cosas y dejándolas, y comenzó, como siempre comenzaba, muy lejos de su tema: la tiranía de su padre en el almacén, la injusticia de sus perspectivas, lo insulso de sus diversiones. Crane le sirvió un brandy y asintió a todo con el tono de un hombre tristemente familiarizado con cómo trata el mundo al mérito.

Entonces, en el fondo del segundo vaso, como siempre, el verdadero motivo.

—Me lo dirías, ¿verdad? —dijo Frederick, dirigiéndose al mostrador—, si hubiera algo moviéndose. Sobre el, sobre el asunto

del invierno pasado. Un hombre en tu posición se entera de cosas.

—No hay nada moviéndose.

Crane lo dijo como lo decía cada jueves, sin prisa, levemente sorprendido, como un boticario al que le preguntan por el tiempo.

—El asunto está cerrado, señor Venn. La mujer huyó, lo cual fue una confesión que todo el mundo presencié. La orden duerme en un cajón del tribunal y dormirá allí hasta que ella sea tan necia como para despertarla. No hay nada que se mueva.

—Sueño con el vaso —dijo Frederick de pronto—. El último vaso. El que ella apuró, y me dio las gracias. ¿Te conté alguna vez que me dio las gracias?

La mano no le estaba del todo firme al dejar el brandy.

—Uno pensaría que un hombre soñaría con la, con la parte de después. El ruido. Pero no. Sueño que me da las gracias, y me despierto empapado en sudor.

Crane lo observó desde el otro lado del mostrador, y lo que se movió tras el rostro impasible no fue piedad ni desprecio: fue evaluación, inventario, la mirada que dedicaba a un envío que empezaba a echarse a perder. La conciencia, en la experiencia de Crane, era como la humedad en un almacén. No se podía discutir con ella. Solo se podía mantener la mercancía en movimiento, aireada, ocupada, y sobre todo lejos de cualquier pared que rezumara.

—Tienes veintidós años —dijo, amablemente—, y no has heredado nada todavía salvo la constitución de tu padre y los nervios de tu madre, y los nervios necesitan ocupación, eso explica todos tus sueños. Ve menos al teatro y más al almacén. Cástate, cuando la herencia sea tuya. Los sueños no declaran, señor Venn, y no ahorcan.

Rodeó el mostrador y le puso la mano en el hombro al joven, paternal, guiándolo hacia la puerta.

—Y deja de venir aquí los jueves. Por tu propio bien. El duelo tiene su calendario a ojos del mundo, y el tuyo ya debería haber pasado la etapa de visitar comerciantes. Si alguna vez hay algo moviéndose, que no lo habrá, te enterarás por mí en menos de una hora. Para eso están los amigos.

Echó el último cerrojo tras el joven y se quedó un momento en su tienda oscura y reluciente, oyendo los pasos inseguros perderse Bermondsey Street arriba. Mercancía echándose a perder, y una pared que rezumaba humedad en algún lugar que aún no había encontrado. Fue ese jueves, aunque aún faltaban quince días para la historia del barquero, cuando Absalom Crane admitió por primera vez en el escaparate de su mente, donde se hacían las cuentas, el cálculo que hasta entonces había guardado en la trastienda oscura: que su seguridad tenía ahora dos puertas, y la mujer al otro lado del agua guardaba la llave de una, y este muchacho tembloroso se estaba convirtiendo, jueves tras jueves, en la otra.

Así que se puso a escuchar. Era un mayorista de pequeñas confidencias, tenía en deuda por unos peniques a mozos de boticario y transportistas y buhoneros a lo largo de ambas orillas, y durante todo aquel verano fueron llegando los informes. Una curandera en Poplar, que resultó tener sesenta años y ser galesa. La viuda de un herbolario en Bow. Y luego, en septiembre, por medio del barquero de Shadwell y después un compañero suyo y después, oro entre grava, la esposa de un cargador de carbón de Ratcliff traída a la mismísima tienda por su hermana, la cosa en sí, contada con toda naturalidad mientras compraba esparadrapo: la mujer del doctor en Mercer Street, aquella por la que venían los carruajes. Joven. De ojos oscuros. Una viuda a cuyo marido nadie había oído nombrar jamás. Maravillosa con las fiebres, maravillosa con los estómagos en decadencia, lo primero que hacía era quitarles los frascos a los señores, siempre los frascos primero, y les daba agua de cebada, y sanaban.

Crane se quedó muy quieto tras el mostrador.

—Agua de cebada —dijo con amabilidad—. Qué curioso. Y esta joya, querida, ¿tiene nombre?

—Wells —dijo la mujer, contando el cambio—. La señora Hannah Wells.

Hannah. Ni siquiera el sentido común de cambiarlo del todo. Crane miró hacia el fondo de la tienda, a las pirámides de frascos color rubí, al dorado que se apagaba sobre su propio nombre, y

sintió que la corriente del río junto al que había aguardado con tanta paciencia daba, por fin, su pequeño tirón de respuesta.

Esa noche escribió dos cartas. Una era para un agente de investigaciones privadas junto al Puente de Londres, un antiguo sargento de policía, discreto, con instrucciones y un billete de cinco libras: Mercer Street, Ratcliff, la descripción, la máxima discreción, y sobre todo algo que pudiera jurarse, pues las órdenes de arresto, Crane lo sabía, se alimentan de juramentos. La otra, que selló con especial esmero, iba dirigida al señor Frederick Venn, y decía únicamente que el interés mutuo de ambos en cierta tragedia familiar sin resolver podría, tenía el placer de comunicarle, llegar en breve a una conclusión plena y definitiva, y le rogaba el favor de una visita a la mayor brevedad.

Las echó él mismo al correo, al fresco del anochecer, levantando el sombrero ante tres clientes por el camino, y durmió, como siempre dormía, profundamente.

En Ratcliff, esa misma noche, Hannah Wells enseñaba a Effie Coates las páginas sobre fiebres del libro de remedios, la cabeza rapada de la niña inclinada bajo la lámpara junto a la suya, y se detuvo, y sin saber por qué se levantó y miró hacia la calle en calma, donde no había nada, solo un hombre en la esquina encendiendo su pipa, sin prisa alguna, y la suave oscuridad de septiembre que descendía sobre el río como un aliento contenido.

CAPÍTULO 8



El hombre de la pipa estaba allí de nuevo el martes, en la otra esquina, y el jueves era otro hombre, en la propia sala de espera, con una tos que Hannah reconoció como fingida en cuanto la oyó.

Lo atendió con el corazón perfectamente frío y las manos perfectamente firmes, marrubio y honestidad, y él observó sus manos todo el tiempo, y pagó con una buena moneda de seis peniques, y le dio las gracias por su nombre. Señora Wells. Paladeándolo, como quien confirma una entrega.

No le dijo nada a Joseph. Esa fue la decisión en la que se equivocó, se diría después, aunque la verdad era que no había forma de acertar, solo puertas diferentes hacia la misma habitación. No dijo nada porque decirlo lo hacía real, y porque si era real solo había un remedio, huir, esa noche, sola, un hatillo y un barco otra vez, y se quedó en el dispensario aquella tarde de jueves entre la luz de la lámpara y las botellas y el jarabe de Effie etiquetado con la orgullosa letra redonda de Effie, y no pudo. Así de simple y así de fatal. Seis años había sido capaz de dejarlo todo y huir, porque todo ya le había sido arrebatado. Ahora había una lámpara encendida en su vida de nuevo, y una niña a medio enseñar, y un hombre que decía nosotros, y se quedó entre todo ello como una mujer en una casa en llamas eligiendo qué llevarse, y eligió demasiado espacio.

Le dieron tres días, mientras al otro lado del río se prestaban declaraciones juradas. Los pasó, hay que decirlo en su favor, bien. Pasó en limpio las páginas de las fiebres en un cuaderno para Effie, para el día en que el libro mismo tuviera que viajar. Le mostró a la señora Christow dónde se guardaban las notas de la esposa del aserrador. Fue por el muro del río el domingo con Joseph hasta la iglesia de Limehouse, y se permitió caminar despacio, y dijo una vez, sin venir a cuento:

—Pase lo que pase, este ha sido el mejor año de mi vida. Quiero que lo sepas.

Y él se detuvo, y escrutó su rostro, y dijo:

—Hannah. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Lo más cerca que su nombre había estado nunca de sonar a caricia en su boca, y ella le sonrió con todo el corazón y mintió:

—No ha pasado nada. Es solo el otoño.

Y él no la creyó, y lo dejó estar, y eso también entró en la cuenta de cosas por las que cada uno pagaría intereses.

El agente de investigación presentó su informe en el Salón Médico el sábado por la tarde, a la luz de la lámpara del despacho, leyendo un cuaderno con la cantinela de tribunal de su antiguo oficio. Sujeto observado durante once días. Responde en todos los aspectos a la descripción circulada en diciembre pasado. Reside en la casa de la viuda Christow, Wellclose Square. Empleada abiertamente en el dispensario de Mercer Street en calidad de asistente. Conocida en el vecindario como señora Hannah Wells, ningún marido presentado ni mencionado. Y la piedra angular, que justificaba cada uno de los seis peniques: identificación positiva. Se había tomado la libertad de traer desde el otro lado del río, por iniciativa propia, a un mozo de taberna de Bermondsey que había llevado jarras durante dos años a Speller's Court, y lo había hecho pasar frente a la ventana del dispensario en una hora tranquila, y el muchacho había dicho, sin que nadie se lo indicara, vaya, esa es Hannah Bly, la que envenenó a la dama del cuero, y le habían dado un chelín y lo habían puesto en el barco de vuelta a casa antes de que pudiera decírselo a nadie más.

—Así que... —dijo Crane.

Se quedó sentado un rato con las yemas de los dedos juntas. El agente, que había observado a muchos hombres recibir el fruto de la vigilancia, notó que este no mostraba ni triunfo ni prisa, sino que comenzó de inmediato, en voz alta, metódicamente, a disponer la distribución de todo, como un mayorista trazando la ruta de un cargamento delicado. La información se presentaría ante el magistrado el lunes, no por el señor Crane, que figuraba en este asunto solo como un comerciante afligido y de espíritu cívico, sino por el agente, sobre pruebas juradas en su propio nombre. El arresto debería solicitarse para el lunes por la mañana, a la hora en que la cola del dispensario fuera más larga, pues una captura pública merecía párrafos que una captura en el umbral no. Los periódicos vespertinos recibirían, de una útil fuente anónima, la ortografía correcta de todos los nombres y una nota sobre el año de mascarada de la fugitiva, la falsa viudez, el caritativo médico engañado, los pacientes ricos atendidos bajo un alias, materia suficiente para mantener caliente la tipografía durante una semana.

—Y hay un tal Dr. Sutton en esto —dijo el agente, consultando el cuaderno—. La encubrió, con toda probabilidad, si se indaga. ¿Quiere que indague?

—No —lo dijo Crane plácidamente, apagando la lámpara gemela del despacho en el mostrador—. Déjele al doctor su misterio, que sin examinar hará más daño. Un caballero arruinado por su propia blandura no necesita que le echemos una mano: estará arruinado para la hora del té del lunes en cada club y sala de juntas que haya oído su nombre, y la gente inventará cosas peores de las que podríamos probar. Nunca gaste en pruebas, señor Sillett, lo que la sospecha le dará gratis —sostuvo la puerta para el agente con sus propias manos, cortés como un sacristán—. El lunes por la mañana, entonces. Y señor Sillett, cuando esté hecho, los honorarios y la mitad más, por un trabajo limpio. Valoro mucho el orden. Es toda mi religión.

Vinieron el lunes por la mañana, cuando la cola era más larga, detalle que llevaba la firma de Crane, pues había pedido expresamente al agente que lo dispusiera así: un arresto ante el

máximo de testigos valía un párrafo pagado en cada periódico vespertino.

Dos agentes y un inspector de la División K, y detrás de ellos, sin esconderse, el hombre de la pipa, y la calle congregándose ante la puerta que apenas se había abierto. El inspector se llamaba Bream, un hombre corpulento y tranquilo con veintiséis años en la división y la costumbre, al entrar en cualquier habitación, de quitarse el sombrero, cosa que hizo ahora, en un dispensario lleno de enfermos, porque su madre lo había criado así y ningún reglamento había conseguido quitárselo. Cuando el hombre de la pipa hizo ademán de seguirlo dentro, Bream se volvió en el umbral y lo miró.

—Usted no pinta nada aquí —dijo, sin acalorarse—, ni tiene estómago para una sala de enfermos. Espere en la acera con el resto del espectáculo.

Fue la única satisfacción que deparó aquella mañana. Le preguntó entonces, en el silencio de la sala de espera detenida, si era conocida como Hannah Wells, y Hannah oyó a la habitación contener el aliento, el rostro de Effie blanco sobre el mostrador, la esposa del aserrador medio levantada, y pensó en carreras y bancos volcados y en la niña viéndola arrastrada, y pensó, no. Aquí no. Esta casa cura.

—Nací Hannah Bly —dijo con claridad, en el silencio, antes de que el inspector pudiera decirlo por ella—. Lo que tenga que hacer, hágalo sin escándalo. Hay enfermos en esta sala.

Las palabras atravesaron la calle como fuego por rastrojo. Bly. La envenenadora de Bermondsey. Esa. Aquí. Todo este tiempo.

Joseph salió de la trastienda al oír el ruido, un vendaje todavía en la mano, y lo que pasó por su rostro cuando comprendió fue después el peor de sus recuerdos de aquella mañana, peor que las esposas, que el inspector, en su honor, no usó, peor que la multitud. Porque lo que pasó por su rostro fue algo que nadie más habría podido leer. Se quedó perfectamente quieto, la quietud que ella había oído a través de una pared en enero, la quietud de un hombre leyendo un libro de cuentas, y ella vio morir el verano en él, y comenzar la cuenta de nuevo, y la nueva entrada asentarse en su lugar: esto también. Estuve ahí y esto también.

—Doctor Sutton —dijo el inspector, no sin intención, pues la cuestión de qué había sabido el doctor iba a plantearse en lugares capaces de destruirlo—, será mejor que se aparte, señor.

—Soy su médico —dijo Joseph, con voz de cuerda tensa—, y su colega, y su amigo, y me quedaré donde me plazca en mi propio dispensario —se volvió hacia el sargento del inspector, que recogía torpemente los tarros del mostrador de Hannah para usarlos como pruebas, y dijo—: Eso es raíz de malvavisco. Eso es marrubio. Copie bien las etiquetas, sus superiores se lo agradecerán.

Y algo en aquella exactitud impasible hizo que el hombre le obedeciera.

Le dieron un minuto para coger su chal. Effie se abrió paso hasta ella a empujones, con los ojos secos y feroces, y Hannah estrechó la cabeza de la niña contra su pecho un instante y le dijo, en voz baja y atropellada, el único testamento que podía dejarle: —El cuaderno es tuyo. Enséñales hasta que puedan repetirlo de memoria. Que el jarabe cueza a fuego lento, nunca hierva. —Y Effie asintió contra su hombro, una sola vez, como un golpe seco, y se apartó con la barbilla en alto porque los ojos de Hannah así se lo ordenaban.

En la puerta, Hannah se volvió —no pudo evitarlo— y buscó a Joseph por encima de las cabezas de la parroquia, una sola mirada que lo contenía todo, y él dio un paso adelante, y ella negó con la cabeza, el gesto más leve, que significaba no, que significaba a ti también te llevarán, que significaba sobre todo no por mí, no otra vez, que nadie más se arruine por mi culpa, y lo que él leyó en aquella mirada, solo Dios lo sabía. La multitud tuvo su espectáculo. La puerta del furgón se cerró sobre ella como la tapa de un ataúd.

Lo que hizo el dispensario en cuanto el furgón se marchó fue lo que Ratcliff siempre hacía ante la calamidad, al no tener otro recurso con que afrontarla: seguir adelante. Joseph regresó de la puerta del magistrado aquella primera tarde y encontró la sala de espera llena —la cola había razonado, con acierto, que enfermo era enfermo dijera lo que dijera la prensa— y a Effie Coates detrás del mostrador, blanca como sus propias etiquetas, preparando sola las mezclas para la fiebre. Se quedó en el umbral observando trabajar a la niña, trece años, los labios moviéndose al recitar los pasos tal como le habían

enseñado, a fuego lento nunca a borbotones, y algo en él que estaba a punto de quebrarse se recompuso en torno a la necesidad de no quebrarse delante de ella.

—Ella me enseñó toda la página para esto —dijo Effie sin volverse—. Hace dos domingos me la enseñó. Lo sabía, ¿verdad? Me estuvo enseñando de prisa todo septiembre, a propósito. —Sus manos no dejaban de moverse—. Usted la recuperará, señor. No se lo pido, le estoy diciendo lo que va a pasar, igual que ella predice las fiebres. Y hasta que lo haga, este mostrador no le hará quedar mal a ella. Ni una sola vez. Así que será mejor que revise estas mezclas antes de que salgan, porque no pienso envenenar a nadie en su nombre.

Revisó las mezclas. Eran correctas, todas y cada una. Y el doctor Joseph Sutton, que no había llorado en el año del cólera ni desde entonces, le puso la mano un momento sobre la cabeza rapada, cogió el libro de cuentas, y los dos despacharon la cola hasta el último paciente a las nueve y media, y así fue cada día a partir de entonces: trabajo y la puerta de la cárcel, la puerta de la cárcel y trabajo, a lo largo de aquel octubre despiadado y radiante.

Los procedimientos ante el magistrado fueron breves, brutales, y la sala estaba abarrotada hasta los alféizares. La vieja orden del forense se mantuvo en pie; la huida pesaba junto a ella, elocuente como cualquier confesión para hombres que jamás habían tenido que huir de nada; y las pruebas más recientes fueron presentadas con la suavidad de una cinta de seda por el agente de investigación, y tras él, impecable de negro riguroso, por el señor Absalom Crane, quien declaró ante el tribunal, más con pena que con ira, su larga inquietud, las advertencias que había dado entre lágrimas y que ella había desdeñado con orgullo, y su alivio —no iba a disimularlo— de que la Providencia hubiera puesto fin a la carrera de aquella pobre criatura engañada antes de que causara más daño. No miró a Hannah ni una sola vez mientras hablaba. Esa era la medida de lo acabada que la daba.

Trasladada a la prisión de Horsemonger Lane a la espera de la reapertura de la investigación y del juicio que vendría después, la prisionera, según informaron los periódicos, parecía serena.

La cárcel la recibió con su propia liturgia: el cacheo, el baño, el vestido basto, el pelo suelto y escrutado por los dedos de una celadora, su nombre, edad y religión anotados en un libro por un funcionario que jamás alzó la vista, y Hannah lo soportó como había enseñado a soportar a cien mujeres trabajadoras, marchándose a otro lugar por dentro y dejando que el cuerpo se las apañara. Lo que no pudo apañarse llegó al anochecer: el primer giro de la llave. Había oído llaves toda su vida. Nunca había oído una que girara para encerrarla a ella, y el sonido la atravesó como agua fría por la nuca, y se dejó caer en la cama de tablones y se agarró las manos para que dejaran de temblar y le dijo a la cal, en voz alta, porque la voz era una herramienta y la suya era la única que le quedaba:

—Bueno. Ya has estado en cuartos pequeños, Hannah. Este al menos está barrido. Y la viuda Pike daría un año de alquiler por ver lo limpios que están estos suelos.

No era gran cosa como remedio. Le sirvió para pasar la primera noche, que es todo lo que debe hacer un primer remedio.

La prisionera, en la celda estrecha y encalada de ventana alta, estaba serena como está sereno un campo en invierno. Todo había ocurrido exactamente como el miedo siempre lo había trazado; el miedo había sido un cartógrafo fiel, y había una calma desolada en no tener ya nada que temer. Le permitieron quedarse con su Biblia y, gracias a la indiferencia de la celadora —que bendecía cada noche—, con el libro de su madre, confundido con otro ejemplar piadoso. Releyó las tres caligrafías a la escasa luz. Vamos adonde nos llevan. Pues bien. A ella la habían traído aquí.

Pensó en el patíbulo a las puertas de aquella misma cárcel, donde habían ahorcado a los Manning ante una multitud de cincuenta mil personas; su madre lo había presenciado de niña y nunca había hablado de ello salvo una vez. Se obligó a pensarlo, una sola vez, a fondo, como quien sondea una herida para conocer su profundidad, y después lo guardó y no volvió a sacarlo. Vivir, seguir libre, estar viva para contarlo. Dos de los tres se habían perdido. Muy bien. El tercero seguía en pie. La segunda tarde, con el cabo de lápiz que la celadora fingía no ver, empezó a escribir en las guardas de la Biblia todo lo que recordaba: fechas, dosis, el frasco de rubí,

las gotas, la maceta, Foster, la verja en la niebla, mientras lo tenía fresco y su mente aún le pertenecía, porque las investigaciones judiciales se nutren de juramentos, y ella pensaba llevar a aquel tribunal la única riqueza que le quedaba: la exactitud.

Los periódicos se cebaron con ella durante una semana, tal como Crane había ordenado y pagado, y el resultado superó con creces lo contratado. LA MASCARADA DE UN AÑO DE LA ENVENENADORA. LA FALSA VIUDA DE RATCLIFF. ¿UN MÉDICO ENGAÑADO?, con el signo de interrogación que exigía la ley de difamación y que se confiaba en que el lector pasara por alto. Los periódicos ilustrados desempolvaron sus grabados de diciembre de Speller's Court y encargaron a un nuevo artista que imaginara el arresto, y la Hannah imaginada, toda ojos y melena suelta, sujeta por tres policías en un dispensario destrozado, era tan distinta de la mujer sencilla y serena que había pedido silencio por los enfermos que Effie, a quien una niña de Butcher Row se lo enseñó sin mala intención, hizo trizas la página y tuvo problemas en casa por el periódico prestado, y le dio exactamente igual.

Lo asombroso de aquella semana, lo que la prensa no lograba encajar en su propio relato, fue Ratcliff. La parroquia se negó a escandalizarse. Aquella mujer la había atendido durante un año, y el año era su prueba, y cuando los reporteros bajaron por Mercer Street a la caza de vecinos traicionados se encontraron en cambio con Bagley el estibador de carbón, que les soltó veinte minutos sobre sus sabañones y su braguero y la curación de ambos, y con la señora Christow, que les cantó las cuarenta en dos idiomas tal como había prometido, y con una cola ante la puerta cerrada del dispensario que se había formado de todos modos, por costumbre, por lealtad y por la convicción firme que expresó a un reportero la esposa de un barquero cuyo nombre no consta, y que el periódico imprimió, en su honor, palabra por palabra: «Si esa es una envenenadora, señor, que Dios nos mande más veneno, porque en esta parroquia nunca hemos tenido tanta salud en toda mi vida como desde que llegó ella».

A Joseph Sutton le negaron la entrada en la cárcel el martes por no ser pariente, y otra vez el miércoles, y el jueves dejó de

preguntar, volvió a casa y se sentó en la trastienda del dispensario, en la penumbra de las dos de la tarde, con el libro de cuentas de su vida abierto ante él por su página más negra.

Ella había sabido que la habían descubierto —eso lo había deducido él—, el domingo junto a la iglesia: «Este ha sido el mejor año de mi vida». Lo había sabido y no había huido, y él había pasado tres días respetando una mentira porque respetar sus mentiras era más fácil que asustarla con su amor, y ahora ella yacía en la cárcel de los Manning con el cuello en juego. Un nombre más para la lectura nocturna. Otra Eliza Marchant, preguntando con los ojos si el agua era potable, y él cortés, y prudente, y callado, y equivocado.

Se quedó allí sentado hasta que el reloj dio las tres. Y entonces brotó en su interior, lentamente, desde algún estrato por debajo de la culpa, por debajo del libro de cuentas, algo que llevaba dos años gestándose y que ahora llegaba de golpe, y no era pena ni penitencia. Era ira. Ira limpia, ordenada, metódica, contra Crane, contra la maquinaria engrasada de la mentira respetable, contra las compañías de agua y los venenos patentados y cada hombre de cuello de terciopelo al que alguna vez habían creído porque al dinero se le cree, y se levantó de la silla, solo en la oscuridad, con el corazón latándole como un tambor porque al fin, al fin había comprendido el verdadero fallo del libro de cuentas: era un libro únicamente de deudas. No tenía página para lo que un hombre todavía pudiera hacer.

Orgullo vistiendo luto. Ella se lo había dicho. Quítate el luto, entonces.

Encendió la lámpara. Sacó papel. Era un don nadie en Ratcliff, un hombre enterrado, pero en otro tiempo había sido un hombre prometededor en el Londres, y a los hombres prometedores su futuro les presta dinero, y en algún lugar de la City, en una gran casa con una placa de latón, había un hombre que le debía a Joseph Sutton la única deuda en Inglaterra más pesada que el dinero, y lo había dicho una vez, estrechándole la mano junto a una cama en la que su hijo no había muerto, después de todo: Si alguna vez quieres algo de mí, Sutton. Lo que sea, ¿me oyes?.

Joseph nunca había cobrado. Cobrar no estaba en su naturaleza. Mojó la pluma y comenzó, con su letra precisa, a escribir la carta de súplica de su vida, y tras la ventana la marea cambió en la oscuridad y comenzó a subir.

CAPÍTULO 9



La placa de latón en Austin Friars rezaba SIR MARCUS RENWICK, y tras ella se sentaba uno de los doce hombres de la City cuya palabra movía la de otros como una esclusa mueve el agua. Navieras, seguros, asiento en dos juntas hospitalarias, un título nobiliario concedido tras la visita del Príncipe a los muelles, y un hijo, un hijo único, que en la primavera del sesenta y cinco había contraído tifus en Oxford y lo habían enviado a casa a morir, con dos médicos de acuerdo, y no había muerto, porque un joven del Hospital de Londres, llamado a última hora por un cirujano residente desesperado que había sido alumno suyo, veló al muchacho nueve noches y luchó por él con uñas y dientes, y venció.

Si alguna vez necesita algo de mí, Sutton.

A Joseph le concedieron diez minutos, y hora y media después seguía en el despacho del gran hombre, y los empleados de fuera oyeron elevarse las voces una vez, la de Sir Marcus, no la suya.

Había venido a pedir, sin rodeos, lo que el dinero y la posición podían lograr y la inocencia no: la diferencia entre la cadena de montaje de la ley y su atención verdadera. Abandonada al engranaje, Hannah Bly pasaría de una investigación reabierta ante un jurado de tenderos, con las pruebas imprecisas del viejo cirujano, a los tribunales con un veredicto de asesinato premeditado ya colgado al cuello como una piedra de molino, juzgada en menos de un mes por un abogado de oficio. Lo que podía cambiarlo lo sabía

todo hombre en la City aunque no constara en ningún estatuto: que un gran nombre se interesase. El Ministerio del Interior preguntaría, con gravedad, si las pruebas médicas en un asunto capital no deberían ser exactas. El forense, que tenía ambiciones, descubriría que en las altas esferas se esperaba exactitud de él. El cuerpo exhumado y las vísceras enviadas, no al cirujano parroquial que primero había despachado el asunto con un gesto ante la palabra hierbas, sino al químico analítico más eminente de Inglaterra, el hombre que había mandado a la horca a Palmer, el viejo profesor Aldous del Guy's, cuyos honorarios por un análisis mineral completo superaban cualquier bolsillo en el mundo de Hannah y eran, para el hombre tras la placa de latón, los intereses de una mañana.

—Me está pidiendo —dijo Sir Marcus al fin— que ponga mi nombre, que es mi capital, señor, con tanta certeza como el suyo es su licencia, a la causa de una mujer a la que los periódicos ya han ahorcado. Una envenenadora fugitiva a la que encontraron escondida bajo su techo. Podría haberme traído cualquier otra cosa, Sutton. Un ala de hospital. Un beneficio eclesiástico. A usted mismo, Dios sabe que se lo he ofrecido antes y no lo ha querido. Y me trae esto.

Volvió a repasar los papeles de Joseph, el análisis escrito con letra menuda, síntomas contra fechas, las semanas de mejoría, las gotas, el patrón.

—Si se equivoca, seré el viejo necio que le pagó un químico a una envenenadora, y usted quedará acabado del todo, lo sabe. Le retirarán la licencia solo por el encubrimiento si les viene en gana.

—Si me equivoco —dijo Joseph—, todo lo que sé de medicina está equivocado, y la licencia no vale nada de todos modos.

Estaba sereno ahora, con la serenidad de un hombre que ha dejado atrás la última salida.

—Me preguntó una vez si había algo que quisiera. Quiero que la verdad se pese en el único par de balanzas de Inglaterra con peso suficiente para pesarla. Eso es todo lo que pido, Sir Marcus. No un veredicto. Un análisis.

Hubo un largo silencio en Austin Friars, y bajo él, sin decirse, las nueve noches, y el joven que ahora remaba en Oxford y que aún

escribía a Joseph cada Navidad.

—Mi esposa dijo que vendría usted algún día —dijo Sir Marcus, medio para sí, con un dejo de asombro—, y que lo que pidiera no sería para sí mismo. Yo lo llamé romanticismo.

Tocó la campanilla de su escritorio.

—Tendrá su químico. Y Sutton, escúcheme. Desde la hora en que mi carta llegue al Ministerio del Interior, usted será persona non grata en cada sala de juntas donde me siento, gane o pierda, la mancha de esto nos quedará a ambos. Pago con gusto. Solo sepa lo que nos ha pedido, y no insulte la deuda llamándola pequeña.

La viuda Pike llegó a Mercer Street dos días después del procesamiento, tras cruzar el Puente de Londres a pie a sus setenta años con una bolsa de viaje, y se instaló en casa de la señora Christow mediante un proceso que ninguna de las dos mujeres pudo reconstruir después: la escocesa había abierto la puerta a un pequeño monumento negro que dijo: «Soy Pike. Soy familia de la muchacha. Usted debe de ser quien lo alimenta», y pasó adentro. Las dos viudas se midieron a través de la cocina en una larga mirada, decidieron todo lo que importaba, y para la hora de cenar ya eran uña y carne.

Había traído la bolsa de viaje, y en ella, envuelto en una enagua de franela, había traído Bermondsey. Los nombres de once hogares, eso era lo que traía, once que conocía de primera mano, junto a los que se había sentado, a algunos de los cuales había amortajado, donde la consunción y los retortijones habían llegado y permanecido al compás de la botella rubí, y dejó la lista sobre la mesa del dispensario frente a Joseph la primera tarde y posó el dedo sobre ella.

—Usted andará con sus químicos y sus grandes hombres, y muy bien. Pero escúcheme, Doctor, porque he enterrado a más gente de esa parroquia de la que usted ha recetado. Sus abogados querrán el patrón, y el patrón no está en ningún laboratorio. Está en las cocinas. Se guarda como los pobres guardan todo, en un cajón, en una botella que se conserva por el cristal, en lo que una mujer recuerda haber dado a su hijo y en qué día, y a mí me lo entregarán, lo que nunca le darían a un señor desconocido con un

cuaderno, porque soy una de ellos y sé quién me debe el favor de escucharme. Usted traiga la ciencia. Yo traeré el fondo de los cajones. Y la joven Effie puede ir y venir, porque una muchacha haciendo recados es invisible, que es la única ventaja que el buen Dios dio jamás a las muchachas que hacen recados.

Cruzó las manos.

—¿Y bien? Tengo setenta y tres años, así que mejor no nos quedemos admirando el plan.

Joseph miró la lista, y a la pequeña mujer implacable tras ella, y comprendió, con la humildad que aquel año le estaba enseñando a raudales, que la defensa de Hannah Bly acababa de adquirir su verdadera arquitectura: su ciencia por un lado, y por el otro el profundo libro de cuentas no escrito de los tribunales, llevado por ancianas, fiel como las Escrituras, desde mucho antes de que existieran los forenses.

No fue pequeño, y se pagó a plena luz del día, a la vista de todos. En quince días se supo, en los lugares donde tales cosas se saben, que el dinero de Renwick había costado el peritaje de la envenenadora, que el Dr. Sutton de Ratcliff había sido encubridor y ahora fiador, que la exhumación estaba ordenada, el gran Aldous contratado, la investigación reabierta fijada para noviembre con la Corona como testigo. Dos de los benefactores del dispensario retiraron su apoyo. Un colega médico se cruzó con Joseph en Cornhill y no lo vio. The Lancet publicó un párrafo, escueto y cortante, sobre caballeros de la profesión que se involucran imprudentemente en asuntos propios de los tribunales, y todo hombre que lo leyó conocía el nombre que no imprimía.

La exhumación se llevó a cabo en Nunhead en una noche de helada dura, a la luz de faroles, como preferían la ley y el decoro, y Joseph asistió, con derecho a ello como médico de la defensa y sin el buen juicio, se dijo después, de renunciar a él. Había creído que la profesión lo había curtido contra tales visiones. Descubrió que no hay oficio que prepare a un hombre para estar de pie junto a una tumba a las dos de la mañana entre policías y sepultureros con el aliento humeante, viendo cómo se hacía aquello en silencio salvo por las palas, el oficial del forense dando patadas en el suelo junto a los

faroles, los plomeros esperando con sus herramientas para abrir el féretro sellado, y sobre todo ello la helada que hacía crujir la hierba y los cedros negros erguidos contra las estrellas como testigos convocados que se niegan a hablar.

Thomas Venn estaba allí. Eso era lo que Joseph no había previsto: el marido, gris como el hierro, apartado en el límite de la luz de los faroles con su gabán, solo, tras haber insistido en su derecho como Frederick enfáticamente no había hecho. Nadie le dirigió la palabra. Al final, cuando el ataúd emergió chorreando escarcha y los hombres se detuvieron como siempre se detienen en ese momento, por algún instinto más antiguo que cualquiera de sus oficios, el comerciante se quitó el sombrero, y Joseph, a seis metros de distancia, se quitó el suyo, y por encima de la tumba abierta los dos hombres se miraron: el viudo y el médico de la envenenadora, y pasó entre ellos, sin palabras, lo único que tenían en común y lo único que importaba: que bajo todo el papel jurado y la inmundicia de los periódicos y los abogados cebados de honorarios, había muerto una mujer que había sido bondadosa, y uno de los dos quería la verdad más de lo que quería su tranquilidad, y el otro, Dios le asistiera, empezaba a quererla también.

Venn se le acercó mientras cargaban los furgones. De cerca era más viejo de lo que había parecido en la sala del tribunal, y su voz era áspera y directa, todavía la voz de un hijo de carpintero de ribera, bajo cuarenta años de oficinas de contabilidad.

—Usted es Sutton. El que se ha dejado la piel por ella.

No se esperaba respuesta; Joseph no dio ninguna.

—No digo que tenga razón. Mi hijo se sentó a mi lado en aquella vista y no voy a decir, no puedo decir, que tenga razón. Pero mi esposa mejoró durante siete semanas al cuidado de esa mujer, mejoró ante mis propios ojos, y dejé que me dijeran después que la mejoría formaba parte del asesinato, porque era más fácil que lo otro. Un hombre de negocios, doctor, y me tragué el cuento fácil como cualquier necio en una feria.

Miró hacia los furgones y volvió la vista.

—Sea lo que sea lo que encuentre su químico, quiero que me lo lean primero, antes de que los abogados lo adornen. Se le debe la

verdad. Era la única alma en mi casa que nunca quiso un céntimo de mí, y eso incluye al hijo de mis entrañas, y Dios sabe lo que dice de mi casa el que pueda decir esto junto a su tumba.

Se caló el sombrero y se perdió en la oscuridad más allá de los faroles, y Joseph se quedó mirándolo, comprendiendo que el muro de ladrillo de Crane había perdido su piedra angular aquella noche, aunque ni siquiera el albañil lo supiera todavía.

El comité del dispensario se reunió en sesión extraordinaria por el asunto, sin el jerez habitual como señal de gravedad, y la reunión fue tormentosa para los estándares de aquel cuerpo, lo que significa que dos miembros hablaron a la vez, brevemente. El armador retirado estaba a favor del despido: el buen nombre de la institución, la lista de suscriptores, el hecho palmario de que su médico estaba públicamente ligado a una asesina convicta. Lo escucharon. Entonces el comerciante de cereales, el franco presidente que había contratado a Joseph tres años antes, dejó la pluma y dijo lo que tenía que decir: que se había tomado la molestia, antes de la reunión, de recorrer Mercer Street llamando a las puertas, lo cual recomendaba a sus colegas como método de recopilación de pruebas poco practicado en los comités; que lo que había oído en aquellas puertas, una tras otra, sostendría aquella lista de suscriptores en temporales peores que este; y que en cuanto al doctor:

—Le pregunté al hombre cuando lo contraté qué tenía de malo, caballeros, y me dijo que nada que fuera a costarles algo a nuestros pacientes, y tres años después me veo obligado a informar de que se quedó corto. Si un médico que defiende las pruebas es un escándalo, propongo que decidamos escandalizarnos y sigamos adelante. Los que estén a favor.

Aprobado, cuatro a uno; el armador se marchó murmurando sobre los tiempos, y en las actas solo quedó constancia de que el comité depositaba plena confianza en su oficial médico, frase que, recortada del periódico parroquial, fue a parar al interior del mostrador del dispensario donde Effie pudiera verla mientras trabajaba, colocada allí por la propia Effie, que había comprado las tijeras expresamente para ello.

La celadora de Horsemonger Lane, cuyo reumatismo Hannah había aliviado con un linimento preparado en la cocina de la prisión y mucha insistencia, trajo las noticias con las gachas, a retazos, confusas pero esencialmente ciertas, y así fue como Hannah se enteró de lo que se había hecho en su nombre: no por él, pues la puerta seguía cerrada para él, sino como chisme, como los pobres se enteran de todo. Un gran caballero de la City. El famoso Aldous, el que ahorcó a Palmer. El cuerpo que van a desenterrar. Y el doctor, querida, dicen que ha pagado fianza por los honorarios del químico además, y que se ha metido él mismo en los periódicos por ti, dicen que se ha arruinado en su profesión tan a conciencia como si lo hubiera hecho con una navaja.

Hannah se quedó sentada con el plato de hojalata enfriándose en el regazo, incapaz de comer.

Ya la habían rescatado una vez, en un ático de Ratcliff, una deuda que al menos había tenido ocasión de saldar en especie, taburete a taburete, mezcla a mezcla, hasta que por grados silenciosos se había convertido en sociedad y había dejado de quemarle. Esto era diferente. Esto era un hombre desmontando lo que quedaba de su vida —licencia, nombre, la buena opinión que ni siquiera valoraba salvo porque mantenía abiertas las puertas del dispensario— y amontonando las piezas en los peldaños del cadalso como escalera para que ella bajase. Y ella tenía que quedarse quieta en una celda, en la única hora de su vida en que no podía hacer nada, ser nada, ganar nada, y dejarse salvar, como un paquete. Como una causa. Ella, que había rechazado el medio chelín de los Tarrant porque uno paga lo que debe, ella que le había sermoneado —el descaro la abrasaba ahora— sobre el orgullo vestido de luto.

Cuando por fin lo dejaron entrar —la orden de visita conseguida por el abogado de Renwick donde la amistad había fracasado durante un mes—, les dieron quince minutos, una mesa entre ellos, la celadora junto a la puerta.

Tenía peor aspecto que ella, ese fue su primer pensamiento, demacrado otra vez, los tres kilos ganados en verano perdidos, y su segundo pensamiento fue que él la miraba, hambriento y firme, como se mira algo reparado que se había temido irreparable, y todo

su corazón voló hacia él por encima de la mesa, y eso hizo diez veces más difícil lo que había resuelto decir, y lo dijo de todos modos.

—Tiene que parar esto.

Él parpadeó, como si ella hubiera hablado en portugués.

—El químico, la fianza, las cartas, todo. Es su vida entera la que está gastando, y yo nunca se la pedí prestada.

Su voz era baja y rápida; la había ensayado contra la pared de la celda, y salió más cruel que en el ensayo.

—No me diga lo que cuesta, ya sé lo que cuesta, la celadora me lee los periódicos. Lo han convertido en el hombre de la envenenadora. Gane o pierda, usted mismo lo dijo una vez, el olor queda. No tendrá consulta, ni posición, el dispensario morirá por esto, y Effie, y la mujer del aserrador, y cada alma de esa cola, todo para que una mujer le deba el cuello además de todo lo demás que le debe. He sido pobre toda mi vida, Joseph, sé lo que es deber lo que no se puede pagar. No es gratitud. Es ahogarse. Preferiría...

Aquí la voz la traicionó, pero se obligó a terminar.

—Preferiría casi lo otro, de verdad, por mí misma, que verme arrastrada a la orilla como su ruina. Su causa. Era su colega. No me convierta en su causa.

La celadora estudió el techo.

Joseph guardó silencio un momento. Luego dijo, con la voz plana y precisa que usaba para los testimonios:

—El otoño en que yo no comía, usted me sirvió verdades en una mesa de cocina y llamó orgullo a mi luto. He pensado desde entonces que eso requirió más agallas que cualquier cosa que le haya visto hacer con una fiebre.

Se inclinó hacia ella.

—Así que aquí tiene la verdad, colega, al mismo precio. Esto no es un rescate, y se halaga usted llamándolo ruina. El cordial de Crane sigue en diez mil estantes. No estoy gastando mi vida en su cuello, Hannah, por mucho que me importe su cuello. La estoy gastando en un análisis, porque soy médico, y hay un veneno suelto en esta ciudad con sello fiscal, y el suyo es el único caso que puede sacarlo a la luz con toda Inglaterra mirando. Usted habría hecho lo

mismo, hizo lo mismo, se plantó en el dormitorio de una mujer rica con todo que perder y le dijo la verdad apostando a que aguantaría. Aguantó. La mía aguantará.

Y entonces, con menos firmeza, la precisión resquebrajándose para dejar ver lo que latía debajo:

—Y si no puede soportar estar en deuda, entonces viva, sea absuelta, y pásese cincuenta años poniéndome en vereda en ese dispensario, y daremos el libro de cuentas por quemado. Es el único pago que aceptaré. No hay otro nombre para lo que estoy proponiendo que pueda decir en esta habitación con una celadora escuchando.

La celadora estudió el techo con suma atención.

Hannah permaneció con las manos extendidas sobre la mesa llena de marcas, y la ira la atravesó y la abandonó como una fiebre que cede, y dejó lo que la ira de ese tipo siempre deja, el dolor debajo, y el miedo debajo de eso, y no pudo hablar por un momento, y los quince minutos estaban a punto de acabarse.

—Nunca pude soportar que me llevaran en brazos —dijo al fin, con voz afligida—. Ni siquiera de pequeña. Mi madre me compuso una cancioncilla por eso.

—Lo sé —dijo Joseph Sutton—. Es lo primero que supe de usted. Agúntelo de todas formas. Se acabó el tiempo, creo.

Se levantó y cogió su sombrero, y en la puerta se volvió y dijo, ante la celadora y las paredes con sus listas y cualesquiera poderes que guarden registro de tales habitaciones, con toda claridad:

—Procure comer lo que le traigan. Necesito a mi ayudante sana. La cola llega hasta la puerta, señora Wells, y no puedo arreglármelas con las mezclas yo solo, nunca pude.

Y se marchó, y Hannah Bly hundió el rostro en las manos manchadas, allí en la prisión de Horsemonger Lane mientras la luz se apagaba, y lloró al fin, no de miedo, sino por la otra cosa, esa que tampoco tenía nombre seguro, y luego se secó los ojos con la áspera sábana de la prisión, y comió las gachas frías, cada cucharada, porque él se lo había pedido, y cogió la Biblia con las guardas escritas a lápiz, y volvió al trabajo.

CAPÍTULO 10



*P*ara entonces ya se había hecho un hueco entre aquellos muros, como hacen los de su condición: siendo útil hasta que la utilidad se volvió costumbre. Había empezado con el reumatismo de la celadora y el linimento preparado en la cocina de la prisión, y había seguido su curso natural: una muchacha delirante en el pabellón contiguo a la que calmó, donde el cloral del cirujano había fracasado, con una hora de voz serena y la mano cogida; un remedio para los sabañones que asolaban todo el ala femenina cada invierno, sugerido con humildad por medio de la celadora y adoptado; la matrona de la enfermería, desbordada, que descubrió que a la envenenadora de Speller's Court se le podía confiar la vigilancia de una fiebre durante la noche y que informaba como una enfermera de hospital. El capellán estaba incómodo con aquello, y lo dijo, pero la matrona lo esquivó con suavidad planteando el asunto en términos administrativos: la mujer no había sido juzgada, por tanto era inocente ante la ley, la enfermería femenina andaba escasa de dos enfermeras, y si el capellán quería cubrir esa falta, podía hacer él mismo la guardia nocturna. El capellán se retiró del campo. Hannah hizo las guardias nocturnas, y estas la mantuvieron cuerda, pues una celda es un lugar pequeño, pero una cama de enfermo tiene el mismo tamaño en todas partes, y junto a una no era prisionera, era solo lo que siempre había sido: la mujer a la que llamaban.

El trabajo al que volvía era el caso, pues no había otro que la celda permitiese, y fue en la tercera semana de octubre, mientras repasaba por vigésima vez sus hojas de guarda anotadas a lápiz a la luz de la ventana alta, cuando todo quedó claro por fin, como se aclaraba una gráfica de fiebre: no por ninguna marca nueva en el papel, sino porque el ojo al fin toma la distancia suficiente.

Llevaba un año sabiendo el qué, o creyendo saberlo: el cordial, las gotas, antimonio dado poco a poco y luego de golpe. Las cartas de Joseph, que el abogado entraba y sacaba dos veces por semana bajo el sello de documentos legales, habían construido la arquitectura médica que sustentaba su memoria: los meses de deterioro, el hormigueo en los pies —eso era el veneno reptando por los nervios, escribió él—, la mejoría cada vez que fallaba el acceso, el colapso de la última noche desglosado en dosis y horas. Lo que nunca había hecho, porque hacerlo era un horror, era meterse en la piel de Frederick Venn y contar hacia atrás.

Lo hizo entonces, en el reverso del papel del abogado, con letra pequeña y cuidadosa. La primera señora Venn muerta hacía seis años, y el duelo de Frederick por ella agriado en resentimiento. El acuerdo de bienes, suyo en su totalidad si ella le sobrevivía, que convertía a su madrastra, en los cálculos mezquinos de un joven, en un cerrojo sobre su propia herencia. La enfermedad debilitante había empezado, según Foster, alrededor de un año antes de que llamaran a Hannah, que era justo la época —también lo había dicho la cocina, y Hannah nunca había relacionado ambas cosas— en que el amo había recortado la asignación de Frederick por deudas de juego y lo había sentado en un taburete de oficinista a aprender el oficio. El cordial, siempre regalo del joven amo, su única muestra de atención; su propia madre le tenía mucha fe. Cada dato que poseía había llegado a sus manos en las dos primeras semanas en aquella casa. Colocados en la contabilidad del asesino, formaban una columna, y cuadraban.

Pero fue la segunda columna la que le cortó la respiración, porque la segunda columna era la de Crane, y la de Crane no cuadraba. No para asesinato. Un boticario no necesitaba que sus clientes murieran. Lo que Crane le había vendido a Frederick no era

muerte sino coartada, gotas preparadas a medida, sin etiqueta, sin asiento en el libro, una concentración que nadie podría certificar después, vendidas con pesar a cuatro guineas a un joven cuya necesidad había olfateado como olfateaba todo. Y cuando la mujer murió, todo lo que hizo desde esa hora —los susurros, las lágrimas en el umbral de la tienda, el caso contra la herbolaria levantado ladrillo a ladrillo— no fue malicia ante todo. Fue un comerciante protegiendo su mercancía. La destrucción de Hannah nunca había sido siquiera el objetivo, solo el envoltorio en que venía el objetivo, y de algún modo eso era lo más frío de todo en aquella celda fría.

Y eso significaba, escribió a Joseph esa noche, apretando tan fuerte que el lápiz rasgó el papel, que a los dos se los podía separar. La culpa de Frederick era la de un joven: ardiente, enfermiza, medio enloquecida tras un año de contenerla. La de Crane era un libro de cuentas. Y una culpa ardiente, separada de la fría que la sostiene, se resquebraja.

Las cartas mismas se habían convertido en dos cartas cada una, para entonces, aunque solo se escribía una. Salían bajo el sello del abogado, legales como escrituras de propiedad, y el cuerpo de cada una era trabajo del caso: dosis y fechas y los procedimientos de Aldous, su letra precisa desfilando por la página. Pero en algún momento pasada la mitad de octubre habían empezado las posdatas, y las posdatas no seguían regla probatoria alguna. El esqueje de geranio de tu ventana ha florecido, escribió él, bajo una página sobre la distribución del antimonio en los tejidos, a destiempo y contra mi consejo, y la señora Christow lo ha llevado a la cocina, donde se le puede hablar. Adjuntas las etiquetas de Effie de esta semana, para que veas que la letra está más firme. La cola pregunta por ti a diario. También el médico de la cola. Y ella, que respondía a la ciencia punto por punto con su letra menuda, descubría que su propia pluma había seguido más allá de los argumentos: la rodilla de la celadora mejora. Hay un petirrojo que viene al alféizar a la hora del patio y tiene a todo el patio dándole de comer, mujeres duras, peores que yo, y nos trabaja como si fuéramos una obra de caridad parroquial; lo estudiarías con

provecho. Escríbeme cómo estaba el río esta tarde. Olvidarás mirar, así que mira.

Él jamás escribió nada que no pudiera leerse en voz alta en un tribunal, sabedores ambos de que cualquier línea podría serlo, y eso no importaba, o más bien importaba todo. Leía las páginas del antimonio fielmente, dos veces, como deber y defensa. Eran las posdatas las que leía de noche, a la migaja de luz del mechero de gas que se colaba por la mirilla, hasta sabérselas de memoria, y lo que probaban ningún químico habría podido ensayarlo: que la vida seguía allí, entera, la lámpara y el mostrador y el largo camino a casa junto al dique, guardada para ella, regada y mimada con palabras, a destiempo y contra todo consejo.

El mismo correo, más o menos, le traía las noticias de Joseph y las de la viuda Pike, pues los dos se habían encontrado para entonces, como ella debería haber sabido que ocurriría: la anciana se había presentado en el dispensario de Ratcliff a la semana del arresto, de negro, como un ejército de socorro de una sola mujer: soy de los suyos, joven, muéstreme qué hay que hacer.

Lo que había que hacer, había decidido Joseph, era establecer el patrón. El análisis de Aldous hablaría de una sola muerte, pero la defensa de Hannah Bly, y la destrucción del cordial, necesitaban algo que el jurado del forense pudiera sentir en sus propios huesos de parroquia: que la señora Venn no había sido la primera. Así que mientras Aldous trabajaba en su laboratorio de Guy's con lo exhumado en Nunhead, el médico y la viuda se pateaban Bermondsey, y Effie iba y venía entre ellos, y aquello fue, informó la viuda Pike, como espigar tras una cosecha lluviosa: lento, agachado y seguro.

Conocía cada patio de Long Lane, y cada mujer en ellos le debía el favor de escucharla o temía su lengua, y puerta a puerta fueron saliendo las botellas.

La cocina de los Maltby fue la que Joseph no pudo quitarse después de la cabeza, y eso que creía tener la cabeza blindada contra cocinas. Una habitación trasera en Snow's Fields, limpia como puede fregarse la pobreza, y la madre, camisera, cosiendo durante toda la entrevista porque la costura se pagaba a destajo y el duelo

no. Fue la viuda Pike quien hizo las preguntas, sentada, los guantes negros doblados en el regazo, en el tono que habría usado para hablar del tiempo por encima de una valla, y la historia fue saliendo a retazos entre puntada y puntada. La pequeña Ann tenía cuatro años, y no quería comer después del sarampión, y el cromó en el escaparate del tendero mostraba a una niña gordita y sonrosada con la botella rubí en la mano: restaura a los delicados, mil testimonios. Un penique el sobre de polvos, cuando la botella no le alcanzaba el bolsillo. Se había quedado sin tomar el té, algunas semanas, para poder comprarlo. Y la niña consumiéndose todo el tiempo, y los retortijones, y ella pensando, Dios la perdone, que el consumirse probaba la delicadeza y la delicadeza probaba la necesidad, y comprando más.

—Querrá la cuchara —dijo al final, y dejó la costura, y la sacó del cajón del aparador: una cuchara de hueso, con restos incrustados en el mango, guardada dos años porque había sido lo último en tocar la boca de la niña. La puso en las manos enguantadas de la viuda Pike y retomó su costura, y dijo, con la misma voz inexpresiva, la única frase de condena que se permitió, la que Joseph se llevó de aquella habitación para el resto de su vida—: Tenía su foto en el escaparate, señor. Gorda y sonrosada. Yo solía enseñársela a la niña para animarla a tomarlo. Sé que no era la misma criatura. Pero él tampoco lo sabía cuando la puso, ¿verdad?

No existía delito tipificado que se ajustara a una tarjeta ilustrada. Joseph pasó a limpio la declaración aquella noche con la exactitud que ponía en todo, y comprendió que ya no trabajaba solo para exonerar a Hannah, que llevaba semanas sin hacerlo. Estaba levantando acta contra una aritmética, en nombre de todos los que alguna vez la habían sufrido, y el expediente crecía bajo sus manos con el peso de algo que no se detendría en una sola investigación judicial.

El viejo Docker, hundido como una barcaza echada a pique; su viuda había guardado la última botella, aún con un tercio, porque el vidrio era bueno. La niña Maltby, consumida hasta morir a los cuatro años la misma primavera en que el cordial apareció con llamativa publicidad púrpura en el escaparate del tendero; y la madre, que le

había dado la dosis fielmente cada día y desde entonces se lamentaba de no haber podido permitirse más, se puso gris como la ceniza ante las amables preguntas de la viuda y entregó la cuchara, la misma cuchara guardada en un cajón, con costras. Once hogares en total. Once botellas o cucharas o papelillos del polvo seco del cordial vendido suelto a un penique, once series de fechas y síntomas anotados en mesas de cocina con la letra precisa de Joseph mientras la viuda Pike se sentaba al lado como garante: retortijones, purgas, hormigueos, consunción, y siempre la misma frase terrible, tarde o temprano, en cada cocina: pensábamos que era lo único que lo mantenía vivo, señor, así que le dimos más.

Joseph llevó las once declaraciones a casa por las calles oscuras y se sentó con ellas largo rato. Durante dos años había llevado un registro de treinta y un nombres por los que nadie podía ser acusado. Ahora tenía un registro con el nombre de un hombre en cada página, en dorado, en la etiqueta.

Foster fue localizada en Margate en la última semana de octubre por el más veterano de los dos investigadores de Renwick, y el hallazgo fue una historia que la viuda Pike le sonsacó después y relató a Hannah en la sala de visitas con franca admiración profesional, de rastreador a rastreador. El rastro había pasado por una oficina de registro civil, dos antiguas compañeras de servicio y una hermana casada en Faversham, y terminaba en una casa de huéspedes alta en el paseo marítimo de Margate donde Foster, bajo el apellido de soltera de su madre, Duckett, era tercera doncella. Había abandonado su propio nombre no por culpa, sino por la simple razón de que ningún hogar contrataría a la criada de la casa del envenenamiento: las sirvientas de familias mancilladas quedaban mancilladas ellas mismas a ojos del gremio, otra factura de Crane que había pagado otra persona.

No quiso hablar al principio. Se quedó de pie en la cocina de la casa de huéspedes con las manos juntas y se negó en redondo — soy Duckett, no conozco a ninguna Foster—, como una mujer que lo hubiera ensayado para este día durante un año, y el investigador, que era bueno en su trabajo, no insistió. Dijo solo que Hannah Bly estaba presa en Horsemonger Lane y la ahorcarían sin ella, dejó su

tarjeta en el aparador y se marchó. Se alojaba aquella noche en el Ship, y a las diez y media llamaron a la puerta, y Foster estaba en la escalera bajo la lluvia sin sombrero, aferrando su baúl, todo el pequeño baúl con sus pertenencias de Grange Road, sin abrir en diez meses porque abrirlo significaba recordar, y dijo, antes de que él pudiera hablar, de golpe, como un muro que se derrumba:

—Me hizo repetir las dosis hasta que me las supe, señor. Nadie en todo mi servicio se preocupó nunca de que algo se hiciera bien, solo de que se hiciera barato o en silencio, y ella me hizo repetir las. No se olvida el único lugar donde a una la trataron con confianza.

Y en el baúl, envuelto en un delantal, entre los delantales y las cartas de recomendación que ya no le servían de nada, estaba el frasco.

Lo había guardado, dijo, porque tirar medicinas era un desperdicio, y el desperdicio era un pecado que su madre le había quitado a golpes, y luego lo había guardado porque le daba miedo, sin permitirse saber de qué estaba hecho ese miedo: la voz del joven amo en la puerta del vestidor, dile que es para los nervios, sé buena chica, y no le cuentes nada a la señora. Lo entregó ahora con las dos manos, como una brasa, y después dio su declaración, cuatro horas, fechas y dosis y puertas, llorando sin parar en ningún momento, y cuando estuvo hecho y releído y firmado —Ann Foster, sin necesidad de marca porque escribía con letra clara— pidió al investigador una sola cosa: que le dijeran a la señorita Bly que Foster había venido por su propio pie, en cuanto la encontraron, y no había hecho falta ir a buscarla dos veces. Le importaba, dijo, que la señorita Bly supiera que había sido por su propio pie.

El informe preliminar de Aldous llegó al abogado en la primera semana de noviembre, con la letra enrevesada del propio profesor, y el abogado lo llevó a Horsemonger Lane, y Hannah lo leyó en la sala de visitas con el papel temblándole entre las manos. Antimonio, en cantidad, en lo exhumado en Nunhead. Antimonio en el residuo de la botella rubí tomada de la mesilla de noche de los Venn. Y antimonio —esto era lo decisivo— en el pequeño frasco sin etiqueta que Foster, Foster, encontrada al fin sirviendo en Margate por los investigadores de Renwick, se había llevado en su baúl en aquel

primer despido aterrador: las gotas del joven amo, guardadas sin abrir porque tirar medicinas iba contra la religión de la pobre mujer. El cordial contenía tres granos de tártaro emético por onza líquida, un exceso pero discutible. Las gotas contenían cuarenta.

Cuarenta granos por onza. Ningún tónico en el reino se había preparado jamás con semejante fórmula. Aquello no era comercio descuidado. Aquello era una receta para un solo cliente, y un solo uso.

El abogado de Renwick se llamaba Gorse, y tenía setenta años cumplidos, un hombre pequeño y enjuto con polainas negras que había pasado cincuenta años junto al estrado penal y llevaba una tabaquera de plata que nunca se le vio abrir. La sacaba cuando pensaba, le daba vueltas y la guardaba, y Hannah había aprendido a leer esas vueltas como leía un pulso: una vuelta era rutina, dos eran interés, y el día que oyó lo que contenía el informe preliminar de Aldous, la caja dio cinco vueltas y él dijo «bien, bien», lo cual, viniendo de Gorse —según confirmaba el cotilleo de la guardiana—, equivalía a que otro hombre bailara sobre la mesa.

—Dirá que Frederick pidió una preparación fuerte y que nunca supo para qué era —dijo Gorse—. Es su única salida, y la cruzará a la carrera, y, óigame bien, señorita Bly, puede que la cruce. Los jurados no quieren a los boticarios, pero no pueden ahorcar una botella. Todo depende ahora del joven. Si Venn se mantiene firme y no dice nada, la exoneramos, creo, gracias a la ciencia, pero Crane sale de ese tribunal como un comerciante difamado, y media ciudad sigue comprando su cordial por lástima. Si Venn se derrumba, los pillamos a los dos.

La miró por encima de las gafas, seco como la arena.

—El doctor me dice que tiene usted un don para saber quién se derrumbará, y hacia qué lado. La Corona no puede llamar al muchacho a declarar contra sí mismo, y nosotros no podemos obligarlo a hablar. Pero estará en esa sala, y las investigaciones judiciales, señorita Bly, no son juicios. Hay mucha libertad en una investigación judicial. Los testigos se oyen unos a otros. Las pruebas quedan a la vista de todos sobre la mesa.

Hannah pensó en Frederick Venn en las escaleras de la casa de Grange Road, la boca torcida, cómo había mirado pasar su cesta. Resentido con el mundo, había dicho Foster. Pensó en las copas a la hora de cierre, las insinuaciones sobre su conciencia, todo fielmente recogido por la viuda Pike del muchacho descontento de la tienda del Medical Hall. Pensó en un joven al que, durante todo aquel año, la hábil gestión de Crane le había permitido no acercarse nunca a lo que había hecho, no verlo con claridad, solo el lado del dinero, el lado de la seguridad, el lado de que ella no era nada para ti.

—No ha resistido un año entero por ser de hierro —dijo ella lentamente—. Ha resistido porque Crane lo mantiene arropado. Hierro candente envuelto en lana. En la investigación pasará el día entero en una sala pública, sin esa lana que lo protege, escuchando lo que el antimonio le hace, hora tras hora, a una mujer que una vez prometió apoyarme porque le dije la verdad sobre el agua de cebada. Once cocinas implicadas, y la cuchara de la niña Maltby sobre la mesa delante de él, y el recuerdo de su propia madre en cada mención de ese cordial, porque él empezó todo esto, ¿no lo ve?, creyendo que aquello era medicina porque su madre muerta confiaba en él. Crane le vendió la mismísima botella de su madre para que matara con ella. —Alzó la vista—. Usted me preguntó hacia dónde se quebrará. Se apartará de Crane, señor. Si se le presenta de modo que pueda ver, al final, algo limpio que aún puede hacer, se apartará de Crane y volverá hacia su madre. La gente suele morir como ha vivido, pero confiesa lo contrario. He velado suficientes moribundos para apostar por ello.

Gorse recogió sus papeles, sacó la tabaquera y la hizo girar lentamente, una y otra vez, y se permitió, por primera vez en un trato que le había costado caro, una sonrisa.

—Entonces dispondremos la sala —dijo— de modo que eso limpio quede bien iluminado. El juez de instrucción ha concedido la instrucción completa para el veintitrés, en la sala de actos del Grapes, en Bermondsey; más espacio, dice, para los señores médicos. Su parroquia, señorita Bly. La traerán desde prisión para que asista, con el consentimiento de la Corona. Ocho días. —Se levantó y se detuvo en la puerta—. El doctor pregunta por su

apetito. Me han encargado informarle, como si no tuviera nada mejor que hacer. ¿Qué le digo?

—Dígale —dijo Hannah— que como lo que me traen, que debe dormir, y que los que esperan también lo necesitarán en forma. Y dígale —no había pretendido decir más, pero se oyó diciéndolo, y lo dejó salir, porque a ocho días de jugarse el cuello no es momento para andarse con tacañerías—, dígale que las posdatas se leen antes que las cartas, siempre, y que no deje de escribirlas cueste lo que cueste por línea a los abogados. Dígaselo con esas palabras —y regresó a su celda y permaneció largo rato bajo la ventana alta, por donde descendía del mundo una luz color humo, y en ocho días sería luz de Bermondsey, la luz de su propia parroquia, cayendo sobre una mesa con una botella de rubí encima, y sobre el rostro de Crane, y sobre el suyo, y sobre cualquier verdad que pudiera alzarse entre ellos y hacerse valer.

Por primera vez desde la niebla en el río, descubrió que no tenía miedo. Ahora tenía el patrón completo, y un patrón que se ve claro, decía siempre su madre, es la mitad de la cura. La otra mitad, como siempre, sería ponerlo en práctica.

CAPÍTULO 11



La sala de asambleas del Grapes había acogido cenas de cosecha y banquetes de sociedades de socorros mutuos y una célebre exhibición de un cerdo erudito, y en la mañana del veintitrés de noviembre acogió a la parroquia de Bermondsey abarrotada hasta los alféizares, que había acudido a ver a la envenenadora de Speller's Court devuelta por fin a este lado del río.

La trajeron cruzando el río en una furgoneta cerrada en la penumbra gris del amanecer, y Hannah, que no podía ver nada desde dentro, siguió todo el camino de vuelta a casa con los oídos y la nariz. El chirrido de las ruedas sobre el puente de Londres, y gaviotas. Luego el giro, y Tooley Street, llantas de hierro y carros y un mozo maldiciendo, y después, tenue a través de las tablas, creciendo, el olor que ningún niño de Bermondsey confunde ni olvida jamás, cal y corteza y pieles, las tenerías, respirando, y se le llenaron los ojos antes de darse cuenta de que iba a llorar, por un olor contra el que media Londres se tapaba la nariz. Un año, menos quince días. Había salido de esta parroquia de noche en el fondo de un bote, y volvía a ella en el fondo de una furgoneta, y ambas veces la parroquia había estado a su alrededor, invisible, y ambas veces había olido a hogar.

Hannah entró por la puerta del patio entre dos agentes, y el ruido de la sala cayó y luego se elevó de nuevo en un largo siseo, y ella permaneció de pie mientras la miraban. Había pensado que este

momento sería el peor, y se había acorazado para afrontarlo, pero no fue el peor en absoluto, porque el segundo rostro que encontró fue el de la viuda Pike, al frente y en el centro, vestida de negro de bodas y entierros, con las manos cruzadas como una duquesa, y el tercero fue el de Effie a su lado, con la barbilla en alto, tal como le habían enseñado, y el cuarto, junto a la pared, demacrado y firme con una carpeta de papeles sobre las rodillas, fue el de Joseph, y sus ojos dijeron lo que habían dicho sobre una palangana a la luz de la lámpara, y Hannah Bly enderezó la espalda y dejó que su parroquia la mirara todo lo que quisiera.

El juez de instrucción era un caballero preciso y seco que había descubierto recientemente, tal como predijo el abogado, que las altas esferas esperaban exactitud de él, y dirigía su tribunal en consecuencia. El jurado, diecisiete comerciantes de Bermondsey, prestó juramento con inusual solemnidad. Y sobre la mesa ante todos ellos, catalogadas y numeradas, estaban las pruebas: la botella rubí de la mesilla de noche, las once botellas y papeles de la recolección, una cucharilla infantil con restos incrustados, un pequeño frasco sin etiqueta, y, en una caja de madera simple que había costado a la influencia de sir Marcus Renwick una carta del Ministerio del Interior, varios frascos sellados del laboratorio del profesor Aldous del Guy's.

El primer día perteneció al pasado, y el pasado había cambiado de bando.

El cirujano de la parroquia repasó su testimonio original y el juez de instrucción lo hizo recorrerlo de nuevo lentamente, y lo que un año antes había sonado a hierbas y secretismo ahora sonaba, pregunta seca tras pregunta seca, como un hombre que había olido cólera-que-no-era-cólera y se había tapado la nariz. Foster, traída desde Margate, sencilla y aterrorizada e inamovible, contó las semanas de mejoría, el cordial prohibido, las gotas traídas siempre por la propia mano del joven amo, la promesa de la maceta, y, sollozando, el despido que se había llevado el frasco en su baúl sin abrir. El montón de un año de susurros, mujer intrigante, asistencia secreta, hierbas en la mesilla de noche, se deshizo bajo su voz plana de sirvienta como papel mojado.

Hannah dio su propio testimonio por la tarde, y la sala que la había recibido con siseos guardó silencio para escucharla. Se había jurado a sí misma en la celda no ser más que exacta, y exacta fue: fechas, dosis, el agua de cebada, los amargos, todo importa, y el juez de instrucción, que había esperado no sabía qué, una curandera, una llorona, se encontró en cambio examinando a una colega, y lo mostró a pesar de sí mismo. Solo una vez estuvo cerca de quebrarse, cuando leyeron en las actas el pequeño registro a lápiz y tuvo que decir de quién era la promesa de la maceta y cómo había sentido aquella mano en la suya, y no miró a ninguna parte mientras lo decía, y terminó serena.

No fue interrogada. El abogado de Crane, un hombre prudente, había medido el clima de la sala y desaconsejó hacerlo.

Fue en la pausa después de su testimonio, mientras el secretario secaba sus actas con arena, cuando se permitió mirar al otro lado de la sala por fin, habiendo racionado las miradas todo el día del mismo modo en que una vez había racionado el dolor, porque los agentes vigilaban su rostro y cerca de él su rostro no sabía disimular. Joseph tenía la carpeta abierta sobre las rodillas, y sobre ella, esperándola, la mirada, la mirada de la palangana, y con toda la sala entre ellos y cuarenta testigos y la Corona presente, movió la mano ligeramente sobre los papeles, un pequeño gesto sereno de asentamiento, el que usaba junto a los lechos de los enfermos, que significaba lo peor ya está dicho, y no voy a ir a ninguna parte. Duró quizás dos segundos. Ella guardó aquel instante el resto del día como un carbón en un bolsillo frío, y devolvió su atención al juez de instrucción con la espalda recta, y si el jurado notó que la envenenadora de Speller's Court tenía brevemente el semblante de una mujer calentándose las manos, ninguno de los diecisiete habría podido jurar ante qué fuego.

No se le permitieron visitas entre las sesiones, pero la carcelera que la escoltó de vuelta esa primera tarde fue la de la rodilla curada, y los muros de la cárcel son solo piedra. —El doctor ha tomado una habitación hasta que esto termine —murmuró la mujer en la puerta de la celda, como quien no quiere la cosa, mirando sus llaves—. No en Bermondsey, entiéndame. En la casa de café del Lane, aquí mismo, junto a nuestra puerta, el edificio alto. Ventana de arriba. Le

preguntó a nuestro sargento expresamente si una luz encendida allí de noche podía verse desde el ala femenina, y el sargento, que es hombre casado, salió al patio y se aseguró antes de responder. — Podía. Hannah se subió a su taburete esa noche y las dos noches siguientes, saltándose todas las normas, y a través de la ventana alta, sobre la línea negra del muro de la cárcel, una ventana brilló firme hasta que el gas de la ciudad se apagó, sin argumentar nada, sin probar nada, inadmisibles en ningún tribunal, la prueba más clara que jamás le habían puesto delante.

No volvieron a interrogarla en esta vida, según se vio. Pero años después le diría a Effie, que le preguntó qué la había sostenido durante la sesión intermedia de las tres, el día de los químicos, cuando su cuello aún pendía de un hilo y la ciencia le pasaba por encima hora tras hora: una lámpara, dijo. Aprende el oficio, muchacha, y descubrirás que hay mucha medicina que nunca entra por la boca.

El segundo día perteneció a la ciencia, y a los muertos de la parroquia.

El profesor Aldous tenía setenta años y parecía tallado en roble de iglesia, y había mandado a la horca a Palmer, y la sala de asambleas lo recibió como a Elías. Estuvo tres horas dando su testimonio y nadie se movió. La exhumación. Los procesos de Reinsch y Marsh, explicados a los diecisiete comerciantes con diagramas, como a caballeros de entendimiento, halago que surtió efecto visible en ellos. Antimonio en los órganos de la difunta Maria Venn en cantidad suficiente, y daría al jurado las cifras, para explicar la muerte dos veces, su distribución en los tejidos revelando pequeñas dosis continuadas largo tiempo y una gran dosis al final. Antimonio en la botella rubí a tres granos la onza. Y en el frasco, las gotas, cuarenta.

—Cuarenta granos —repitió el juez de instrucción en medio del silencio.

—He analizado preparaciones patentadas durante treinta años —dijo el anciano—. Jamás me he encontrado con nada semejante en un artículo ofrecido como medicina. No se lo daría ni a un caballo.

Luego vinieron las cocinas. Una tras otra durante la larga tarde, la viuda Docker, la esposa del transportista, la madre del niño Maltby, gente pobre con sus negros de domingo contando sus esperanzas de seis peniques y sus muertos, y las once botellas emparejadas una por una con los frascos de Aldous, tres granos, tres y medio, cuatro, y la sala cambió mientras hablaban. Hannah sintió que cambiaba a su alrededor como el tiempo, la parroquia haciendo su propia suma lenta, cada repisa de chimenea en Bermondsey con una de esas botellas rubí, cada oyente repasando sus propios retortijones y consunciones, y el sonido que se elevó cuando se pronunció el nombre de Crane era de otra estirpe, distinto del siseo, más bajo y más antiguo, y los agentes junto a la puerta comenzaron discretamente a vigilar a la multitud en lugar de a la prisionera.

Durante todo aquello, Absalom Crane permaneció sentado en la segunda fila, de respetable negro, apesadumbrado, erguido, magníficamente impasible, como un hombre que asiste al funeral de los errores ajenos. Y junto a él, más instructivo para Hannah que cualquier testigo, se sentaba Frederick Venn, que hora tras hora se fue desmoronando.

Lo observó tal como le había dicho al abogado que haría, como quien lee una gráfica de fiebre. Los labios secos ante el testimonio del cirujano. El testimonio de Foster lo recorrió como un escalofrío: las gotas, traídas siempre por la propia mano del joven señor. Durante la declaración de Aldous permaneció inmóvil como una roca, con los ojos bajos, pero al oír cuarenta granos por onza levantó la cabeza y se volvió, una pulgada involuntaria, hacia Crane, y lo que había en su rostro en esa pulgada era la cura entera manifestándose: un hombre que descubre, en una sala pública, ante el Dios y la parroquia de su madre, la magnitud exacta de lo que le habían vendido. Había querido que enfermara, juzgó Hannah, enferma y dócil y con los días contados; se había permitido comprar gotas fuertes con los ojos cerrados. Cuarenta granos no era lo que se había permitido saber que compraba. Crane no lo había convertido en un acelerador, sino en un carnicero, y había

permanecido sentado a su lado durante un año, engañándolo con zalamerías, llamando a aquello amistad.

La mujer Maltby remató la faena. Fue la última de las cocinas, y relató el deterioro de la niña con la voz muerta y plana de un dolor que hacía tiempo había dejado atrás toda representación: cuatro años, señor, y le dimos más porque pensábamos que era lo único que la mantenía con vida. Y no fue cosa de nadie que se quedara tan cerca de la segunda fila, o quizás no fue cosa de nadie, el abogado había prometido que la verdad quedaría bien iluminada, y Frederick Venn estaba sentado a seis pies de ella con el sudor perlándole la frente, oyendo describir lo que le había dado a su madrastra como una dosis apropiada para una niña de cuatro años.

Esa segunda noche, Bermondsey dejó claros sus sentimientos a la manera de Bermondsey. Una multitud permaneció frente al Medical Hall, con las persianas cerradas, desde el anochecer, sin causar disturbios —la policía presente se encargó de eso—, solo allí plantada, creciendo, mirando las letras doradas, y hacia las diez una piedra salió del fondo de la masa y alcanzó el gran escaparate, y la pirámide de botellas rubí cayó a la calle con un estruendo que se oyó, la gente lo juró después con satisfacción, hasta el mercado de cueros. La policía despejó la calle sin demasiadas ganas. Por la mañana, alguna mano había escrito con tiza en la persiana, en letras de un pie de alto, LA NIÑA MALTBY, y aunque el alguacil lo borró antes de las ocho, todo el que pasó camino de la tercera sesión lo había visto, u oído hablar de ello, o dijo haberlo hecho.

Crane también pasó por allí, a pie, por su propia insistencia, sin compañía, con su cuello de terciopelo, a través de una calle que enmudeció al verlo, y nunca giró la cabeza ni una pulgada. Los más cercanos dijeron que tenía buen color y paso firme, y que se detuvo ante su propia ventana rota y examinó el entablado con desaprobación de comerciante, como si evaluara el local descuidado de otro, antes de seguir su camino. Fue la mejor actuación de su vida, y fue completamente desperdiciada, y alguna parte de él debió saberlo, porque la aritmética había cambiado durante la noche y ningún hombre vivo podía leer un libro de cuentas más rápido. La confianza de la parroquia había sido su capital comercial durante

treinta años. La había oído irse, a las diez en punto, a la calle, con las botellas.

Frederick Venn había pasado por la misma persiana una hora antes, y había leído la tiza antes de que llegara el alguacil, y quienes lo vieron dijeron que permaneció ante ella un largo momento, con la cabeza descubierta, como quien lee un texto en la puerta de una iglesia, y luego caminó solo hacia la sala de asambleas, aunque su abogado tenía un carruaje esperando.

Crane fue llamado la tercera mañana.

Fue soberbio, Hannah le concedió eso siempre, después. Lamentó el abuso de un tónico saludable por ignorancia y exceso. Presentó sus libros, sus recetas, sus testimonios de tres médicos de prestigio. Las gotas, ah, las gotas las reconoció libremente, una preparación fuerte compuesta a petición apremiante del señor Frederick Venn para la neuralgia de ese joven caballero, y si, se estremecía al pensarlo, si se le había dado otro uso, entonces se había abusado de su buena fe más cruelmente que de cualquier alma en este triste asunto. Se volvió en su asiento y miró a Frederick mientras lo decía, apesadumbrado, paternal, la sonrisa del tendero vestida de luto, y Hannah vio la mirada clavarle como una hoja, y comprendió que Crane, suave hasta el final, acababa de hacer el trabajo por ella. Le había mostrado al muchacho la red, y a sí mismo fuera de ella, y todo el engaño al descubierto.

—Me advirtió en particular que nunca dijera que las gotas eran para ella —dijo Frederick Venn.

Lo dijo sentado, no en voz alta, en una pausa del procedimiento, antes siquiera de ser llamado, y la sala quedó tan silenciosa que se oía el gas. El juez de instrucción, seco y rápido, lo hizo jurar antes de que su propio abogado pudiera alcanzarlo, advirtiéndole dos veces que no necesitaba hablar en su propio perjuicio, y Frederick Venn, de pie ahora, blanco como la pared encalada, apartó la advertencia con un pequeño gesto terrible, como quien deja caer una carga.

—Hablaré de todos modos. Lo he cargado un año y no se alivia —no volvió a mirar a Crane, ni a Hannah, sino a algún lugar por encima de las cabezas del jurado, donde quizás estaba su madre—.

Ella nunca fue nada para mí salvo la mujer que ocupó el lugar de mi madre, y yo quería, me dije a mí mismo que solo quería que estuviera enferma, enferma y dócil, hasta, lo diré sin rodeos, hasta que muriera antes que mi padre y el patrimonio volviera a la familia. Comenzó con el cordial, esa fue mi propia idea, mi madre siempre lo tenía en la casa y yo no le conocía ningún daño, solo que la ponía mal, y yo. Yo vi que lo hacía. Y continué. Y cuando empezó a mejorar, bajo, bajo esa mujer de allí —y ahora sí miró a Hannah, una mirada ahogada y extraña, con algo en ella que era casi gratitud por ver a la única persona en la sala a quien había perjudicado más que a la muerta—, el señor Crane vino a mí a la puerta de nuestro jardín y dijo que una persona tan intrigante podría conseguir cualquier cosa de una inválida agradecida, dijo que debía cuidar mis intereses, y yo dije que el cordial ya no funcionaba porque se lo habían quitado, y él dijo, suave como la mantequilla, que podía conseguirse una preparación más fuerte, para mi neuralgia, dice, y guiñó el ojo, o casi, y le pagué cuatro guineas por el frasco, cuatro guineas por algo de seis peniques, caballeros, y ambos sabíamos para qué era el precio: era por no hacer preguntas. Y se lo di en las gotas tónicas, tres gotas, luego cinco, y la última noche, temiendo que le hubiera prometido algo a la herbolaria y la herbolaria estuviera vigilando, se lo di en su cordial, todo, casi todo el frasco, y ella. —Se detuvo, y terminó en voz baja—. Fue amable conmigo esa noche. Dijo que me estaba pareciendo a mi padre. Y me senté junto a ella mientras, mientras ella. Dios me perdone, me senté junto a ella y sostuve el vaso.

En el alboroto de la sala, maravilloso a ojos de Hannah, Crane no se movió, solo su color se fue, gota a gota, como el dorado de su propio escaparate, y cuando por fin se le oyó, todavía firme, todavía con su suavidad de tendero, es el delirio de un muchacho culpable, caballeros, no hay corroboración en una sola palabra, el juez de instrucción, seco como yesca, observó que la corroboración estaba documentada sobre la mesa en forma de un frasco de cuarenta granos por onza, compuesto, según el testimonio jurado del propio testigo Crane no hacía ni una hora, en su propia trastienda, por su propia mano.

El juez de instrucción resumió durante una hora y diez minutos, y quienes lo conocían dijeron después que nunca lo habían oído mejor, lo cual él habría reconocido libremente, pues nunca antes había tenido tales materiales. Llevó al jurado a través de todo en orden, seco, preciso, sin omitir nada y sin adornar nada: la evidencia médica y lo que podía y no podía sostener; la confesión, con las advertencias dadas y el peso que la ley le otorgaba; el frasco y los cuarenta granos, que los invitó a considerar más detenidamente que cualquier otro hecho del caso. De Hannah dijo poco, y lo poco fue granito: que la evidencia no revelaba ningún acto suyo compatible con la culpabilidad, y un año de conducta compatible únicamente con su vocación honestamente ejercida, y que si el jurado compartía su parecer, desearían considerar si la manera en que la sospecha se había dirigido primero hacia esta mujer no formaba en sí misma parte de la historia del crimen. De Crane dijo solo que el jurado lo había visto y oído, y que ellos eran los jueces de lo que habían visto y oído, y la caída de esa frase en la sala silenciosa, observó el juez de instrucción a su secretario mucho después, resonó tanto como cualquier cosa dicha en tres días.

Los cuarenta minutos que el jurado pasó deliberando fueron los más largos de los tres días, y la sala no se vació a pesar de que el forense lo sugirió dos veces. Hannah permaneció sentada donde había estado durante todo el proceso, flanqueada por los agentes, y descubrió que no podía retener ningún pensamiento, solo sensaciones: el olor a gas, el hombro de Effie presionado deliberada y firmemente contra la barandilla a su espalda, y, cuando se obligó a alzar la vista, Joseph, que por fin había cruzado la sala abriéndose paso entre la multitud ya dispersa y ahora estaba tan cerca de ella como los agentes permitían, sin hablar, pues nada de lo que pudiera decirse servía de nada, pero haciendo girar el ala del sombrero entre las manos una y otra vez, este hombre tan meticuloso, igual que cualquier estibador de Ratcliff esperando ante la puerta de un hospital, y ver aquel sombrero dando vueltas la serenó más que cualquier elocuencia, más incluso que las pruebas, porque era la verdad más palpable de toda la sala. Fuera cual fuese el veredicto

que los diecisiete comerciantes trajeran por aquella puerta, hacía mucho que había dejado de estar sola en esto.

El jurado deliberó durante cuarenta minutos, lo que el portavoz, un talabartero, atribuyó después a la dificultad de la ortografía.

Asesinato premeditado contra Frederick Venn, por el envenenamiento de Maria Venn. Contra Absalom Crane, como cómplice, y el jurado añadió, con la evidente aprobación del forense, su conclusión de que el preparado llamado Cordial Reconstituyente de Crane había ocasionado la muerte de otras personas en la parroquia, lo cual deseaban que se pusiera en conocimiento de las autoridades competentes. Y en cuanto a la persona de Hannah Bly, curandera, anteriormente residente en Speller's Court, el jurado determinó, y aquí el portavoz dejó de deletrear y la miró directamente a los ojos y lo dijo con sus propias palabras: «que es inocente como la luz del día, y que esta parroquia debería avergonzarse de sí misma, y que conste en acta que así lo dijimos».

La sala se puso en pie entre un rugido. Vio a los agentes rodear a Crane, lo vio rechazar sus manos con el remilgo de un comerciante y ajustarse el cuello del abrigo, de terciopelo hasta el último momento. Vio pasar a Frederick Venn junto a ella, tan cerca que podría haberlo tocado, y él se detuvo y le dijo, en voz muy baja, con el rostro devastado: —Ella cumplió la promesa del tiesto, señorita, así supe que las gotas estaban marcadas. Casi logra salvarla —y se marchó antes de que ella pudiera encontrar respuesta alguna, ni entonces ni nunca.

Y entonces los brazos de la viuda Pike la envolvieron, oliendo a alcanfor y a triunfo, y Effie se apretaba con fuerza contra su costado, y la mitad de Speller's Court se agolpaba detrás: la señora Rudd llorando sin disimulo, el viguero de Tarrant estrechándole la mano entre sus manazas de curtidor, la parroquia que la había abucheado reclamándola ahora con todo el descarado corazón de la parroquia, y por encima de todas las cabezas, junto a la pared, Joseph Sutton permanecía con la carpeta apretada contra el pecho como quien se sujeta las costillas para no desmoronarse, sin moverse para acercarse a ella entre la multitud, solo mirándola, como había mirado sus manos en el agua de la palangana, y Hannah Bly,

absuelta ante su propia gente en su propia parroquia, libre de la orden de arresto y del nombre falso y de la niebla misma del río, le sostuvo la mirada a través del alboroto y rompió, por fin, a llorar del todo.

CAPÍTULO 12



Vio a Crane una vez más, en las sesiones del tribunal, al otro lado del estrado, y resultó menos de lo que un año de temor le había hecho esperar. El cuello de terciopelo seguía en su sitio, y la compostura paternal también, pero la cárcel no le sienta bien a nadie, y lo que la golpeó, al mirarlo fijamente para no tener que mirarlo nunca más, no fue la ruina, sino el desconcierto. Anidaba en el fondo de los ojos, donde antes se fabricaba la afabilidad: el desconcierto de un hombre cuyas cuentas siempre habían cuadrado y ahora habían dejado de hacerlo, y que no lograba encontrar el error en la aritmética, porque el error era la aritmética misma, y eso no lo vería jamás, ni en catorce años, ni en cuarenta. La miró una vez, mientras ella declaraba, una mirada larga, sin odio, lo cual la sorprendió, y sin disculpa, lo cual no. Era la mirada de un comerciante desde el otro lado del mostrador a un competidor que, de algún modo, inexplicablemente, contra toda ley del mercado, no se había dejado comprar. Prestó declaración ante el juez y el jurado, y no volvió a mirarlo, y al salir del tribunal hacia el bullicio de la calle descubrió que el espacio que él había ocupado en ella, un año entero de su cielo, se había encogido sin que se diera cuenta hasta el tamaño de un hombre, y luego hasta el tamaño de una etiqueta en una botella, y seguiría encogiéndose, calculó, al ritmo de la naturaleza, como cualquier cicatriz.

Las sesiones del tribunal llegaron y pasaron con la primavera, y Hannah asistió solo para volver a declarar, y no se quedó a esperar los veredictos, que los vendedores de periódicos pregonaron por dos condados de todas formas. Frederick Venn, que se declaró culpable contra todo consejo y en el banquillo solo dijo que había recibido su merecido, fue recomendado a clemencia por el jurado gracias a su confesión y le conmutaron la pena por trabajos forzados de por vida, y Hannah, al leerlo, descubrió que se alegraba, y examinó esa alegría, y la dejó estar. Absalom Crane luchó hasta la última guinea, con cuatro abogados y cuantos testigos dóciles pudo comprar el dinero, y lo condenaron como cómplice y por homicidio involuntario de la niña Maltby además, catorce años, y los funcionarios de la parroquia incautaron las existencias del Cordial de doscientos estantes, y bajaron con una escalera las letras doradas del Medical Hall ante una multitud numerosa y satisfecha, y la viuda Pike asistió a esa ceremonia en persona, de luto riguroso, con un taburete plegable.

Había vuelto a Speller's Court el primer domingo de su libertad, sola, porque así lo quiso, cruzando el puente de Londres a pie bajo el sol de invierno, sin cobrador de peaje ni alguacil ni nombre falso entre ella y el agua, y aquel paseo fue algo que nunca le contó a nadie entero, porque no tenía palabras para ello, solo las de su madre: vamos donde nos llaman, y esta vez era su propio corazón el que llamaba. El patio había sabido que venía, los patios siempre lo saben, y se había restregado de arriba abajo. Dieciocho puertas, y todas abiertas, y la gente en los escalones con sus mejores galas pese al frío, y sin vítores, que el patio la conocía demasiado bien para eso. Solo la señora Rudd se adelantó desde su escalón, retorciéndose el delantal entre las manos, portavoz por alguna elección de la que Hannah nunca llegó a enterarse, y dijo:

—Hay quienes te dieron la espalda en la fuente, Hannah Bly. Yo fui una de ellas. Y aun así enviaste el jarabe de mi Peggy por encima del muro del retrete esa misma noche. Lo hemos hablado entre todos, y no hay manera de enmendarlo, así que solo voy a decirlo claro y una vez. Nos avergonzamos, y nos alegramos, y la hija de tu

madre es bienvenida en cualquier puerta de este patio hasta que saquen al último de nosotros.

Y Hannah, de pie en medio del patio al que la habían traído de bebé y del que la habían echado como a una rata, recorrió con la mirada el círculo de rostros, los Gowan y los Rudd y los Tarrant, los débiles y los asustados y los fieles, su gente, ni mejor ni peor que cualquier otra, solo más pobre y más cansada, y descubrió que ya los había perdonado en algún punto del puente sin darse cuenta, y lo dijo en el único dialecto en el que el patio confiaría:

—Estoy en casa, entonces. ¿Quién tiene el agua puesta? Y que alguien me traiga al bebé Docker, me han dicho que le están saliendo los dientes torcidos, y tengo un año de entrometimiento atrasado que recuperar.

El gran mundo también reclamó su parte. The Lancet, que se había mostrado parco con los caballeros imprudentes, publicó íntegro el artículo de Joseph sobre las once cocinas, y un Comité Selecto sobre la adulteración de medicamentos de patente lo convocó a Westminster en mayo, donde declaró durante dos días con su voz plana y exacta, fechas y granos y cocinas, y lo citaron en The Times, y volvió a Ratcliff en el tren del sábado como quien escapa de algún sitio, y se detuvo en el umbral del dispensario a respirar el carbólico y el marrubio como otro hombre respiraría el aire del mar.

Hannah había mantenido la cola avanzando mientras él estaba en el comité. Nunca había habido duda de adónde iría una vez que se abriera la puerta de la cárcel. Bermondsey la quería de vuelta y lo decía a las claras: delegaciones del barrio llegaron a casa de la señora Christow durante semanas, la señora Rudd con un pastel, la propia sacristía, descarada, insinuando un homenaje. Cruzó el río a menudo aquella primavera, a las tumbas de St Mary Magdalen, a casa de los Tarrant y los Docker, a sentarse una hora en la cocina de la viuda Pike para que le fregarán y le airearán el alma. Pero Speller's Court ya tenía herbolaria, una novata que resultó estar formándose al otro lado del río dos días por semana con la maestra más estricta de Londres, y que además se alojaba con la viuda Pike, quien se había declarado demasiado vieja para volver a hacer de

madre y había vuelto a hacerlo por completo. Effie Coates tenía catorce años, y llevaba su aprendizaje como si fuera un rango militar, y había copiado las páginas de la fiebre dos veces con su orgullosa letra redonda, una para usar y otra, dijo, para guardar, para el día en que su propia hija mediana quisiera aprender. El libro seguía adelante. Para eso estaban los libros como aquel.

El dispensario ya no daba abasto. Así era desde el juicio, con la fama redoblada y respetable esta vez, su propio nombre encabezando la cola por fin, y fue Sir Marcus Renwick quien precipitó las cosas, presentándose sin aviso en Mercer Street en junio, pasando con sumo cuidado por encima de un niño dormido en la sala de espera, para anunciar que no había arruinado su reputación en la sala de juntas para ver a los dos profesionales médicos más comentados de Londres trabajando en tres habitaciones y un cuartucho. Había un edificio en Commercial Road, una pañería en quiebra, en propiedad plena, y una suscripción ya organizada entre ciertos caballeros de la City cuyas esposas, dijo con gesto sombrío, no hablaban ya de otra cosa, y solo faltaban un plano y dos nombres para la escritura.

Recorrieron la pañería vacía una mañana blanca de junio, con los pasos resonando en el vacío, y el agente de Sir Marcus detrás con las llaves. Salas largas y limpias, luz de dos calles, sótano lo bastante seco para un cuarto de destilación, espacio arriba para una sala de fiebres en condiciones, cuatro camas, seis en caso de necesidad. Hannah la recorrió como una vez había recorrido Combe Farm en la historia de otra mujer, viendo no lo que había sino lo que podía haber, aquí el mostrador, aquí la sala de espera de mujeres aparte, aquí el banco de Effie cuando llegara su momento, y se volvió hacia la luz del ventanal para decir algo en voz alta y encontró a Joseph mirándola a ella, no a las habitaciones.

—La escritura necesita dos nombres —dijo él.

—Lo sé. Le oí.

—No tienen por qué ser dos nombres. —Lo dijo con firmeza, como hombre que también había ensayado ante una pared en su momento—. Hannah. Te lo pedí una vez junto al muro del río, tan mal que lo tomaste por un comentario sobre la ley, y otra vez en una

cárcel con una carcelera contando los minutos, tan torcido que la petición se escondió dentro de una palabra sobre mezclas. Ya no queda niebla para esconder a ninguno de los dos, ni orden de arresto, ni nombre falso, y nada en esta habitación salvo una propiedad en pleno dominio y yo. Así que. Una vez dijiste que no serías la obra de caridad de ningún hombre, y nunca lo fuiste, fuiste la columna vertebral de cada cosa buena que he hecho en estos dos años. Y no pienso ser tu deuda, ni tu gratitud, antes preferiría quedarme con las habitaciones vacías. Lo que querría, si puede tenerse —y aquí la exactitud le falló por fin, toda su meticulosidad desplomándose de golpe como la persiana de una ventana—, es a mi colega. En el mostrador y al otro lado de la mesa y junto al fuego y todos los días de mi vida, esposa, la palabra es esposa, resulta que puedo decirla después de todo. ¿Qué dice a eso tu libro de tres manos?

El agente había descubierto asuntos urgentes en las bodegas.

Hannah se quedó de pie en la luz polvorienta con el corazón latiéndole, no como un puño contra una puerta esta vez, sino como una campana. Pensó en la mano de su madre en la suya, vamos adonde nos reclaman. Pensó en el voto junto al río negro, vivir, seguir libre, estar viva para contarlo, los tres cumplidos ya, y el voto por tanto saldado, y la extraña ligereza de un corazón sin deudas, y cómo ya no quedaba nadie, ni carcelero ni orden ni orgullo ni pena, interponiéndose entre ella y la intemperie, solo este hombre enjuto y exacto que había leído un periódico mientras tomaba el té dos inviernos atrás y había elegido creer a una mujer sin licencia a la que nunca había conocido, y que nunca, en todo lo que siguió, le había pedido que fuera menos de lo que era.

—Dice —logró articular— que la gente suele casarse como ha vivido, y nosotros ya llevamos un año viviendo como socios, así que poco cambia.

Y luego, porque la exactitud se debía entre colegas, y porque el rostro de él en ese momento valía más para ella que todo el orgullo atesorado que jamás había tenido:

—Dice que sí, Joseph. Dijo que sí junto al muro del río, si hubieras preguntado sin rodeos. Sí, y sí, y tendremos el cuarto de

preparados bajo la luz del norte, es más fresco para los jarabes.

Se lo contó a la viuda Pike antes que a nadie, cruzando el río expresamente para ello, y la anciana recibió la noticia con las manos juntas y el rostro compuesto en la expresión de quien recibe noticias que ya deberían haber llegado hace tiempo de un mensajero lento.

—Bueno, ya era hora —dijo—. Había empezado a pensar que no viviría para verlo, y he estado aplazando la muerte expresamente. Un doctor. Tu madre se reiría con su risa de domingo, niña, no tenía ninguna opinión de los doctores y ahora mira, la mejor de las tuyas casándose con el mejor de los suyos, como el final de un sermón.

Entonces la compostura se desvaneció, de golpe, como se había desvanecido la noche del caletín de monedas, y tomó el rostro de Hannah entre sus dos manos agrietadas como había hecho en la entrada con la niebla subiendo, el mismo agarre, y la miró largo rato.

—Te dije que vivieras, que siguieras libre y que estuvieras viva para contarlo. Me obedeciste en las tres cosas, que es más de lo que la mayoría de los vivos logra con cualquier consejo. Ahora te daré lo último que me queda, y después habré terminado de aconsejarte para siempre. Ámalo en voz alta, Hannah. Has tenido seis años de práctica amando en silencio, todo contra tu voluntad, y el silencio es un hábito que te seguirá cruzando la puerta de una boda si lo permites. No lo permitas. A quienes amamos en silencio, los lloramos en voz alta. Sé lo que digo. Dale la vuelta mientras puedas.

Se casaron en septiembre, en St Mary Magdalen en Bermondsey, por un acuerdo en el que ninguno cedió: la parroquia de su madre, las tumbas de su madre en el suelo bajo las mismas ventanas, y la mitad de la cola de dos dispensarios en los bancos, y la viuda Pike entregándola en el altar, como declaró en voz alta, la única novia a la que había hecho de madre que podía preparar los remedios de su propio banquete de bodas si a alguien le sentaba mal, y Effie con un sombrero nuevo sosteniendo las flores con ambas manos como una aprendiz recién graduada sosteniendo el futuro. Sir Marcus firmó el registro como testigo bajo la mirada desaprobadora de un bedel, sin más invitación para hacerlo que su propia certeza de ser bienvenido, y La señora Christow lloró copiosamente durante toda la ceremonia,

y el chico Tarrant, de nueve años ya e inmortal, fue sacado dos veces del campanario.

El banquete de bodas, por insistencia de la viuda Pike, se celebró en el propio Speller's Court, todo el patio, con caballetes a lo largo del centro prestados por el salón parroquial, y las dieciocho puertas abiertas de par en par y cada cocina de la hilera cocinando para la ocasión desde tres días antes, y si la gente distinguida entre los invitados encontró extraño tomar sus viandas nupciales entre una bomba de agua y un escurridor de ropa, tuvieron el buen juicio de guardárselo, y la mayoría, al final de la tarde, habían dejado de encontrarlo extraño, lo que Hannah contó entre las victorias silenciosas del día. Se vio a Sir Marcus enfrascado en conversación con Bagley sobre el tema de las cebollas, y salió derrotado. Ned el barquero vino con su cuello de domingo, que le sentaba como un ronzal a un potro, y no aceptó agradecimientos a ningún precio por cierto cruce entre la niebla, manteniendo impasible hasta el final que él no sabía nada de aquella noche, señora, ni de ninguna otra noche, pero bebió a la salud de la novia dos veces, y cuando Hannah le apretó la mano manchada de alquitrán al final del caballete, solo dijo:

—Buena marea aquella noche, Ned.

Y él dijo:

—Buena marea todo el trayecto, señora.

Y esa fue toda la historia que ninguno de los dos daría jamás al mundo. La tía de Effie, con un sombrero de gala, se ablandó lo suficiente para informar a la señora Christow de que la cosa se había hecho con decoro, lo que viniendo de ella era una corona de laurel. Y a la cabecera del caballete, cuando llegaron los brindis, la viuda Pike se levantó, con su metro y medio escaso, y les brindó la salud en el único discurso que nadie le conoció jamás:

—He enterrado a dos maridos, cuidado de esta parroquia sesenta años, y visto más bodas de las que he tenido cenas calientes, y diré de esta lo que nunca dije de ninguna. Estos dos se estaban curando el uno al otro un año entero antes de que se les ocurriera llamarlo cortejo, así que el matrimonio aguantará, porque solo es la etiqueta poniéndose en un frasco que se preparó hace mucho. La hija de

Rebecca, y el hombre de la hija de Rebecca. Larga vida, y que los dos recordéis, cuando seáis importantes, quién fregó el escalón del que partisteis.

Y se sentó, ante un estruendo que asomó cabezas a las ventanas tres patios más allá.

El Dispensario Bly y Sutton, en Commercial Road, abrió sus puertas la primavera siguiente, aunque el letrado, para consternación profesional del rotulista, decía otra cosa. Lo habían discutido amigablemente durante un mes, si su nombre primero o el de ella, y lo resolvieron una tarde en la mesa de la cocina como resolvían todo, con exactitud, ante el té frío.

El letrado rezaba EL DISPENSARIO DE LA PROMESA, y debajo, en letras más pequeñas, PARA TODOS LOS QUE VENGAN, y debajo de eso, en letra aún más pequeña, donde solo quienes esperaban en el escalón podían leerlo mientras esperaban, una línea que hacía preguntar a los curiosos, y que la parroquia, que conocía la historia, se enorgullecía de contar: Fundado en memoria de Rebecca Bly, herbolaria, y de Maria Venn, amiga de su paciente, y de treinta y una almas del año del cólera, cuyos nombres se guardan dentro.

Los nombres se guardaban dentro. Esa había sido la petición de Hannah, y había visto a su marido pasar a limpio la última página del libro mayor para enmarcarla, treinta y un nombres en su caligrafía precisa, ya no una cuenta de deudas sino una dedicatoria, que es la misma lista leída bajo mejor luz, y lo vio dormir profundamente esa noche y la mayoría de las noches siguientes, y lo contó, en privado, como la mejor cura de su carrera.

El día de apertura del Dispensario de la Promesa fue un lunes de abril, y se había planeado como un asunto discreto, los dos de acuerdo, ante el té frío con el que ratificaban todos sus tratados, en que un lugar para enfermos no tenía por qué abrir con discursos. La parroquia les llevó la contraria. Bermondsey cruzó el agua en masa, la viuda Pike a la cabeza como una fragata negra a toda vela, y Ratcliff salió en su propio terreno, y las dos parroquias se encontraron en la acera de Commercial Road y se midieron mutuamente, como hacen las parroquias, cada una habiendo decidido en privado que los fundadores le pertenecían y los otros

eran unos arrimados con suerte. La señora Rudd y la señora Christow, sirviendo té juntas en la sala de espera con urnas prestadas por dos capillas rivales, habían sellado su alianza para el mediodía. Bagley el estibador de carbón llegó con un florido testimonio redactado y firmado por toda su cuadrilla, y, siendo primavera, una cesta de cebollas de concurso. Hobday el corredor de lana, derrotado al fin en el asunto de las cenas, había dotado dos camas en la pequeña sala de arriba y paseaba a desconocidos para que vieran las placas de latón con lágrimas en los ojos, su propia versión de los hechos ya pulida hasta hacerla irreconocible, y Hannah lo dejó contarla, habiendo aprendido qué ficciones alimentan a la gente y cuáles la devoran.

Sir Marcus Renwick acudió, se quedó al fondo, y todos lo vieron. Foster llegó desde Margate en el tren de excursión, con un sombrero nuevo; la besaron en ambas mejillas delante de toda la calle y atendió a la primera clienta en el mostrador, un honor que se había acordado semanas antes como suyo por derecho. Y a última hora de la tarde, cuando la multitud se había dispersado, entró discretamente un empleado al que ninguno conocía, dejó un paquete y se marchó sin decir palabra. Contenía el reloj de sobremesa del saloncito de Grange Road y una tarjeta escrita con letra firme y clara: Para la pared de su dispensario, de Thomas Venn, en memoria de una dama que reconocía el buen trabajo en cuanto lo veía, y lo decía. Da bien la hora. Ella también. El reloj se colgó sobre el mostrador esa misma tarde —Joseph sujetaba la escalera mientras Hannah clavaba el clavo— y allí marcó bien la hora durante treinta años.

La cola se formaba temprano desde el primer día, ricos y pobres juntos en el mismo banco, lo cual escandalizó a los ricos durante una temporada, hasta que descubrieron que la mujer sencilla de ojos oscuros y manos manchadas no sabía distinguir entre la hidropesía de una duquesa y la de un estibador, y dejaron de darle importancia. Estuvo treinta años en ese mostrador, más o menos, turnándose con su marido en la misma mesa larga, y el cuarto de destilación bajo la luz del norte formó a once muchachas en su tiempo, la hija mediana de la propia Effie entre ellas al final, y el

libro de las tres manos se convirtió en un libro de muchas, y pasó de mano en mano, como pasan tales libros, llevado por mujeres cuyos nombres ningún comité convocó jamás, a patios y cocinas en los que el gran mundo nunca pensó, acudiendo adonde las llamaban.

Y si, en una tarde de invierno cuando la niebla subía por Commercial Road del color del té aguado, a la fundadora de todo aquello se la encontraba a veces de pie en silencio junto al ventanal con un viejo libro de tapas blandas contra el pecho, su marido sabía mejor que nadie lo que estaba haciendo, y se limitaba a acercar la lámpara, poner el té a infusionar y esperar a que ella volviera a cruzar el río por voluntad propia. Siempre volvía. Siempre estaba la cola, y la luz de la lámpara, y el trabajo, y la promesa, cumplida ya para siempre, pues había dejado de ser la carga de una sola mujer para convertirse en un lugar con las puertas abiertas, y los dos dentro juntos, moliendo y escribiendo y remendando, a la luz de las velas hasta el final.
